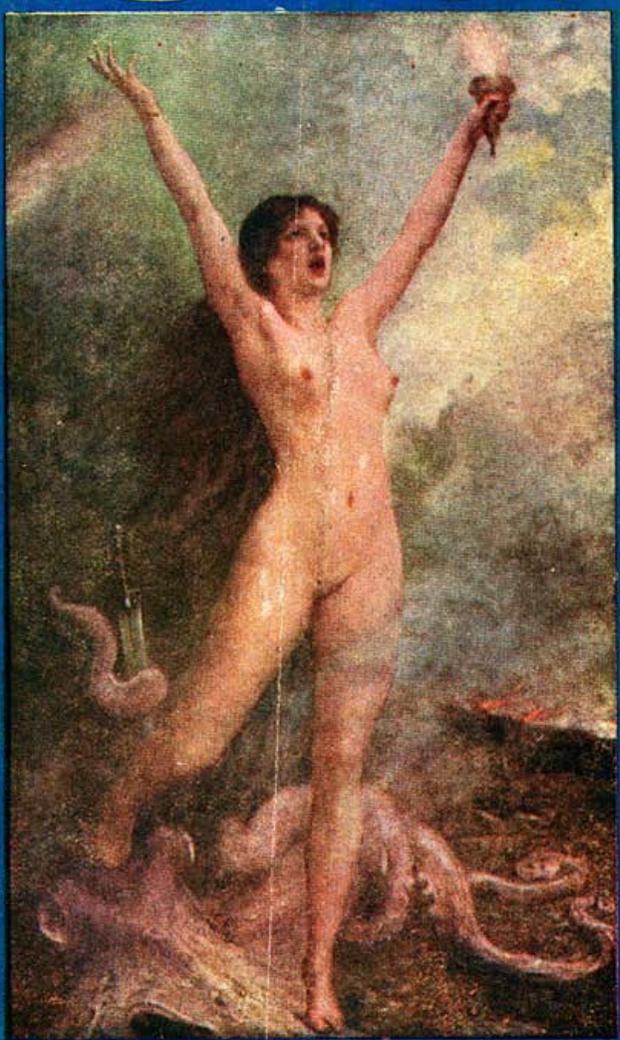


ESTUDIOS



1. Pta

L. URO
1931

Nº 89

J. AI^y
ado

Libros que pueden adquirirse por nuestro conducto

¡IMPORTANTÍSIMO!

La Biblioteca Estudios tiene como especial misión la de ayudar al sostenimiento de esta Revista por medio de la venta de sus libros, cuyo producto se destina íntegro a sufragar el déficit que supone cada número, pues no tiene ni admite otros ingresos que los de la venta de sus ejemplares, y estos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos por tanto a los lectores de Estudios compren y recomienden los libros aquí anunciados, si desean ayudar a Estudios en su labor educativa.

Esta Biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario y cultural y de utilidad para la vida privada, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal.

Además, los corresponsales y suscriptores directos de Estudios tienen derecho a los descuentos señalados, pudiendo, por tanto, adquirir excelentes obras en ventajosas condiciones.

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los

gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 30 por 100 de descuento, y el 20 por 100 en las obras encuadernadas. En los diccionarios, el 15 por 100.

Gastos de envío, a cargo del comprador.

Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago por anticipado.—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de Estudios deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado.

Las suscripciones se abonarán por años anticipados (12 números, comprendido el Almanaque de 1.º de año, 6'50 pesetas para España, Portugal y América; y 8 pesetas para los demás países).

Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento en rústica, y el 20 por 100 en tela

Generación Consciente, por Frank Sutor. —Engendrar hijos cuando no se dispone de medios suficientes para nutrirlos y educarlos debidamente, no sólo es una imprudencia y una vergüenza; es una infamia; es un crimen que sólo la ignorancia y la estupidez humana pueden disculpar. La misión del hombre es dar vida, vida de esplendor y de optimismo, y no vida miserable, de languidez y degeneración física y moral. En el hombre debe imperar la voz de la razón y no la del instinto grosero. Leed este librito y evitaréis el hacer más víctimas inconscientemente. Con varios grabados sobre la fecundación.—Precio, 1'00 pesetas.

Huelga de Vientres, por Luis Bulfli.—Medios prácticos para evitar las familias numerosas.—De las comparencias del autor ante los tribunales resultan las resoluciones siguientes, que declaran que estos medios: *No constituyen ofensas a la moral pública*, Juicio por Jurados, 16 de marzo de 1906; *No son pornográficos*, Juicio por Jurados de 7 de junio de 1907; *La publicación de los medios preventivos de la fecundación no produce escándalo público*, Juicio por Jurados del 2 de julio de 1908; *No constituyen delito*, Sentencia del Tribunal de Derecho, fallo absolutorio. Juicio del día 15 de junio de 1912. (Audiencia de Barcelona, Sección de lo criminal).—Precio, 0'25 pesetas.

Embriología, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos debieran conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor.

Recomendad la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación.—Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de Shum a cuatro tintas, 3'50 pesetas; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.

El veneno maldito, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios. — Precio, 1 pta.

Los esclavos, por Han Ryner.—Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades escénicas. nicas.—Precio, 0'50 pesetas.

¿Maravilloso el instinto de los insectos? Interantisima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Lorulot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski.—Precio, 0'30 pesetas.

La virginidad estancada, por Hope Clare. — Una mujer que expone al mundo su corazón, lacerado por la incomprensión y el fanatismo de los hombres; tal es el hermoso librito, pequeño en volumen, pero grande por las verdades que encierra.—Precio, 0'25 pesetas.

Almanaque de GENERACIÓN CONSCIENTE para 1928.—Precio, 1 peseta.

Almanaque de ESTUDIOS para 1929.—Son estos almanaques hermosos volúmenes de gran valor cultural y científico. Indispensables en la biblioteca de todo hombre estudioso.—Precio, 1 peseta.

La tragedia de la emancipación femenina, por Emma Goldmann.—Se adivina, a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio, poco común entre los de su sexo.—Precio, 0'20 pesetas.

Eugénica, por Luis Huerta.—Mucho y muy bueno se puede aprender de este libro, en el que brilla, entre los temas propios de la finalidad de la obra, el amor al Naturismo, del que prácticamente es don Luis Huerta un devoto admirador y ejemplo viviente de su excelencia.—Precio, dos pesetas.

Libertad sexual de las mujeres, por Julio R. Barcos.—No es un libro procaz y obsceno; al contrario, es un alto exponente de la moral racional y lógica que otorga a la mujer el derecho de decidir su corazón de acuerdo con sus propios impulsos. He aquí algunos de los muchos comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que J. R. Barcos trata las cuestiones del sexo es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal).—«Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya).—«Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza» (V. Blasco Ibáñez). Está en prensa actualmente la tercera edición española.

El A. B. C. de la Puericultura Moderna, por el Dr. Marcel Prunier. — El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.

La Muñeca, por F. Caro Crespo.—Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor habla llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario. — Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 pesetas.

Maternología y Puericultura, por Margarita Nelken.—De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre.—Precio, 0'25 pts.

Amor y Matrimonio, por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido

y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que debieran leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 pesetas.

Cuentos de Italia, por Máximo Gorki.—Los que no han leído este libro del gran escritor ruso, desconocen uno de los aspectos más interesantes de su personalidad artística y social. *Cuentos de Italia* es un bellissimo florilegio de narraciones dramáticas en las que el alma italiana se descubre por entero en todas sus complejidades y matices. La hondura psicológica que es peculiar en los escritores rusos, puesta en estos temas occidentales, maravilla en gran manera. Lo que más admira en este librito singular es la variedad de los asuntos y el hecho de que todos estén tratados con insuperable maestría. Pocos viajeros han dicho cosas tan interesantes y tan justas de ese país tan lleno de materiales para obras literarias. Gorki se ha superado a sí mismo en estos cuentos, que ningún lector atento debe desconocer.—Un volumen en rústica, con portada a tricromía, 2 pesetas.

La transformación social de Rusia. Cómo se forja un mundo nuevo, por Máximo Gorki. — Pocos son los escritores que en circunstancias difíciles logren imponerse de un modo tan rápido y absoluto como Máximo Gorki. La obra del glorioso novelista es una de las más interesantes que ha producido la literatura contemporánea. *Cómo se forja un mundo nuevo* es un libro que ha de interesar por lo que nos revela acerca de la revolución rusa y la nueva forma política y social de aquel pueblo, y porque sus páginas están impregnadas del entusiasmo ardoroso que Gorki ha tenido siempre en la libertad económica y moral de la raza humana. Este nuevo libro de Gorki aclara muchas dudas, desvanece equívocos y contribuye a difundir una idea más exacta y justa de lo que es el actual estado de Rusia y de lo que puede ser en el porvenir.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

Anissia, por Leon Tolstói.—Mucho tiempo después de haber cerrado esta obra se siente vibrar todavía el alma bajo la impresión de la trágica realidad que en ella se ofrece con toda su sangrante y cruel desnudez, que hace imposible leerla sin sentirse profundamente conmovido. Un libro que guardará en sus páginas el corazón del lector, pues ninguna otra novela podría tener tan poderoso atractivo, tanta penetración, tanta realidad.—Precio, 3 pesetas.

La filosofía de Ibsen, por Han Ryner.—Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la trascendencia filosófica y social del mismo.—Precio, 0'25 pesetas.

Entre los muertos, por Elías Castelnuovo. — Precio, 2'50 pesetas.

Estudios sobre el amor, por José Ingenieros.—*Cómo nace el amor.*—*El delito de besar.*—*La reconquista del derecho de amar.*—Es éste un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 Ptas.

Ideología y táctica del proletariado moderno, por Rudolf Rocker.—Muerto Kropotkin, el más alto exponente de las ideas libertarias que éste preconizó durante toda su vida es Rudolf Rocker, ya ventajosamente conocido del lector de lengua española, por los muchos escritos suyos que han circulado por España y América. El volumen *Ideología y táctica del proletariado*

moderno es lo más fundamental que se ha escrito en los últimos tiempos acerca de las luchas que el proletariado sostiene y habrá de sostener con sus enemigos de toda especie, que no son pocos. Libro serio, hondo, pensado, denso de doctrina y de ideas, no son éstos sus mayores méritos, con serlo de primera categoría. Su mayor mérito es la claridad y la sencillez, prendas de que no gozan otros libros, interesantes pero abstrusos. Rocker escribe pensando en los obreros, y se esfuerza por que éstos le comprendan acabadamente, lo que logra por entero. El libro, cuidadosamente traducido por Diego Abad de Santillán, ha sido muy bien impreso y muy bien presentado, lo que avalora aún más su mérito.—Precio, 3 pesetas.

La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico, por Pierre Ramus.—«*Mi libro rompe el tejido de una páfida conspiración* — dice el exponente más activo en Austria, del anarquismo, Pierre Ramus.— *Cuando tuvo lugar en los gloriosos días de Octubre-Notiembre de 1918 el magnífico derrumbamiento del militarismo austro-húngaro y de su bestialidad, entonces había llegado el momento especial para la realización de la libertad y el bienestar para todos.*» He aquí, pues, explicado en pocas palabras el origen y el móvil principal de este libro. Ramus, con una visión clara y amplia de los principios que defiende, que han constituido sus veinte años de lucha incansable y tenaz, plantea en croquis certero y contundente los estamentos sólidos y lógicos de la sociedad del porvenir para que en las conciencias libertarias se consolide la misión esencial a realizar en momentos oportunos como los que señala, y que pasaron inaprovechados por incapacidad e imprevisión. Este libro lo reputamos de importancia extraordinaria, y recomendar su lectura es hacer labor eficaz y de gran trascendencia.—Precio, 3 pesetas.

El alcohol y el tabaco, por León Tolstói. — Las horribles y funestas consecuencias de estos dos nefastos y absurdos vicios. Este libro debieran leerlo y recomendarlo todos; es tanto que cooperar a disipar las tinieblas que obscurecen la conciencia del mundo.—Precio, 1 peseta.

Ideario, por Enrique Malatesta. — De la enorme producción intelectual de Malatesta, dispersa en periódicos, revistas y pequeños opúsculos, casi nadie se da perfecta cuenta. Parece que el gran revolucionario fuese sólo un simple hombre de acción. Lo es, sí, un hombre de acción, y admirable. Pero también es un hombre de pensamiento, y no de menor categoría que como hombre de acción. Este *Ideario* que hemos editado es buena prueba de ello. Hasta los mejores conocedores de Malatesta tendrán sorpresas con él. Se ha puesto en su traducción y ordenación sumo cuidado. Así, vemos desfilan por las páginas, apasionadas y ardorosas, en las que palpita el hombre de acción, todas las opiniones de éste, interesantes y valiosas siempre, sobre todos los problemas de la vida, sobre todas las luchas en que se empeñan los hombres, sobre los conflictos más hondos que se plantean en la conciencia de cada hombre, y más cuando éste siente el deseo de que la humanidad sea, en lo posible, feliz. *Ideario*, sencillamente, es un gran libro.—Un tomo de 224 páginas, 2 pesetas.

La vida trágica de los trabajadores, por el doctor Feydoux.—Excelente documentación, henchida de rebeldía contra los males que padecen los obreros, de todas las miserias, dolores, lágrimas y sufrimientos que, como un rosario sin término, soportan los trabajadores. Interesantes detalles de catástrofes y accidentes que podían ser evitados y que no se evitan por la avaricia y la inhumanidad de los explotadores. Curiosas re-

velaciones de cómo en muchas de sus ocupaciones los obreros se envenenan poco a poco. Libro doloroso y verídico que no debe faltar en la biblioteca de ningún trabajador, ni de nadie a quien la suerte de los trabajadores preocupe e interese.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 3'50 pesetas.

La Ética, la Revolución y el Estado, por Pedro Kropotkine. — La personalidad de este célebre escritor revolucionario es demasiado conocida de los lectores de lengua española; esto nos excusa de hablar aquí de él, aunque nunca sería excesivo lo que se dijera. Sólo llamaremos la atención de los que gustan de las lecturas sociales, sobre la importancia de este volumen, en el que se reúnen, por vez primera en castellano, tres de los estudios más famosos del gran escritor. Analizar cada uno por separado sería tarea dilatada. Vale más que el lector, por sí mismo, se forme un juicio, conociendo estos estudios, esmeradamente traducidos. Las opiniones de este gran hombre sobre la moral, sobre la revolución y sobre el Estado, son de un valor seguro e imponderable.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

La Universidad del Porvenir, por José Ingenieros.—En esta obra es donde con mayor relieve destacan el talento y la elevada personalidad moral del gran humanista.—Precio, 1'50 pesetas.

Los hermanos Karamazow, por el novelista ruso Fedor Dostoiewski. — En *Los hermanos Karamazow* es donde la personalidad del formidable moderno escritor Dostoiewski se destaca con más relieve, adquiriendo las gigantescas proporciones de los grandes autores de la antigüedad. La forma poemática en que esta novela está trazada hace que las pasiones que agitan a sus personajes reflejen un fondo de humanidad tan vivo y trascendente, que sólo es posible hallarlo en las más encumbradas concepciones homéricas o shakespearianas.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas, 3 pesetas.

La vida de un hombre innecesario (la policía secreta del Zar), por Máximo Gorki. — Esta es una de las mejores obras que han salido de la pluma de Gorki, tan apta para crear buenas obras. Formidable ariete contra las prácticas policíacas. Libro henchido de humanidad hacia las víctimas de la tiranía. Novela que a través de su argumento de enorme fuerza dramática, nos descubre la vida entera de los hombres que preparan las revoluciones.—Un tomo en rústica, con portada a tricromía, 2 pesetas.

Camino de perfección, por Carlos Brandt. — Valioso libro, el último escrito por este prestigioso autor, a quien tantas y tan bellas páginas debe el Naturismo, de gran alcance ideológico y de honda penetración filosófica. Un libro que apreciarán en mucho todos los amantes del estudio y del naturismo integral. La parte moral del ideal naturista, la ética individual del hombre, libre de prejuicios sectarios, se estudia y se expone con la fina y singular percepción que caracteriza el estilo de este autor.—Precio, 2 pesetas.

Realismo e idealismo, por E. Armand.—Precio, 1'50 pesetas.

La montaña, por Eliseo Reclus. — Grandiosa obra en la que se estudia la naturaleza de las montañas de un modo magistral. Quien no ha leído a Reclus, no sabe las posibilidades de arte que hay en los estudios de esta índole. En *La Montaña*, que con *El Arroyo* es uno de los más bellos libros de este sabio geógrafo, el lector siente el encanto inexplicable de tener en las manos un volumen que le enseña y que le deleita a la vez, con una in-

tensidad pocas veces igualada. Las consecuencias sociales que Reclus expone, de las lecciones de la naturaleza, tienen un interés extraordinario. Este hombre libre ponía en todo su alma privilegiada. *La Montaña* es prueba evidente de ello.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

Crítica Revolucionaria, por Luis Fabbri. — Un admirador de este libertario italiano, que es uno de los más cultos, inteligentes y enterados de nuestro tiempo, ha traducido, de la obra entera del autor, las páginas más vibrantes de crítica que han salido de su pluma, vibrante en toda ocasión y circunstancia. Y esta crítica, acertadamente denominada revolucionaria, no se dirige sólo contra un aspecto de la sociedad actual, sino contra todos en bloque. Ni tampoco es sólo contra la sociedad, sino que también, y hondamente, contra muchos de los que la combaten. Hasta contra sus propios compañeros de ideal, cuando los juzga equivocados, se dirigen estas críticas encendidas en pasión humana limpia y pura. De aquí que sea crítica revolucionaria en el más exacto sentido de la palabra, puesto que lo revoluciona todo, ideas y opiniones, estados de ánimo y errores, posiciones espirituales y luchas interiores. Por todo el libro corre un viento libre, fuerte, de escritor que arde en la llama que le anima en su lucha por la libertad.—Un tomo cuidadosamente impreso, en rústica, 2 pesetas.

El calvario, por Octavio Mirbeau. — Hay muchos críticos notables que juzgan *El Calvario* como la mejor novela de Mirbeau. Que es una de las mejores novelas que se han escrito en los últimos tiempos, es indudable. Los extremos a que puede llevar a un hombre la pasión amorosa, pocas veces han sido mejor analizados, más hondamente desentrañados y expuestos, sin el menor esfuerzo aparente. Hasta el lector menos atento se da cuenta en seguida de que tiene en las manos un libro singular, raro, profundo, interesante hasta lo extraordinario. Las críticas de muchas cosas actuales que Mirbeau intercala en el curso de su novela, son, como suyas, hirientes, luminosas, henchidas de su gran capacidad satírica, famosa merecidamente. El autor de *Los malos pastores* es en toda ocasión uno de los más formidables críticos del orden actual de cosas.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

¿Qué hacer?, por León Tolstoi. — *¿Qué hacer?* es la más famosa obra social de Tolstoi. Quien no la ha leído desconoce uno de los aspectos más admirables de este gran hombre, gran artista y gran novelista. Un sentimiento de humanidad sin límites circula por las páginas de este libro admirable. Nadie se había planteado, ante las miserias humanas, problemas morales tan importantes. Con ser terrible la pregunta "¿Qué hacer?", que en muchas ocasiones parece que no puede tener respuesta, Tolstoi la desentraña y responde con un acento de sinceridad tan claro y tan humano, que conmueve y convence. Es imperdonable que este libro no se haya puesto en manos de todas las gentes para que meditaran, ante él, en el más grave problema que tienen que resolver los hombres de nuestro tiempo.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

El imperio de la muerte, por Vladimiro Korolenko.—*El imperio de la muerte* es uno de los más grandes libros que se han escrito contra el régimen que antes de 1914 imperaba en Rusia. Leyendo esta obra inmortal, se tienen los antecedentes más verídicos de lo que en Rusia ha sucedido. Se explica entonces el lector las cosas más oscuras. Este libro, además, es un rosario de dolores que emociona hasta lo más profundo. Korolenko, que era un hombre bueno como ha habido pocos, pone en las páginas de esta obra toda su bondad infinita, con un

fervor y un color de humanidad tan densos y avasalladores, que no es posible dejar de leerle, no ya con interés y entusiasmo, sino con verdadera admiración emocionada.—Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía, 2 pesetas.

La que supo vivir su amor, por Higinio Noja Ruiz. — Novela altamente sugestiva e interesante, de asunto hondamente simpático y de intensa emoción. La heroína de esta novela, mujer perfecta física y moralmente, libre de prejuicios, sirve a su autor para plantear una tesis racional y lógica en pugna con la moral corriente (de profunda inmoralidad) que sirve de base a la compra-venta en muchos matrimonios actuales. Es un canto de dignificación para la mujer íntegra que ofrece su amor siguiendo los dictados de su corazón, enalteciendo la maternidad consciente.—Precio, 4 pesetas.

El subjetivismo, por Han Ryner. — Es este un libro de alto valor filosófico por las elevadas concepciones en él expuestas; pero al mismo tiempo, y ello es una cualidad de este genial pensador, su lectura es por demás sugestiva y amena. Su lógica racional, al tratar de la individualidad humana, conquista al lector y le conforta incitándole a la busca de la verdad que se desprende de sus apreciaciones deductivas, razonadas, serenamente expuestas. Se ve el espíritu inquieto e investigador, profundamente analítico de su prestigioso autor, cada vez más admirado.—Precio, 1 peseta.

Rejas adentro, por Ramón Magre. — En rústica, 2 pesetas.

Pequeño manual individualista, por Han Ryner.—Precio, 2 pesetas.

La educación sexual, por Jean Marestán. — En poco tiempo se han agotado de esta obra diez numerosas ediciones. Es un libro que se ha hecho indispensable en todo hogar, pues en él se hallan descritos en forma sencilla y clara provechosos conocimientos sobre Anatomía, Fisiología e Higiene de los órganos genitales; preservación y curación de las enfermedades venéreas; medios científicos y prácticos de evitar el embarazo; razones morales y sociales del neo-malthusianismo; el amor libre y la libre maternidad; la procreación consciente y limitada.—Precio, 3'50 pesetas.

Socialismo y Federalismo, por Bakunin. — Precio, 1'10 pesetas.

Filosofía de un ideal, por Carlos Malato. — Precio, 1 peseta.

Historia del movimiento machnovista, por Pedro Archinof.—Precio, 3'50 pesetas.

La mancebia, por Maupassant.—Precio, 1'10 pesetas.

El mundo nuevo, por Luisa Michel.—Precio, 1'50 pesetas.

Kyra Kyralina, por Panait Istrati. — Las obras de Panait Istrati han sido una revelación para el mundo literario. *Kyra Kyralina* sorprendió por su originalidad y su sabor oriental a todos los más encumbrados novelistas de fama mundial, que no titubearon, como el maestro de novelistas Blasco Ibáñez, en decir de él que era un "bohémio inspirado y genial, de la misma familia que Gorki y Jack London".—Precio, 3 pesetas.

Mi tío Anghel, por Panait Istrati. — "Conozco tres o cuatro de sus novelas—decía el insigne Romain Rolland de Istrati—y puedo afirmar que son dignas de los maestros rusos." Estas tres o cuatro novelas a que aludía el gran escritor francés no eran otras que *Kyra Kyralina*, *Mi tío Anghel*, *Los Aiducs*, *Nerránsula* y alguna otra

no traducida aún al español, y que apenas aparecidas dieron fama universal a su autor. En efecto; esta obra confirmó a su autor como a uno de los mejores escritores de nuestro siglo, que ya se vislumbró con la aparición de su primera obra.—Precio, 3 pesetas.

Los aiducs, por Panait Istrati. — Esta obra, como las dos anteriores, transportan al lector a un mundo de emocionantes y sugestivas aventuras. El oriente europeo, con sus misteriosas costumbres y sus hombres de rebeldía indómita atraen al lector desde las primeras páginas.—Precio, 3 pesetas.

(En breve aparecerán de este mismo autor *Mis andanzas* y *Los cardos del Baragán*.)

Domnitza de Snagov, por Panait Istrati. — En esta obra continúa Istrati las emocionantes narraciones de Adrien Zograffi. "Estoy contento de morir, de no saber nada de este mundo. Horrible rebaño que pega o se deja pegar, pero que no conoce nada mejor que estas dos ignominias."—Precio, 3 pesetas.

La maternidad consciente, *Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza*, por Manuel Devaldés. — El mundo científico dedica cada día mayor atención a los problemas de orden sexual y biológico. Problemas altamente interesantísimos, transcendentales, que ganan la simpatía de toda persona culta, pues que en ellos se ventila la superación mental y física de la especie humana por medio de la maternidad consciente y limitada.

Educar a la mujer en los conocimientos necesarios para cumplir racionalmente y por su voluntad la más importante misión de la vida, es fomentar y decidir el porvenir y la felicidad en las generaciones futuras; es atacar y cauterizar en su origen las miserias sociales, por donde sangra el mundo con todas sus purulencias de prostitución y pauperismo.

La obra de Manuel Devaldés, consagrada a tan importante labor eugénica, merece ser leída y divulgada por todos; vibra en sus páginas la lógica del razonamiento incontrovertible, la exposición juiciosa, serena, basada en una moral muy humana y muy digna. — Precio, 2 pesetas.

El arroyo, por Eliseo Reclus. — Hacia ya bastante tiempo que se había agotado este primoroso libro del sabio geógrafo y liberario insigne. Los que lo habían leído lamentaban no poderlo encontrar de nuevo para leerlo una y otra vez, y darlo luego a leer a sus amigos más íntimos. Cosa perfectamente explicable. El placer que se tiene leyendo *El Arroyo* no tiene nada de egoísta. Más bien, al contrario, ese mismo placer enseña a no ser egoísta. Así, después de haber sentido el intenso gozo interior de dicha lectura, se siente el deseo de que participen del mismo placer las personas que nos son más allegadas. Y no sólo es un poema maravilloso este libro célebre con sobrada justicia, sino también un arsenal de donde extraer sin fin de argumentos de orden social. Compañero de "La Montaña" en belleza, también lo es en el caudal inagotable de ideas que encierra. Quien no ha leído *El Arroyo* desconoce uno de los libros más bellos que han salido de mente humana, como asimismo de los más sugeridores de ímpetu y de serenidad para las contiendas sociales. — Un volumen de más de 200 páginas, en rústica, 2 pesetas.

La educación sexual y la diferenciación sexual, por el doctor Gregorio Marañón. — Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más transcendentales problemas de orden biológico. El

merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito. — Segunda edición. 0'50 pesetas.

Apología socrática, por Piaton. — Precio 1'10 pesetas.

Medicina natural, por el Dr. Adr. Vander.—Nuevo sistema de curación natural. Gran enciclopedia práctica para el tratamiento de las enfermedades al alcance de todos. Con 600 ilustraciones originales intercaladas en el texto y varias láminas en color. Séptima edición. Un volumen de 688 páginas en rico papel satinado. Lujosamente encuadernado en tela y oro.—Precio, 25 pesetas.

La calvicie, *Cómo se evita y cómo se cura*, por Koheler. — Precio, 4 pesetas.

El Abogado del Obrero, por José Sánchez Rosa. Verdadera Enciclopedia de leyes referentes a la clase obrera. Novena edición, notablemente reformada, corregida y aumentada con las nuevas disposiciones y decretos vigentes. Contiene formularios para toda clase de trámites legales que facilitan, en forma clara y sencilla, el ejercicio de los derechos del obrero ante el patrono y las autoridades. Leyes de Reunión, Asociación, Registro civil, Imprenta, Registros domiciliarios, Orden público, Contrato de Trabajo, Accidentes de Trabajo, Huelgas y Coligaciones, Ley contra la usura, Constitución del Estado, Sobre la Jornada de ocho horas, Inquilinato, Retiro obrero, Organización Corporativa, Comités Paritarios, etc., etc. — Precio, 3'50 pesetas.

Los habitantes de Marte, por C. Flammarión. Precio, 1'10 pesetas.

La Gramática del Obrero, por José Sánchez Rosa. — Con más de 300 demostraciones prácticas con las que, muy fácilmente, se aprende a pronunciar las letras, cómo se forman los diptongos y triptongos, las sílabas; a conocer las nueve partes de la oración, la ortografía de cada letra, el oportuno empleo de las mayúsculas, la acertada colocación de los acentos, la coma, punto y coma, los dos puntos, el punto final, los signos de interrogación y admiración, puntos suspensivos, entreparéntesis, diéresis, comillas, guión corto y largo; en una palabra: escribir con toda corrección y ortografía.— Precio, 2 pesetas.

La Aritmética del Obrero, por José Sánchez Rosa. — Décimatercera edición. Con más de 200 demostraciones prácticas y sencillas al alcance de todos y relación detallada de todas las equivalencias y modo de resolverlas para los efectos de la reducción. — Precio, 1'50 pesetas.

Sobre el pasado y el porvenir del pueblo, por Lamennais. — Precio, 1'10 pesetas.

La tisis. (*Cómo se evita y cómo se cura*), por el doctor Bjancaý.—Precio, 2 pesetas.

El estómago y la salud. (*Cómo se cura sin médico*), por el Dr. Bjancaý.—Precio, 3 pesetas.

Ideario, por Ricardo Mella. — Este libro de Mella no es sólo recomendable a los libertarios. Todas las personas que se preocupen de los problemas más agudos en que la humanidad se debate, deben leerlo. Encontrarán en él esfuerzos admirables por hallar una salida para esos problemas. Esfuerzos trabajados, ponderados, apasionados. Nunca superficiales. En todo momento, una seriedad filosófica preside su labor. El tono literario es, también constantemente, digno, de expresión feliz y cierta. Unos granos de escepticismo, atravesados hasta en



LA AGRICULTURA, por C. Meunier. (Museo de Bruselas.)



REVISTA ECLÉCTICA

PUBLICACIÓN MENSUAL

¿No aprenderá nunca nuestra raza a dirimir sus cuestiones por la lógica y la razón, anteponiendo la verdad a los viles egoísmos, a los bajos intereses de clase o de casta?

¡Juventud, tú que eres la potente savia de la vida, la esperanza de un porvenir luminoso y feliz, eleva tu pensamiento hacia la verdad y la justicia, hacia la solidaridad universal! Forja tus convicciones y tu conciencia sobre el yunque de la meditación y del estudio, y lucha; lucha, sí, con todos tus bríos juveniles por vencer la general indiferencia y abrir paso a una moral nueva que destruya ancestrales prejuicios, que robustezca la mente y el espíritu elevando el concepto de la vida hacia un sentimiento ético y digno.

Desprecia los falsos preceptos mantenidos hasta hoy artificiosamente, que no han hecho más que envilecer cada vez más hondamente al ser humano con toda su horrible noche de tantos siglos de barbarie, crueldad e incertidumbre. No dejes penetrar en tu corazón la ponzoña de los tartufos del odio, que con falsos conceptos bélicos pretenden perpetuar en ti la maldita casta de Caín.

Jamás imperará sobre la tierra la franca tolerancia, el respeto mutuo y fraterno, base imprescindible de la libertad y el amor universal, mientras no penetre en los cerebros la luz del raciocinio.

Es hora ya de que a la humanidad se la considere como a un conjunto de voluntades y no como a un inmenso rebaño inconsciente, cantera inagotable para los traficantes del dolor y de la ignorancia.

Toda la barbarie de los siglos, de que con tanta elocuencia nos hablan los sangrientos borrones de la historia, ha podido realizarse por la ignorancia de los pueblos.

Educar, pues, los cerebros y los intintos, humanizarlos, es la más trascendental obra a realizar en favor de la libertad y el progreso del mundo.

ESTE NÚMERO HA SIDO REVISADO POR LA CENSURA



La teoría de la Evolución



A la teoría de la evolución se le llama también Evolucionismo, Transformismo, y en honor al célebre naturalista que la dió rango científico, Darwinismo.

Es la hipótesis científica más feliz y provechosa de las Ciencias Naturales, y una idea general que en todas las manifestaciones del saber humano encuentra plena confirmación. En ella se apoyan las más audaces utopías sociales y alimenta la esperanza en el progreso y en el mañana mejor.

Como todas las ideas científicas, tuvo su choque con la religión; y en ésta tiene aún su enemigo más rabioso. El evolucionismo hace innecesaria la hipótesis Dios, oponiéndose al creacionismo, y confirma el axioma de Físico-Química que dice: «En la Naturaleza nada se crea ni nada se destruye; todo se transforma». Cuando se quema un trozo de carbón, no se hace más que transformar la materia y la energía acumulada en el carbón, en otras modalidades de materia y de energía: anhídrido carbónico y otros diversos gases, cenizas, calor y luz.

Para comprender y admirar la Naturaleza, es poco todo el saber humano, y se la admira tanto más cuanto más se la conoce. En cambio, para comprender y admirar a Dios no es menester saber nada, y el sujeto más cencil, inculto y zafio puede ser el creyente más fanático. Esta sola consideración sería suficiente para justificar la enemiga entre la Religión y la Ciencia. ¡Sólo la Religión ha osado llamar bendita a la ignorancia!

El Transformismo admite el parentesco de todos los seres vivos, la identidad de genealogía de todos los seres de la Naturaleza. Todo procede del mismo plasma. Y las especies actuales consideradas como fijas e inmutables, han pasado por formas intermedias muy distintas de las actuales, del mismo modo que el ser adulto ha pasado por variadas formas, desde el huevo inciel hasta su desarrollo completo.

La Evolución conviene a los seres vivos, como a las distintas formas de la materia y de la energía, como a los sistemas planetarios, a los universos y al progreso incesante del saber, de las len-

guas, del pensamiento y de la dignidad humanas.

En el Evolucionismo, que apenas cuenta con un siglo de existencia, hay que mencionar cuatro nombres luminosos que le han dado porte científico. Geoffroy-Saint Hilaire, quien se esforzó en demostrar la unidad del reino animal y relacionó los vertebrados con los invertebrados. Lamarck, que llevó adelante la filosofía anatómica de su antecesor y puso de manifiesto la influencia del medio y de la adaptación del ser a las modificaciones de aquél en la variación de los seres. Darwin aportó gran número de hechos científicos, haciendo notar la influencia de la lucha por la vida y de la selección natural en la variación de los seres. Haeckel comparó —mostrando su gran parecido— las etapas sucesivas por las que pasa el ser desde el huevo hasta su forma definitiva, con las etapas sucesivas que se atribuyen a las especies a partir del plasma primitivo que las dió origen.

Más recientemente se ha visto que intervienen otros factores que los citados, como demostró Hugo de Vries, apreciando variaciones bruscas en plantas cultivadas por él, y como lo ha comprobado Morgan en algunos insectos. Pero la teoría no ha llegado aún a su perfeccionamiento, y es posible que más adelante se encuentren nuevos factores que expliquen más satisfactoriamente las variaciones de los distintos seres de la Naturaleza.

Valiéndose de esta aún no acabada elaboración de la teoría, los hombres de Ciencia al servicio de la Religión no han dejado de combatirla sañudamente, aprovechando sus puntos flacos y los argumentos científicos que no eran demasiado sólidos. En este empeño se destacó un francés, Vialleton, que no reparó en desfigurar los hechos con tal de llevarlos en su apoyo.

Y recientemente se la ha atacado desde tantos puntos de vista, que se ha llegado a hablar de una crisis del Transformismo. Para comprobarlo, P. Vigne d'Octon ha llevado a cabo en las páginas de la revista de Lorulot, «L'Idée Libre», una importante encuesta, en la que han participado un buen número de biólogos y de natura-

listas. De ella se deduce la firmeza y seguridad creciente del Evolucionismo.

* * *

En Ciencia han existido muchos dogmas, que han ido cayendo poco a poco al empuje de las nuevas ideas. Todos ellos han sido formulados en latín: «La Naturaleza no hace saltos», «Las especies son fijas e inmutables», etc.

La investigación ha sido siempre lo bastante audaz para no retroceder ante las ideas consagradas, y merced a ello nos es posible admirar y beneficiarnos del progreso científico, como el representado en la aviación, tenida durante mucho tiempo como imposible, y nos es dable confiar en el triunfo de las utopías sociales.

La idea de Evolución conviene —como hemos dicho— a todas las manifestaciones del saber. Ninguna cosa ha nacido al extremo de perfección que hoy la vemos. Todo ha pasado por inicios torpes y por etapas sucesivas de integración y de complicación. Lo podemos ver en el automóvil, en el aeroplano y en la T. S. H. Lo podemos apreciar en nuestro idioma con sólo ojear un libro de hace trescientos años. La Historia nos demuestra que el hombre ha ido poco a poco elevándose en saber y en dignidad política y moral. La poca tierra que se ha removido ha logrado mostrarnos huesos fósiles de ascendientes nuestros, que eran muy diferentes anatómicamente; seres intermedios entre el hombre y el mono antropoide. En la Tierra, en el planeta que habitamos, han existido condiciones muy distintas a las actuales; faunas y floras hoy extinguidas, de talla y proporciones gigantescas. En Astronomía comprobamos que hay sistemas planetarios que pasan por etapas muy distintas que las del nuestro; soles apagados, y soles de un brillo muy superior al de nuestro viejo sol. Las múltiples manifestaciones de la variabilidad de todo lo que existe, que vemos por todas partes, nos permiten suponer una unidad de plan en la Naturaleza y un encadenamiento de todos los fenómenos. A pesar de ello, nos quedan lagunas, vacíos, que hemos de salvar imaginativamente o con hipótesis sugeridas por la razón. Y en estas lagunas y en estos vacíos es donde se ha parapetado el espíritu oscurantista y religioso, siempre rechazado hacia el reino de las sombras y del misterio, que explota en su provecho.

Para ser comprendido el Evolucionismo, necesita de un factor que no tiene fin en la Naturaleza: el Tiempo. Para nosotros, un millón de años es un infinito, y en la Naturaleza no equivale a nada. Así, modificaciones mínimas, si se aprecian con nuestras medidas del tiempo, han podido hacerse gigantescas miradas a través de miles de años. Todos estamos dispuestos a creer que el

perro y el lobo han tenido un ascendiente único; pero el prejuicio religioso impide a muchos admitir que el hombre y el gorila han tenido un ascendiente único también.

La Religión se ha refugiado hoy en cuatro puntos, de donde aun no logrado desalojarla la Ciencia, aunque lo haya conseguido la Razón. Son los vacíos de que antes hablábamos.

1.º *Lo racional y lo irracional.* — Entre el hombre y el mono, entre lo racional y lo irracional, según la filosofía escolástica, hay un salto que no ha podido ser completamente llenado ni aclarado por la Ciencia. Para ello niegan la razón y la inteligencia al mono, haciéndolos privativas del hombre. La Psicología experimental ha mostrado una gradación insensible en las cualidades mentales, y no ha comprobado más que una diferencia de cantidad, que si es notable respecto del hombre civilizado, no lo es respecto del salvaje o del idiota. Los argumentos paleontológicos son aún muy escasos para poderlos emplear de argumento; pero no obstante, el Pitecantropo de Jawa y el Homo de Heidelberg eran más que monos y menos que hombres; es decir, reducían la magnitud del pretendido foso. La Biología ha demostrado el parentesco del hombre y del mono, pudiéndose hacer la transfusión de sangre del hombre al mono dentro de los mismos grupos de sangre humana, y ante el éxito de los ingeritos testiculares realizados brillantemente por Vazonoff. El parentesco y la analogía entre los demás seres de la Naturaleza no ofrece a la comprensión tan serias resistencias. La idea de Evolución es aceptada unánimemente dentro de ciertos límites, y la Religión puede plegarse a ella sin grandes escrúpulos.

No obstante, el Transformismo se quiere presentar, con habilidad de mala fe, como una idea absurda, según la cual los seres actuales se han transformado de unos en otros, y el hombre habría sido antes mono, caballo, perro, reptil, pez, molusco, etc. Nuestro planeta es ya adulto, ha pasado la edad madura, y en él las formas vivas tienden a adquirir fijeza, porque las variaciones del medio son cada vez más estables. Si recorremos, etapa tras etapa, la evolución del hombre desde el huevo originario, vemos que las variaciones son enormes y rápidas en las primeras etapas embrionarias, siguen acentuadas en el feto y en el niño de corta edad, y se hacen cada vez menores y más insensibles a medida que el ser llega al límite de su desarrollo, el que una vez logrado no altera la forma ni los rasgos fisiológicos del ser adulto. Lo mismo podemos decir de la evolución de los seres vivos. La tierra ha pasado por etapas de una gran variabilidad del clima, de la que apenas nos pueden dar idea las

repetidas glaciaciones de los tiempos prehistóricos.

Actualmente, y conseguido su pleno desarrollo, las especies vivientes no tienden a cambiar, o sus modificaciones milenarias son mínimas. Pero en las etapas de la juventud de nuestro globo las circunstancias ambientales obligaron a los seres a modificarse ampliamente, y el hombre tuvo entonces ascendientes de muy distinta forma y anatomía, como lo demuestran los músculos atrofiados y órganos apenas esbozados que conservamos. Más anteriormente aún, en la edad infantil de la tierra, todos los vertebrados tuvieron un ascendiente que se parecía enormemente a los ascendientes de los actuales invertebrados. Y en la edad embrionaria, en la que las modificaciones hubieron de ser más rápidas y amplias, todos los seres se asemejarían más entre sí, hasta poder reconocer el origen único en seres de una sola célula, nacida del plasma primigenio.

Si nos fuera dable componer una genealogía de nuestros ascendientes, veríamos que las distintas especies actuales eran como las yemas, las hojas y las flores de un gran árbol. Ellas nacieron de ramillas finas, que se reunían para formar ramas, las que a su vez convergían en otras ramas mayores, hasta fundirse en un tronco único.

2.º *Vegetal y animal.* — La diferencia entre el vegetal y el animal ha sido otro punto oscuro, otra barrera infranqueable que se ha querido oponer a la idea general del Evolucionismo. El progreso del microscopio logró descubrir los microbios, seres pequeñísimos, compuestos de una sola célula, en los que cuesta trabajo descubrir la naturaleza animal o vegetal. Los estudios de la psicología de las plantas han permitido comprender que las diferencias no son tan grandes como esquemáticamente pudieran parecer.

El vegetal, como el animal, obedece a la misma formación celular; un animal, como una planta se componen de la superposición o agrupamiento de múltiples células diferenciadas, y cuando sólo se componen de una, es cuando es mayor el parecido entre la planta y el animal.

3.º *Animado e inanimado.* — Antes creyóse que la célula era el substrátum anatómico de la vida; pero luego se ha visto que la vida existe más allá. La hipotética «monera» de Haeckel ha sido sobrepasada. El estudio de las diastasas y de los fermentos, las formas filtrables de los microbios, los estudios de D'Herelle sobre el bacteriófago (un ser invisible que viviría de los microbios, como ellos viven de nosotros) y el conocimiento que hoy tenemos del estado coloidal (estado físico-químico de la materia que ha sido tratado en estas páginas) nos permiten ver casi lleno el pretendido foso que el oscurantismo se-

ñalaba entre lo vivo y lo no vivo, entre lo animado y lo inanimado. El profesor Herrera, de Méjico, ha consagrado casi toda su vida a estos estudios, y ha logrado crear una ciencia, la Plasmogénia, con brillantes imitaciones de todos los fenómenos y formas vitales, lo que demuestra la dependencia de la vida con los fenómenos físico-químicos.

El estudio de los cristales y el hecho curioso de la glicerina, cuyos cristales, encontrados por casualidad, han logrado reproducir la cristalización de esta substancia, hasta entonces imposible.

La barrera se creía tan infranqueable, que a Berthelot se le desafiaba a no poder producir por síntesis química ningún producto orgánico. Con su fe de utopista logró lanzarles al rostro su alcohol sintético. Luego se dijo que era imposible sintetizar los albuminoides, y uno de ellos, el aldehído fórmico, hace tiempo que fué conseguido.

Al penetrar la Ciencia en el conocimiento de las formas microscópicas, ha encontrado que el supuesto vacío, aparente a nuestros ojos, estaba lleno de formas intermedias. Es más: en lo inanimado, en el mineral, se han comprobado fenómenos de actividad equiparables a los del mundo orgánico, lo que ha hecho reconocer que la materia inanimada es sólo un falso concepto.

Y 4.º *Materia y energía.* — En la materia se conocen unos ochenta cuerpos simples, con los que se forman todos los demás. A estos cuerpos simples se les ha considerado, igual que a las especies, como inmutables. Pero el Evolucionismo ha podido ser aplicado a la materia, demostrando el parentesco y la genealogía de los diversos cuerpos simples. Así como en lo vivo, se ha descubierto como unidad la célula, en la materia se conoce como unidad el átomo, es decir, la parte más pequeña de un cuerpo. Pues bien, los 80 cuerpos simples que se conocen, tienen su átomo de distinto peso, conforme a una escala que va desde 2 que pesa el átomo de hidrógeno, hasta 240 el del uranio, que son respectivamente, el más ligero y el más pesado de la serie. El estado de los cuerpos (sólidos, líquidos o gaseosos) no depende más que de la temperatura. El distinto peso atómico indica distinta complejidad. El átomo ha sido explicado por Arrhenius como análogo a un sistema solar, en el que el sol está representado por un núcleo de electricidad positiva, alrededor del cual y en órbitas distintas giran los electrones o entidades pequeñísimas de materia cargadas de electricidad negativa. El átomo más simple es el de hidrógeno, luego el de Helio; el más pesado el de Uranio.

El estudio de la radioactividad (despreñdi-

miento de rayos que atraviesan los cuerpos opacos) ha permitido comprobar que a causa de su excesiva complejidad, al átomo de Uranio, como el del Torio y del Radio, se están desmoronando, ya que de las radiaciones se han comprobado tres clases de rayos: unos parecidos a los Rayos X, otros constituidos por electrones, y otros por átomos de Helio. Según estas ideas, el plomo no sería otra cosa que el Uranio degradado o en camino de desintegración.

En el progreso de nuestros conocimientos sobre la constitución de la materia, comprobamos además de la identidad de constitución de la misma, su parentesco e identidad con la energía, ya que ambas se fusionan en el electrón.

La transmutación de la energía de unas formas en otras nos es desde hace mucho tiempo asequible. Podemos transformar la luz en calor, el calor en electricidad y en movimiento y viceversa.

Se ha llegado a calcular que bastaría una temperatura de 10.000.000 grados, temperatura superada en muchas estrellas, algo mayor que la de

nuestro sol, para reducir a radiación y electrones —desintegrándola— toda la materia.

* * *

Confirmada por todas partes la teoría de la Evolución, es aplicable también a la Sociología, y podemos desafiar a todos los retardatarios que niegan la posibilidad de un orden y una organización social distinta de la actual. No hay nada estable ni definitivo; pero en Sociología menos aún. La Humanidad es todavía un organismo joven que no ha alcanzado su pleno desarrollo, y que está sujeto a modificaciones y cambios insospechados. El doctor Jaworski, en su libro de filosofía verificable «Las etapas de la Historia», ha equiparado la edad actual de la Humanidad con la edad de emancipación del individuo, con los diez y ocho años. Su argumentación es lógica. Evolucionan las ideas. Se desfiguran, adaptándose las que no quieren perecer, como la Religión; cambia la moral ante las exigencias y atrevimientos de la juventud.

ISAAC PUENTE



Hay teorías socialistas para todos los gustos. Empezando por el socialismo católico, muy en boga ahora en diferentes países, hasta acabar en el socialismo libertario, mucho menos conocido de lo que merece, existe toda una serie de matices y de gradaciones verdaderamente conturbadora: socialismo agrario y socialismo industrial en un aspecto; socialismo democrático, electoral, autoritario, en otro. Los aspectos, siquiera sean de lo externo, podrían multiplicarse. En lo íntimo, a poco que se escudriñe, las diferencias no son muy señaladas. Lo cierto es que tras muchos de esos socialismos no hay nada en absoluto que sea socialista.

En los primeros tiempos del socialismo, esta doctrina tenía muchas exigencias, ciertamente lógicas. No podía ser socialista cualquiera. Bien es verdad que tampoco ahora, analizado hondamente el significado del término socialismo. Puede cualquiera ser socialista. Pero aquella exigencia de los primeros tiempos se ha ido ablandando, al menos en las costumbres, hasta el punto de que hombres que ejercen de ministros siguen ostentado la etiqueta de socialistas.

La cosa es tan absurda, que asombra comprobar su realidad.

No pretendemos negar el derecho a llamarse socialistas a los ministros, ni aun a otras gentes más alejadas todavía del socialismo que los ministros. Es el mismo socialismo quien les niega ese derecho. Si la doctrina ha sido falsificada, hasta el extremo de que se amolde a un absurdo tan patente, esto no puede ser duradero. Todas las grandes mentiras acaban por hundirse. Podrán estar florecientes mucho tiempo; pero al fin su hundimiento es fatal.

A nadie se le alcanza, cuando reflexiona, que el hombre que, desde el ministerio de Justicia, por ejemplo, tiene que aprobar la prisión, y hasta la muerte de otro hombre, a lo mejor socialista, tenga las mismas ideas de éste, o su misma concepción del mundo. La víctima y el victimario no tienen nada de común. Y desde el ministerio, forzosamente se tienen que aprobar aquellas cosas, u otras de índole distinta, pero igualmente en contradicción total y absoluta con los dictados más simples del socialismo, aun interpretado éste en su manera más externa y superficial. **Estando**

en contradicción con lo más simple, mucho más lo estará, naturalmente, con la esencia, toda ella atravesada de complejidad.

Pueden sentir el socialismo, y lo han sentido con igual fervor, los hombres de la más diversa posición social. Hasta se han dado casos, y muchos, en que lo han sentido más hondamente los poseedores de cierta fortuna que los desheredados. Casi todos los teóricos primeros del socialismo salieron de las clases acomodadas. Pero esto es otra cosa. Volvemos a decir que no tratamos de negar a nadie el derecho a llamarse socialista. Las mayores diferencias entre los hombres las borra el socialismo. Pero no pueden ser considerados como socialistas, no por capricho personal, sino por exigencias del socialismo, aquellos que sólo tienen una semejanza aparente, externa, de ideales, con quienes sienten verdaderamente el socialismo, sea cual fuere su situación. Claro es que si el acomodado se vale de su posición para explotar a otros hombres, ya no tiene ninguna relación con el socialismo. Lo mismo que aquel que ocupa un ministerio. Quien gobierna a otros hombres no está con aquellos hombres. Tampoco quien los explota.

Todos los subterfugios para salvar esa contradicción son inútiles. Presentados con gran cantidad de argumentos sofisticados, podrán deslumbrar a las gentes sencillas, pero no a las un poco avisadas. Y aun las sencillas, no por mucho tiempo. Acaso no acierten a explicar su disconformidad, pero la sienten.

Un gran propietario puede, en nuestros días, ser jefe de un partido socialista agrario. La cosa es cómica, de tan disparatada. Ello da idea perfecta de la mixtificación que se ha operado en el socialismo. Hasta puede durar, por mucho tiempo, fuera de donde tenga sus propiedades, su prestigio de socialista. Entre las gentes que trabajan aquellas propiedades, por ignorantes que sean, este prestigio no puede existir. El jefe, para otros hombres, de un partido socialista, para ellos no es más que un explotador. Y nada más que esto es aquel hombre. El gobernante está, respecto a todos los habitantes de un país, en la misma situación que el propietario respecto a sus explotados. ¿Por qué, sin embargo, hay gobernantes que se llaman socialistas y a quienes muchas gentes gobernadas creen socialistas? Fuera del gobierno todavía puede admitirse el socialismo de estos hombres, si no se dedican a explotar a los demás, dadas las pocas exigencias de muchas teorías socialistas de nuestro tiempo. Este socialismo no es, claro está, el nuestro; no es tampoco, ni mucho menos, el socialismo en su acepción más amplia, ajena a cualquier partidismo: el socialismo en sí. Pero puede ser algo

que tiene relación, lejana y vaga, con este socialismo. Mas en el momento de pasar a gobernante, hasta esa relación ínfima con el socialismo se pierde. Forzosa y fatalmente.

Para muchos teóricos socialistas modernos no existe este fenómeno. Creen que no hay contradicción en el hecho de ser socialista y gobernar. La base de esta creencia es puro sofisma. No es preciso esforzarse en probarlo. Los términos socialismo y gobierno son antípodas. Ni aun en régimen socialista puede gobernar el socialista verdadero; mucho menos en régimen capitalista. Ni siquiera con el propósito de empujar a este régimen para que se transforme. Podrán hacer esto con la mejor voluntad, pero estando fuera del socialismo, no dentro. Gobernando no se es socialista. Ni aun, repetimos, en régimen socialista. Quien manda, aunque sea del modo más amable, no tiene nada de común con quien deba obedecer. Y el gobernante manda. Supongamos que en régimen socialista el gobernante no mande, sino que disponga: es igual. Quien dispone y quien tenga que obedecer esta disposición están lejos el uno del otro, viven en mundos diferentes. Y el socialismo, no ya libertario, como nosotros lo queremos, sino el socialismo en sí, supone convivencia cordial, acuerdo mutuo, hacer las cosas porque deban hacerse y no porque una coacción lo imponga. Y todo mandato o disposición de gobernante es ya coacción, aun hecha del modo más camaraderil que sea dado imaginar.

Lo cierto es, pues, que todos esos matices y gradaciones que ofrecen al hombre de nuestro tiempo diversas teorías socialistas, nada tienen que ver con el socialismo. No hay tal socialismo agrario ni tal socialismo industrial; no hay tal socialismo democrático, electoral, autoritario, etcétera, etc. Todo eso no son nada más que expedientes para atravesar el descontento que se tiene de lo actual con un aspecto de acomodamiento a lo que de lo actual conviene conservar a cada teórico o a cada partido. Probablemente, todos esos partidos hacen, en parte, alguna tarea digna de aplauso. Pero se malogra con la que realizan merecedora de censura. No es posible dudar de la buena fe de algunos de sus hombres. Pero la buena fe no basta. Además, detrás de esa buena fe, de un modo acaso inconsciente, late el deseo de conseguir la pervivencia de cosas que no desagradan y que el socialismo verdadero rechaza.

No afirmamos conocer perfectamente el socialismo verdadero. Tampoco diremos que lo sea el nuestro, aunque tengamos esa creencia.

Procuramos, al hacer la crítica de la actitud de los demás, ser lo menos partidistas que nos es posible. El argumento partidista, hijo de prefe-

rencia personal, puede adolecer de incomprensión. Tratamos, por el contrario, de ser comprensivos. Nos parece estar en lo cierto si decimos que nada tienen que ver con el socialismo ni los que explotan ni los que gobiernan. Y esta afirmación la creemos fundamental, lógica, irrefutable, no

desde nuestro punto de vista socialista libertario, sino desde el punto de vista del socialismo en sí, como doctrina filosófica, en su más clara acepción, ajena a cualquier partidismo, en su más amplio y abierto significado.

DIONYSIOS

Todavía existe el tráfico humano == Hay padres españoles que venden a sus hijos

LA CONTRATA

En el cantón de Blangi-sur-Bresles, departamento de la Seine inferior de la nación vecina, reside una mujer española, natural de Villaves (Burgos), que no obstante su viudez, resuelve maravillosamente su vida y la de sus tres hijos. ¿Cómo? ¡Sencilísimo! Dedicándose a la compraventa de niños españoles.

El hecho parecerá inverosímil de puro monstruoso; pero es cierto. Antes de que la esclavitud se aboliera, los que se dedicaban al infame comercio de seres humanos disfrazaban su inconfesable actividad titulándose traficantes en «ébanos». Ahora —ventajas del progreso— se ha utilizado más y se le da un nombre de sentido más indecifrable y de apariencia más candorosa: «la contrata».

La «contrata» se verifica en la siguiente forma: Viene a España la viuda burgalesa y recorre los pueblos más pobres de la costa cantábrica con preferencia la provincia de Santander, y a las familias angustiadas, porque el trabajo es poco y la miseria mucha, las propone la contrata de los niños varones para trabajar en las fábricas de vidrio francesas; desarrolla ante las pobres gentes una deslumbradora teoría de posibilidades, ofrece de momento unas monedas... y el trato queda hecho. La elocuencia insinuante y persuasiva de la contratista, juntamente con la vista del dinero, quebranta la instintiva resistencia de los padres; el hambre y la codicia hacen el resto y la venta criminal se consuma.

COMO SE BURLAN LAS LEYES

Una vez contratados seis, ocho o diez muchachos montañeses, la mujer pide unas cartas de trabajo a nombre de los padres respectivos, que así aparecen «oficialmente» como obre-

ros que van a trabajar a Francia acompañados de sus hijos. La cosa no puede tener aspecto más legal e inocente. Pero una vez traspuesta la frontera, en Hendaya, los padres desalmados perciben el importe total de... —la pluma se resiste a escribirlo— ¡la venta de su hijo! Judas vendió a su maestro y se ahorcó, atormentado por el remordimiento. Estos padres venden su propia sangre, los niños inocentes, carne de su carne, y no se ahorcan; regresan a sus pueblos a comerse en paz los treinta dineros de la venta inicua y dejan que los chicos sigan su viaje conducidos en recua por la contratista, que los entrega en las «verrerías» compradoras luego de cobrar su comisión por el negocio realizado merced a su hábil y canallesca intervención de intermediaria.

DESPUES...

Los niños pasan a ser esclavos de quien los comprara, de sus «amos».

Trabajo excesivo, comida escasa, trato duro, golpes... He aquí el triste destino de estos desgraciados.

Hace pocos días que ha llegado a las «verrerías» de Ruan (Seine inferior) una recluta de ocho de estos niños. Pregúntese a algunos padres de Pulientes, Población de Abajo y de la Serna, en la provincia de Santander, qué han hecho de sus hijos.

ES PRECISO ACABAR

Es necesario que este tráfico vergonzoso termine. Todos los datos anteriormente expuestos nos los ha facilitado un compatriota residente en Ruan, que nos escribe justamente indignado. No es la primera vez que se nos denuncian estos hechos. Quisiéramos que fuera la última...

JOSE SIMON VALDIVIELSO

Piedras preciosas

VIVIR

El que calla, es olvidado; al que se abstiene, se le toma la palabra; quien no avanza, retrocede; al que se detiene, se le aventaja y se le aplasta; quien cesa de crecer, comienza a declinar; quien desiste, abdica; el estacionamiento, es el comienzo del fin, el síntoma terrible y precursor de la muerte. Vivir es, pues, triunfar de continuo, afirmarse contra la destrucción, contra las enfermedades, contra el anulamiento y la dispersión de nuestro ser físico y moral. Vivir es, pues, querer sin descanso o restaurar cotidianamente la propia valentía.

Amiel

RAZON Y DESEO

La razón es una buena cosa, eso es indiscutible; pero la razón no es más que la razón, y sólo satisface a la capacidad humana de raciocinar, en tanto que el deseo es la manifestación de la vida toda, es decir, de toda la vida humana, incluso la razón y todas las comezones posibles. Y si nuestra vida no se revela a veces mucho en esta manifestación es, pese a todo, la vida y no únicamente la extracción de la raíz cuadrada. Porque yo, por ejemplo, quiero vivir de un modo completamente natural para satisfacer mi capacidad de vivir y no mi facultad de raciocinio, la cual representa próximamente la vigésima parte de mi capacidad de vivir. ¿Qué sabe de eso la razón? La razón sólo sabe lo que ha tenido tiempo de saber (puede que haya algunas cosas que nunca sabrá; esto no es muy consolador que digamos, pero ¿por qué no reconocerlo?), en tanto que la naturaleza humana actúa en masa con cuanto en ella se encuentra y, se equivoque o acierte, vive.

Dostoievski

PENSAR Y OBRAR

Pensar y obrar, obrar y pensar es la suma de toda sabiduría, en todo tiempo reconocida, en todo tiempo practicada, pero no por todos advertida. Una y otra cosa han de alternar eternamente en la vida, como la aspiración y la expiación; debían ser inseparables, como la pregunta y la respuesta. Quien se hace una ley de lo que el genio de la razón humana susurra secretamente al oído de cada recién nacido, es decir quien somete la acción al examen del pensar y el pensar al examen del hacer, no puede equivocarse nunca, y, si se equivoca, encontrará pronto el buen camino.

Goethe

EL GENIO

El genio vive con sus contemporáneos en un pie de hostilidad, porque no trabaja para su generación, sino para las generaciones venideras. El genio es primero ignorado, más tarde ultrajado y perseguido, tergiversado contentamente. Y no hay que esperar que las cosas cambien. Claro está que algunos espíritus nobles y algunas cuantas almas generosas ven al genio y se apegan a él con hondo amor; pero, en cambio, tiene que dejar que las manos brutales del vulgo le palpen groseramente el corazón.

Hebbel

LA GRACIA

¿La gracia...? Llámennla ustedes encanto, decoro, hermosura, donaire, simpatía, agrado, amabilidad: todo esto son partes, grados, caracteres de la gracia, sin que ninguno de ellos por separado agote plenamente su concepto. Lo que los griegos, los inimitables griegos designaron con el nombre de la celeste Venus, lo que Platón, el maestro de la belleza, describió como la seducción de las ciencias y el incentivo de la virtud...; la bella naturaleza que llevan en sí los verdaderos sabios y los buenos, y que los poetas y artistas imitan o reproducen; el atractivo que Plinio llama *Venustas*, y Quintiliano *gratia*...

Herder

LA MELANCOLIA

Ya en la antigüedad (por ejemplo, en los llamados «Problemas» aristotélicos) se pensaba que el temperamento melancólico es propio del genio. Entonces no se entendía por melancolía exactamente lo mismo que hoy; sin embargo, esta opinión puede aplicarse a muchos casos. Muchos descubrimientos y muchas experiencias únicamente pueden ser realizados por aquellos a quienes el peso de la melancolía, como un plomo a los pies, hunde en el mar de la vida.

Hoffding

DEL ARTE DE LA EDUCACION

Un principio del arte de la educación, en el que deberían fijarse especialmente los encargados de dirigirla, es el de que no se debe educar a los niños conforme al presente, sino conforme a un estado superior, más perfecto, posible en el porvenir de la especie humana; es decir, conforme a la idea de Humanidad y de su completo destino. Este principio es de extraordinaria importancia.

Kant

LA PARADOJA

La paradoja es la pasión del pensamiento, y el pensador que evita la paradoja es como el amante que quisiera hurtarse a la pasión: un modelo mediocre. La suma potencia de toda pasión es que quiere su propia desaparición, y así también la pasión más alta de la inteligencia es que quiere el obstáculo, la dificultad, aunque, de una u otra manera, el obstáculo, el tropiezo, tiene que llegar a ser una decadencia. Así, pues, la suma pasión del pensamiento es descubrir algo que ni siquiera se pueda pensar. *Kierkegaard*

EL SABIO

El sabio se cura de la ambición por la ambición misma; propende a cosas tan elevadas, que no puede limitarse a eso que se llama riquezas, cargos, fortuna y dignidades; en tan fútiles ventajas no descubre nada que sea suficientemente bueno y sólido para satisfacer su corazón y merecer su atención y sus deseos. Antes, por el contrario, necesita esforzarse para no despreciarlas profundamente. Sólo puede tentarle esa especie de gloria que debería surgir de la virtud inmaculada y simplicísima; pero los hombres apenas reparan en ella y él prescinde de tamaño honor.

La Bruyere

LA COMPASION

Frecuentemente la compasión es un sentimiento de nuestros propios males en los males ajenos, una hábil previsión de las desgracias en que podemos caer; socorremos a los demás para comprometerlos a que nos socoran en ocasiones semejantes; y estos servicios que les hacemos son mejantes; y estos servicios que les hacemos son, hablando claramente, favores que de antemano nos hacemos a nosotros mismos.

La Rochefoucauld

LA LIBERTAD

Los políticos de la época presente suelen establecer como principio de verdad incontrovertible y evidente por sí misma, que ningún pueblo debe ser libre antes de hallarse en aptitud de usar su libertad; máxima digna de aquel loco que determinó no echarse al agua hasta saber nadar, porque si los hombres hubieran de aguardar la libertad hasta que el ejercicio de la esclavitud los hiciera dignos de ella por su prudencia, por su virtud, esperarían siempre en vano.

Macaulay

LA AFECTACION

La afectación proviene de que no se tiene fuerza para entrar en colisión con el mundo, haciendo valer el verdadero carácter... Cada cual ha recibido de la Naturaleza su cuño determina-

do; pero por falsos respetos a los demás se lo deja robar... No se atreve a salir al mundo con su propia persona, ni tampoco cree en su profundidad infinita. Si todo individuo juzgase sobre las cosas tal como se le presentan, sin miedo al reproche de parcialidad, tendría que resultar un carácter magnífico.

Moller

LOS FANATICOS

El ideólogo, se dice, no es bueno para la lucha política. Es cierto. ¿Cómo va a luchar con otros el que vive en lucha consigo mismo? Los hombres que pelean con los demás son los fanáticos, es decir, los que están en paz consigo mismos. ¿Cómo va a tener humor de disputar con los demás el que a toda hora lo hace consigo? Quien sabe que la íntima disputa es el ser auténtico del hombre, no puede sentir un gran empeño en convencer a nadie de nada. Sólo el fanático, el que no es para sí hombre, el putrefacto humano, es persuasivo, luchador, proselitista. Es decir, los que no han pensado nada por sí son los que se afanan en convencer a los demás de muchas cosas.

Ortega y Gasset

LIBERTAD DE AMAR

Una de las falacias más peligrosas de los moralistas convencionales consiste en reducir el sexo al acto sexual; así lo maltratan mejor. Ningún hombre civilizado, ningún salvaje, hasta donde alcanzan mis noticias, satisface su instinto con el mero acto sexual. Si ha de satisfacer el impulso que a él conduce, es necesario el galanteo, el amor, la compañía. Sin estas cosas, aunque el apetito físico se apacigüe por el momento, el apetito mental subsiste indomado, y no puede obtenerse una satisfacción profunda. La libertad sexual que el artista necesita es libertad de amar, no le basta la libertad de aliviar una necesidad del cuerpo con una mujer desconocida; y la libertad de amar es lo que principalmente se niegan a conceder los moralistas convencionales.

Russell

EL ARTE

El arte encuentra en sí mismo, y no fuera de él, su perfección. No debe juzgarse por un modelo exterior. Es un velo más bien que un espejo. Tiene flores desconocidas para todas las selvas y pájaros que ningún bosque posee. Crea y destruye mundos, y puede arrancar la luna del cielo con un hilo bermejo. Las «formas más reales que un ser viviente» le pertenecen, así como los grandes arquetipos, de los que son copias imperfectas las cosas existentes. Para él la Naturaleza no tiene leyes ni uniformidad. Puede hacer milagros a discreción y los monstruos salen del abismo a su llamamiento.

Wilde

Un filósofo ignorado **PEDRO SALA**

II

El sistema filosófico del autor de *Materia, forma y fuerza*, debía lógicamente, aportar una afirmación trascendente. En su libro más importante, había sentado Sala las tres ideas fundamentales de las que partieron todas las escuelas que aceptan todo principio monoteísta: la idea de ser, la fuerza y lo absoluto; pero en las tres nociones acertó a descubrir un punto de mira original, que acaso no se encuentre en la Historia de la Filosofía. Este es el aspecto que da más valor a las lucubraciones del filósofo catalán, así desde el punto de vista filosófico como del religioso. La idea de ser, que fué el punto de partida de gran número de escuelas filosóficas, consideróse casi siempre en un solo sentido: el de nombre y el de verbo. Por el primero se expresa que una cosa existe, y por el segundo, la acción de existir. Esta división ofrece ventajas que trascienden, según nuestro autor, a lo más elevado de la esfera metafísica, pues resuelve grandes problemas, entre ellos el del tiempo y, especialmente, el de la causa desconocida del Universo.

La confusión originada por haberse atribuido un sentido único a la acepción ser, trajo como consecuencia, a juicio de Sala, la necesidad lógica del panteísmo. Un ser infinito ha de abarcar fatalmente a todos los seres que existen o pueden existir. Considerándolo, empero, como acción de existir, se concibe la coexistencia de un ser de intensidad infinita con seres en la cantidad y número que se quiera suponer. Así estima el pensador catalán que queda lógicamente evitada la necesidad del panteísmo.

La segunda idea fundamental, o sea la de la fuerza, derivada del sistema expuesto en su primer libro tantas veces citado, conduce también a la afirmación de una energía infinita por el mismo procedimiento. En la escala de fuerzas hay una gradación, desde las más elementales, como la de la gravedad, hasta las superiores, como el pensamiento, siguiéndose en aquella una ley, según la cual, a mayor intensidad y perfección de fuerza, corresponde menor cantidad de materia. En lo alto de esta escala encuéntrase aquella energía suprema, de la que habla Aristóteles, sin mezcla de materia o

fuerza pura, cuya definición coincide con la dada por Heriberto Spencer al terminar su obra famosa, *Principios de Sociología* (Londres, 1874), con las siguientes palabras: «Solamente hay una verdad, que vendrá a ser cada vez más luminosa: la de que hay una existencia inescrutable, manifiesta en todas partes, de la cual no podremos concebir el principio y el fin. En medio de los misterios que se presentan más oscuros a medida que se les investiga con mayor profundidad, se adquiere una certidumbre absoluta, es decir la de que estamos sin cesar en presencia de la Energía infinita y eterna, de donde todas las cosas proceden.»

La tercera idea fundamental del sistema filosófico de Pedro Sala y en la cual considera haber logrado también verdadera originalidad, es la conceniente a lo absoluto. Esta idea, enunciada primero por Platón y presentada bajo distintos aspectos por los filósofos alemanes de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, por Cousin, en Francia; por Spencer y sus discípulos, en Inglaterra, y recientemente por Boudoutroux y Bergson, en la nación vecina, y por Benedetto Croce, Gentile y otros neoidealistas, en Italia, ha adolecido, a juicio de Sala, en todas las concepciones, de una cierta confusión, por no haberse expresado con suficiente claridad lo que se debe entender por absoluto.

Platón atribuye esta noción exclusivamente al Sér Supremo, al cual denomina el Sér Absoluto. La filosofía alemana moderna, según Sala, no pasó, desde Kant, de considerar lo absoluto como uno de los conceptos *a priori* sustentados por el fundador del racionalismo y, por consiguiente, carecía la concepción doctrinal de objetividad. Los discípulos del maestro de Koenigsberg, Fichte, Schelling y Hegel, desarrollaron con ligeras variantes la misma idea, envolviendo en lo absoluto todos los conceptos del conocimiento. Muy poco original, dice Sala, añadieron al mencionado concepto, tanto los citados filósofos como Cousin y Spencer, los cuales, si bien expresaron la idea con mayor claridad y precisión, no aportaron nuevos elementos.

Pedro Sala intentó hacer luz en este problema importantísimo, y puede decirse que planteó el concepto de lo absoluto desde puntos de mira en cierto respecto diversos, distinguiendo por prime-

ra vez entre el absoluto que creemos ver en las cosas mismas, el matemático, el estético y el moral, y otro absoluto, inaccesible para el hombre, que es aquel de que habló Platón. Sala denomina al primero lo absoluto en lo relativo, y el segundo lo absoluto en lo absoluto. Estas son las ideas que expuso Sala, aunque sólo parcialmente, en un pequeño volumen publicado posteriormente con el título *La clave del misterio* (Barcelona, 1912), que hállase dividido en tres partes: lo verdadero, lo bello y lo bueno. En cada una de estas partes desarrolla Sala el concepto de lo absoluto en lo relativo y de lo absoluto en lo absoluto. Los temas están tratados con excesiva concisión y apuntadas sólo las ideas, sin darles el conveniente desarrollo. Hubiera sido preferible que el autor hubiese desenvuelto cumplidamente su pensamiento; pero de todas suertes, leyendo con detención este notable estudio, se advierte que hay en él materia suficiente para escribir algunos volúmenes. De haber seguido el señor Sala un plan vasto, acaso hubiera alcanzado su obra una notoriedad que ahora no ha tenido; de una parte, por el motivo indicado, y de otra, por la frialdad y el desvío que siente el público español hacia cuanto significa labor de carácter metafísico.

* * *

Conocedor el señor Sala de las condiciones adversas del ambiente psicológico de España, consideró que la especulación filosófica no debía encastillarse en las esferas de la pura abstracción, sobre todo cuando se pretende realizar una actuación en la conciencia de la masa social. Sin duda, por esta razón de lugar y de tiempo dedicó gran parte de su actividad mental a escribir algunos libros de menor trascendencia filosófica, pero no exentos de positivo interés, relacionados con las cuestiones más salientes del Cristianismo. El más importante de tales trabajos es el publicado en Madrid, en 1890, con el título *El Verbo de Dios*, que lleva un hermoso prólogo del que fué insigne escritor y académico don Juan Valera. Consta este volumen de tres partes: la primera, dedicada al Verbo de Dios en Dios; la segunda, el Verbo de Dios en la Naturaleza, y la tercera, al Verbo de Dios en Cristo. Valera hace grandes elogios del libro, especialmente de la primera parte. He aquí los términos en que se expresa el egregio maestro: «Diré sólo en mi sentir: el señor Sala explica racionalmente lo que por fe cree y lo que por intuición descubre, sin que su explicación se parezca a la de otros pensadores (Hegel, por ejemplo), los cuales, al explicar los dogmas religiosos los destruyen o los con-

vierten en símbolos sin sustancia; en vana forma subjetiva. El mejor mérito del libro, que recomiendo, es el espejo del ambiente que le rodea. No hay aquí nebulosidades. Así como en la claridad meridiana, cuando el sol culmina, todos los seres visibles se destacan en el aire con marcados contornos, sin que nada los esfume ni los confunda y desvanezca, así en este libro, sin vaguedad, sin términos ambiguos, el autor expresa las cosas como las ve y como quiere expresarlas. Ni voluntaria ni involuntariamente hay anfibología.»

Además de los tres volúmenes mencionados anteriormente, el señor Sala ha escrito otros libros, acaso de menos profundidad de pensamiento, pero que tienen un gran valor social, porque tratan el tema religioso con gran sinceridad y hondo conocimiento de este problema, en España constantemente preterido. Uno de estos volúmenes es el rotulado *Tratado de Dios, por Santo Tomás de Aquino* (Madrid, 1899), en el que Sala comenta, muy acertadamente, cada uno de los artículos de la obra del llamado «Ángel de las Escuelas». Aunque la Escolástica—que, como es sabido, reinó durante la Edad Media en Europa entera, siendo su lumínar más esplendente el teólogo italiano—cayó en completo descrédito con el Renacimiento, no puede negarse, sin embargo, que encierra valiosos tesoros de pensamiento, o, como lo expresó Leibniz, vino a ser algo así como una escoria que lleva mezcladas piedras preciosas.

Sala, con el noble objeto de ponerlo al alcance del público que se interesa por el problema religioso, tradujo este *Tratado de Tomás de Aquino*, acompañándolo de notas que ilustran el texto y lo relacionan con la doctrina de las principales escuelas filosóficas contemporáneas, tarea difícil y abrumadora, de la cual salió airoso, trabajando con una constancia y un entusiasmo verdaderamente ejemplares.

Preocupado Pedro Sala ante la extraordinaria difusión alcanzada por algunos libros de autores alemanes y franceses que enfocaron la cuestión religiosa con un criterio puramente negativo, llegando a influir en España al comenzar el último tercio del siglo pasado, publicó en 1895 el volumen que lleva por título *El Ateísmo ante el sentido común*. Decidióle a realizar esta empresa el propósito de refutar sobria y vigorosamente, uno por uno, los argumentos que adujo en su obra *Dios, ante el sentido común*, el célebre abate francés Mestier, de quien se ocupó Voltaire en su *Dictionnaire philosophique*. Sala, con objeto de contrastar las doctrinas del abate con las del verdadero sentido común, es-

cribió una réplica de carácter popular, siguiendo el mismo procedimiento de difusión que Meslier y ateniéndose más al fondo que a las filigranas literarias, que tampoco se hallan en el libro que analizó. Después de ligeros escarceos de filosofía religiosa, rebata el señor Sala el diálogo IV de *Las luchas de nuestros días*, de don Francisco Pi y Margall, escribiendo una crítica viva, aunque respetuosa, al seguir paso a paso, en sus principales conceptos, al famoso autor de *Las Nacionalidades*. Propúsose, sin duda, Sala demostrar al eminente pensador y repúblico que le impedía ver claro en estas intrincadas cuestiones la preocupación que llevaba infiltrada por la religión positiva. Según el parecer de Sala, Pi y Margall confundía con la fórmula suprema del monoteísmo aquella preocupación, y por eso en el citado diálogo no elevó la cuestión a las regiones de la filosofía pura, sino que se concretó a tratar el problema en el terreno en que lo coloca la Iglesia católica y aun a veces en la esfera de la polémica.

A pesar de los años transcurridos, todavía reviste algún interés este estudio de Sala, tanto por la materia en sí como por haber controvertido los juicios de uno de nuestros maestros más insignes. Pi, en esta materia, como en todas las que cultivó, poseía una copiosa documentación. Según me refirió pocos años antes de morir, sabía una buena parte de la Biblia de memoria. No obstante, como todos los hombres de su generación, era algo apasionado al tratar las cuestiones religiosas, lo que se explica por las luchas esconadas que hubo de librar contra la teocracia. Su criterio, un tanto rígido, debióse también a la admiración que sentía por los autores de la izquierda hegeliana y por Proudhon y Augusto Comte, que le comunicaron un cierto dogmatismo laicista.

Sala se propuso, en esta breve controversia, poner de manifiesto las objeciones que la razón natural podía poner al diálogo de Pi. El plano en que se movieron ambos autores no tenía pretensiones científicas, sino que más bien revisió el carácter de una conversación entre dos cultivadores del pensamiento, que desde sus respectivos puntos de mira discutían tesis contrarias.

La última parte de este curioso volumen tiene por objeto el rebatir las afirmaciones del famosísimo opúsculo del señor Suñer y Capdevila, titulado *Dios*, que por el año 1869 causó tan viva impresión en toda España. Los argumentos aportados por Suñer no eran profundos, y por esto el señor Sala no hizo otra cosa que contradecirlos en el terreno polémico, sin necesidad de remontarse a las cimas del pensamiento.

No prosiguió nuestro autor este género de estudios, que en un principio había tenido el propósito de hacer extensivos a los grandes teorizantes que defendieron el ateísmo con un criterio científico, sin duda porque comprendió que en España no existe, por desdicha, ambiente adecuado para tal índole de investigaciones, pues es evidente que aun en la actualidad nuestro gran público no presta atención a las disquisiciones religiosas.

A pesar de la frialdad del medio hispánico, el pensador catalán, perseverando en su noble empeño de difundir ideas que siempre estimara salvadoras para la psicología de la raza, siguió trabajando con una devoción sincera y publicando algunos folletos. Los más salientes de esta parte de la labor cultural del ignorado filósofo, son, de ordinario, comentarios brevísimos a las obras de los ingenios españoles más insignes unas veces y otras estudios de temas religiosos, preferentemente en cuanto dicen en relación con el Evangelio. La trilogía *Los místicos españoles* (Madrid, 1891), está dedicada a Fray Luis de León, Juan de la Cruz y Teresa de Jesús. De la penetrante analítica llevada a cabo por Sala, resulta que estos eminentes escritores, reputados como lumbreras archiortodoxas, tenían no poco de heterodoxos, especialmente los dos primeros. Del examen que hace Sala en el folleto dedicado a Juan de la Cruz, se deduce que este tipo representativo de nuestra mística recibió la influencia de las doctrinas de la reforma luterana en mayor medida de lo que supusieron la mayoría de los críticos, que habían tratado de penetrar en lo esotérico de la idealidad de nuestro dulce lírico.

En aquellos tiempos, el sentido evangélico del movimiento reformador alcanzó gran boga en la mayor parte de las naciones europeas. Cualquier disidente, dice el señor Sala, hubiera podido fumar los escritos del célebre místico castellano, el cual, por la índole de su espíritu, aún podría añadirse que merece ser calificado de escritor racionalista. Realmente, añade el filósofo catalán, al leer algunos de sus escritos y aun de su obra entera, sorprende que se haya incluido a Juan de la Cruz entre los santos de la Iglesia católica, cuando él no creía en la mayoría de los dogmas y las prácticas de la misma, no obstante ser el suyo un espíritu profundamente religioso.

En el mismo folleto se analiza someramente la obra de Fray Luis de León, fijándose Sala en las obras maestras *La perfecta casada* y *Los*

nombres de Cristo. Hace observar el crítico catalán que, al describir Fray Luis de León las condiciones de una perfecta casada, desde el punto de vista católico, en un libro de algunos centenares de páginas, es extraño que no mencionase ninguna de las prácticas que, entonces, como ahora, constituyen la preocupación de la mujer católica española. Pone de manifiesto Sala, que no se habla en la obra de Fray Luis de León de la confesión, de la misa, de la devoción a determinadas imágenes, del director espiritual ni de nada concerniente al repertorio católico. Sin la pretensión de ejercer de crítico, demuestra Sala cuán distinta era la mentalidad del insigne agustino de aquélla que le atribuyó erróneamente la tradición, confundiendo lo que era característico del ambiente que le rodeaba con lo que el escritor era en realidad y asignándole una significación que no tuvo jamás.

Análoga conclusión se desprende del examen de *Los nombres de Cristo*. Dice Sala que podría suscribir cualquier luterano cuanto escribió en este libro Fray Luis de León, pues no hace referencia a los Sacramentos, ni habla de Pontificado, ni de Iglesia, sino que todo el pensamiento del místico se desenvuelve en una esfera bíblica y puramente doctrinal. Es de advertir que, con la impresión que ofrece el señor Sala, están de acuerdo las declaraciones de testigos que figuran en el proceso instruido por el Santo Oficio, según las cuales el gran escritor castellano estaba contaminado por las ideas de la Reforma y no era, por lo tanto, un espíritu íntegramente católico.

El tercer estudio de *Los místicos españoles*, está dedicado a Teresa de Jesús. No llega en éste Sala a conclusiones tan terminantes como en los dos otros folletos. La discutidísima escritora de Avila no podía, en modo alguno, formular un criterio definido, respecto a cuestiones tan complejas como las de orden filosófico y religioso; así es que, en sentir del señor Sala, oscila y divaga, elevándose a veces a grandes alturas, verdaderamente filosóficas y llegando otras a los lindes de la pequeñez y la minucia de la vulgaridad femenina. De todos modos, el crítico catalán advierte en los escritos de la doctora mística una profunda aversión hacia los jesuitas y los frailes y una desconfianza sin límites, por cuanto se relaciona con el clero. En este punto considera el señor Sala que no va más lejos que Teresa de Jesús, el más furioso anticlerical de nuestros días. Apoyándose Sala en éstos y otros rasgos, llega a la conclusión de que la llamada Santa raya en las fronteras de la heterodoxia.

Entre los demás folletos publicados por el olvidado escritor, es muy interesante el que se intitula *Por qué creo en la Biblia* (Madrid, 1894). Estima el señor Sala que el discutido libro sagrado, que tan colosal influencia ha ejercido y ejerce todavía en la vida de la humanidad, reviste un valor real y positivo, no tanto por sus narraciones y su antigüedad como por ser el único que mantiene, desde el comienzo hasta el fin, el principio del monoteísmo, y por esto pudo decir, con razón, Ernesto Renán, que es una idea esencialmente semita. Ni los enormes poemas de la India ni los restos de la literatura egipcia y babilónica, ni la grandiosa cultura helénica, ofrecen el espíritu de continuidad y la perseverancia en la creencia monoteísta que la Teogonía hebraica. Sala reconoce, en este breve folleto, que las variadísimas fomas en que el libro presenta dicho ideal, adolecen con frecuencia de carácter de ser demasiado humanas, como dijo Nietzsche, pero, así y todo, estima que la *Biblia* es insustituible. Arguye que las razas que están familiarizadas con el gran libro se han colocado a la cabeza de la humanidad, porque enriquecieron su vida psicológica con los alientos que infunde en el ánimo colectivo aquella obra imperecedera. Tales son, en resumen, las ideas desenvueltas sucintamente por el señor Sala en este folleto, que de haberse publicado en Inglaterra o en los Estados Unidos, habría llegado a alcanzar cientos de ediciones.

De un corte análogo viene a ser el folleto titulado *El Padre Nuestro, como fórmula de religión y de moral* (Madrid, 1894). El Congreso de las religiones, celebrado en Chicago poco antes, en el que tuvieron representación ilustres y prestigiosas personalidades pertenecientes a todas las grandes religiones, aprobó como fórmula común, y fué aceptada por los congresistas en masa, la denominada oración dominical. En el mentado folleto analiza Pedro Sala, una por una, las frases de aquel documento y las contrasta con el contenido del resto del Evangelio, demostrando que toda la sustancia religiosa y moral hállase encerrada virtualmente en aquella oración que, en su concepto, basta para llenar una existencia sinceramente piadosa.

Teniendo en cuenta la profunda crisis religiosa que viene atravesando desde hace algunos lustros el mundo civilizado, debido al choque tremendo de tantos sistemas e hipótesis encontradas que desorientan al espíritu humano, cree Sala, acaso con excesiva confianza, que esta fórmula tan vulgarizada «podría servir, bien comprendida, de tabla de salvación para muchas

almas que aspiran a una idealidad pura e independiente y que no encuentran en las instituciones eclesiásticas el consuelo apetecido».

De género análogo es el folleto *La abolición del latín en el culto* (Madrid, 1891). Contra lo que podría deducirse del título, Sala no es enemigo de la hermosa lengua del Lacio y, como prueba de que la conoce y la ha cultivado con éxito, bastará decir que tradujo sin necesidad de diccionario el poema *De Rerum Natura*, de Lucrecio, que no llegó a publicar por falta de editor. De lo que trató el señor Sala en su folleto, fué del uso de dicha lengua en las prácticas de la liturgia católica. Contra esta costumbre clama el autor en las páginas de su opúsculo, en el cual abundan los argumentos sólidos. Se ha creído, generalmente, que es ésta una cuestión frívola y por esto apenas se le ha atribuído importancia social. Entienden, asimismo, la mayoría de las gentes, que el empleo de este o de otro idioma, es un accidente en la vida de la Religión. Sala estima, por el contrario, que de la decadencia civil, política y religiosa de los pueblos católicos, la causa principal, si no la única, ha sido el empleo del latín en el culto.

No podemos seguir al autor en el cúmulo de datos y reflexiones que aduce en comprobación de su tesis; pero conviene siquiera hacer constar que el nervio de su argumentación viene a consistir en que, estando compuesta la obra litúrgica del catolicismo de los mismos elementos que la protestante, con la sola diferencia de la lengua a que fueron vertidos, los efectos hubieran sido los mismos, si aquéllos no estuvieran envueltos en el cendal de un idioma desconocido, que impidió la comprensión de los textos a las inteligencias católicas. Así éstas han quedado sumidas en la barbarie, mientras los protestantes han logrado avanzar constantemente en el camino de la civilización, colocándose en los primeros lugares. La decadencia del catolicismo es debida, en gran parte, a lo incomprensión de los principios evangélicos.

Los dos últimos folletos de que vamos a dar cuenta, ofrecen un carácter sumamente distinto. En el primero, intitulado *El monismo*, conferencia leída en el Ateneo Barcelonés, en 29 de marzo de 1901, considera Sala, desde el punto de vista filosófico, que entre el Dios personal y antropomórfico que han ofrecido comúnmente las religiones y concebido la imaginación popular, el Dios de algunos grandes filósofos, como Spinoza, y el de varias religiones orientales, existe un término medio que, sin confundir en una masa católica la substancia de todas las cosas, hace filtrar lo divino en la naturaleza de las mismas, prestándoles un color y un sentido que ha sido

el mayor encanto de famosos pensadores como Juan Pablo Richter, Lamartine, Carlyle, Huxley, Emerson, Guyau, Enrique Federico Amiel, en algunos instantes Goethe, Rusell Wallace, y entre los españoles, Moreno Nieto y Leopoldo Alas.

No corresponde a esta concepción, en sentir de Sala, el apelativo de monismo que le diera, al sistematizarla, Ernesto Haeckel, pero presta al ideal divino una amplitud y un atractivo, que no ofrece el concepto tradicional. Los espíritus superiores, como los que acabamos de mencionar, simpatizan con este punto de vista, que no rehusa aceptar el autor de este folleto, tan breve como sustancioso.

En el segundo folleto, *La Religión del porvenir* (Barcelona, 1905), se ocupa, ante todo, de la cristiana. En lugar de emprender el estudio analítico de los libros sagrados del cristianismo, como David Federico Straus, Eduardo Hartmann, Ernesto Renán, Emilio Bosci y R. E. Funcke, fíjase exclusivamente el autor catalán en el hecho de que lo mismo Jesús que los apóstoles manifestaron su convicción íntima y profunda de que el mundo terminaba en aquellos mismos días. Lo dice Jesús en distintos pasajes del Evangelio y lo repiten en sus epístolas San Pablo, San Pedro, Santiago y San Juan en el Apocalipsis. Este aspecto de la cuestión cambia, a juicio de Sala, de raíz las ideas que nos habíamos formado de la Religión cristiana. No resultaría ésta, a partir de tal antecedente, una Religión, sino una especie de indulto para la generación que se suponía última, contemporánea de los fundadores del Cristianismo. No quiere esto decir, añade el veterano luchador, que haya sido inútil e inaprovechable la obra de dichos fundadores, pues en virtud de las mismas condiciones psicológicas que había creado en ellos la idea de la próxima desaparición del mundo, ofrecieron una doctrina y un ejemplo de tan alta espiritualidad y sublime abnegación, que han podido quedar como tipo perenne de vida y conducta para cuantos aspiran a vivir según los imperativos de la conciencia.

Por esta senda es como llega el autor al segundo tema, que se cifra en la religión del porvenir. Ya se comprenderá que, como dice Guyau, la irreligión negará una gran parte de las afirmaciones del hombre religioso actual, pero, aún desprendidos de esta pesada carga, seremos, añade, más religiosos que nuestros antepasados. Tendremos menos religión positiva, pero más religiosidad ideal. Anticipándose a los acontecimientos, entiende Sala que del Cristianismo podrá aceptar la Religión del porvenir el eterno principio del Ser Supremo y la trilogía perenne

de la Verdad, la Bondad y la Belleza, pero muy especialmente los principios esenciales de la moral cristiana, que en muchos puntos considera insuperable.

* * *

Es posible que algún lector se pregunte: ¿Quién es Pedro Sala? ¿Qué valor puede tener la obra de un escritor que llegara a una edad avanzada—su fallecimiento ocurrió el día 10 de enero de 1916—siendo poco menos que desconocido no sólo del gran público, sino de la mayoría de los intelectuales militantes? No se oculta fácilmente la luz cuando es muy intensa y puede proyectar sus rayos a gran distancia. No cabe creer racionalmente en la existencia de genios ignotos.—A estas interrogaciones y apreciaciones habremos de contestar con la frase vulgarísima de que toda regla general tiene su excepción.

El señor Sala confirma esta regla, sin que ello quiera decir que pretendemos colocarle en la categoría de genio, sino únicamente en la de un hombre de positivo mérito, cuya doctrina filosófica es digna de ser divulgada. Al estudiar su obra total, precisa tener en cuenta las circunstancias y condiciones de este publicista, que en plena juventud pasó de un estado especial, como el sacerdocio, al estado civil, en un país como el nuestro, en el que apenas se llega a formar una idea aproximada de lo que representa esta transformación psicológica. Más pronto aceptaría nuestro pueblo, considerándola posible, la metamorfosis de sexo o la de un hombre en una planta, como la de que hablaba Ovidio, que la del clérigo a simple ciudadano. La idea de que la ordenación imprime carácter indeleble, es lo verdaderamente indeleble en el ánimo de los españoles apegados a la tradición.

Comprendiéndolo así Sala, después de haber abandonado, por imperativos de la conciencia, su antigua profesión eclesiástica, retiróse calladamente a la soledad de su gabinete de estudio. No hay que olvidar tampoco que había emprendido la carrera del sacerdocio por razones de carácter privado, que no son de la incumbencia del público.

Fiel a su criterio de permanecer alejado de las luchas sociales, vivió Sala, durante muchos años, sin figurar en partido político alguno, ni ocupar posiciones a las cuales hubiera podido llegar fácilmente por su intelectualidad, su cultura, su amor al trabajo, su don de gentes y su bondad. Limitóse a escribir modesta y anónimamente en algunos periódicos, contándose por millares los trabajos que salieron de su pluma.

En Madrid, redactó, durante largas temporadas, casi solo, *El Eco Nacional*, que fué por espacio de largo tiempo el órgano en la Prensa del marqués de Sardoal, ministro varias veces en las situaciones liberales, y de don Cristino Martos, en los últimos años de la vida de este hombre público. La labor, siempre anónima, de Pedro Sala en este periódico, representa un esfuerzo colosal, que le hubiera valido una sólida reputación de no haber permanecido obstinadamente en la obscuridad. Simultáneamente que en *El Eco Nacional*, colaboró en *El Debate*, *El Diario de la Tarde* y algunos otros periódicos. También publicó, por consejo de Valera, ensayos filosóficos y literarios en la *Revista de España* y en la *Revista Contemporánea*, las publicaciones más importantes que vieron la luz en la década de 1883 y 1893.

De la vasta labor periodística de Sala no ha quedado nada, como sucede de ordinario con los trabajos destinados a la Prensa, sobre todo en España, donde no abundan los volúmenes constituidos por colecciones de artículos. Su última campaña fué la que realizara en *El Diluvio*, de esta ciudad, periódico en el que escribió desde fines de 1898, primero como colaborador, firmando sus artículos con las iniciales L. M., y luego con el seudónimo de *Abelardo*. A partir de principios de 1901, redactó el frontis del popular diario, con muy escasas interrupciones, hasta que le sobrevino la muerte en 10 de enero de 1916.

Aportando estos datos con respecto a la personalidad de Sala, creemos haber contestado a las observaciones que podrían hacerse acerca del intrínseco valor intelectual del maestro, por falta de notoriedad. Sala no daba importancia a estos trabajos meramente periodísticos y, en cambio, se la concedía muy alta a los temas tratados en los libros y folletos que hemos mencionado en el curso de este artículo. Estimaba que el problema capital de España, al igual que en todos los pueblos contemporáneos, es el religioso, precisamente, el que menos se ha dilucidado entre nosotros. La falta de preparación en la casi totalidad de los españoles, nos ha alejado del estudio de cuestión tan trascendental, y por esto el señor Sala, que en virtud de sus aficiones y antecedentes tuvo ocasión de penetrar en la entraña de los asuntos filosófico-religiosos, se creyó en el deber patriótico y humano, de exponer el fruto de sus atisbos y reflexiones, si bien no con la amplitud y extensión con que lo hubiera hecho de contar con más elementos y con un público anhelante e interesado en este género de lucubraciones.

Quienes no hayan perdido el sentido de lo

trascendental, hallarán, sin duda, en las páginas de los libros mencionados ideas y conceptos que les inducirán a meditar en los problemas de tanta entidad como el religioso y el moral, y orientaciones y criterios que tienden a despertar en España un movimiento intelectual que, ele-

vando el espíritu adquisitivo de nuestro pueblo, lo ponga al nivel de las grandes naciones que conceden a los asuntos de la conciencia una importancia suprema.

SANTIAGO VALENTI CAMPS

Historia nueva

El sentido social del amor

El amor nos impele a buscar el bien fuera de nosotros, a realizar el bien. Lo característico de él es la adhesión a todo lo que es vida y bondad.

Así se justifica el amor social, puesto que la vida es lo más bello y lo bello la forma de lo bueno.

Socialmente, el amor sensación y el amor sentimiento, lo objetivo y lo subjetivo se unen de manera análoga a como se relacionan todas las leyes de la gravitación universal. Las leyes de la atracción y de la cohesión son la simpatía y el amor para el mantenimiento de las especies.

Como ellas, las leyes de la bondad, de la justicia, del bien y del amor universal, también son inmutables a través del tiempo y del espacio.

Los sabios indúes, concibieron ya el mundo y a los seres como originados por el amor. El amor origen universal; el amor de Dios, engendrando al mundo por deseo, califica de divino, esencialmente, tal sentimiento, y hace pensar, si el sentido universal de reproducción no es ese mismo divino amor; y si ese sentido de reproducción es el deseo de pluralidad nada más, no el de posesión de la cosa amada; es decir el amor a la colectividad en un sentido social. Colectivismo fundamental de las especies. Sólo Dios es uno; el amor es la serie; es la unidad en la variedad; es el fundamento y el origen de todo. Del amor no puede concebirse nada malo, porque las cualidades de la divinidad son sustancialmente las del amor.

La máxima pluralidad es lo social, lo colectivo, la variedad. Si el amor universal engendró esa colectividad, nada es legítimo hecho contra ese amor. Ni la sociedad puede colectivarse, organizarse legítimamente, naturalmente, sin

conceder al amor la base más natural y legal para la regulación de todos los derechos individuales. Porque el individuo ha de representar para la sociedad el propio verbo divino hecho prójimo.

Al decir Dios «¡ Si yo fuera muchos !... », según los esoteristas de la teogonía indú, concibió el mundo. Indicó la primera ley del universo, el característico horror de la naturaleza al vacío.

El uno, fué el todo; fué para todos. Esto indica terminantemente el origen natural del socialismo democrático, del comunismo original biológico, por biogénico. Porque el amor no es la atracción cósmica de los sexos. La unión de los sexos no es más que un accidente del amor. La reproducción es una consecuencia de ese accidente. Sin que tenga que ver nada en lo germinal la causa volitiva del amor, sino la divina razón de causalidad obediente al imperativo de continuidad de la serie, del «amor-atracción» universal.

Aristóteles decía que el amor era actividad, la actividad que caracteriza por otra parte al trabajo, a la vida. El amor, como el trabajo, nos hace felices. La felicidad, el bien absoluto, es lo que nos mueve, y moviéndonos, el amor y la felicidad se sustentan en la «obra social».

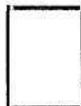
Pero el amor también es conocimiento, deseo de conocer. La razón creadora, lo que creamos fuera de nosotros, es el supremo amor; porque nos liberamos de la pasión, que es egoísta siempre, como nacida de la individualidad.

Vayamos a confundirnos en el origen divino, por la ciencia y por el amor.

Que esto significa el amor consciente.

AUGUSTO M. ALCRUDO

El tránsito de Bias



Aun cuando se hallaba muy debilitado por su vejez, Bias, el más sabio de los Siete Sabios, había querido defender, ante el tribunal de Priena, a un amigo acusado, y logró que lo libertaran. Agotado por un esfuerzo demasiado profundo y apasionado, desvaneciéndose después de haber oído pronunciar la sentencia. Pero su síncope era un arrobamiento, y, gozoso, dijo, al caer en brazos de su vecino:

—¡Otro bien que me llevaré para siempre conmigo!

Le transportaron a su casa y le acostaron en su lecho. Todos comprendían que iba a morir; incluso él mismo, al volver en sí del desvanecimiento, dióse cuenta exacta de su estado.

Dibujóse en sus labios una sonrisa dulce como, al pie del Mycale, la última vuelta y el último murmullo del río Meandro. Y dijo una vez más, la frase que gustaba repetir:

—Me llevo todos los bienes conmigo.

Pero su hijo Teutamos preguntóle entre mal retenidos sollozos:

—¿A qué llamas *tus bienes*, padre amado y venerado?

—A lo único que puedo llevarme.

—He de manifestarte, sabio entre los sabios, que otros han afirmado que al morir no nos llevamos ningún bien.

—Alguna apariencia te ha engañado, oh hijo mío. No es sabio quien da el nombre glorioso y fiel de BIEN a lo que no podemos llevar por todas partes y siempre con nosotros.

—¿Qué te llevas, pues, padre? ¿Podrías enumerarme estos bienes imperdibles?

—Son demasiado hermosos para tener nombres. ¿O crees acaso que las palabras son capaces de expresar la belleza de las cosas verdaderas?... Me llevo todo lo que sé... lo que conozco y que está más allá de las palabras... los bienes que no podemos perder ni dar... que cada uno debe conquistar por y para sí mismo... que han llegado a formar parte de mí mismo... y que no pueden legarse ni recibirse como herencia... que se esparcen más allá de todos los nombres, en el espíritu arrobado y el corazón encantado... que se confunden armoniosamente con el encanto y el arrobamiento de mi corazón y de mi espíritu... Me llevo lo que la vida me ha enseñado.

—Intenta explicarme qué cosas te ha enseñado la vida.

—Me ha enseñado a vivir.

—Y ¿nos enseña alguna cosa la muerte? ¿No viene con preferencia a borrarlo todo?...

—No termines, oh hijo mío, la mentira que ibas a pronunciar. La muerte es tan enriquecedora como la vida. Todo acontecimiento se desliza por el recipiente del ser. Pero el sabio es el recipiente hermético que no deja escapar nada de lo que entra en él.

—¿Qué me enseñará la muerte? Si la vida enseña a vivir, la muerte sólo puede enseñar a morir.

En aquel momento la sonrisa de Bias semejó una llama reavivada.

—No sé —dijo el sabio— qué podrá enseñarte a ti la muerte. Pero a mí me enseña también a vivir.

—¿Qué dices?

—La vida me ha dado a conocer, entre otras cosas, que vivir es morir. La muerte me dice, entre otras cosas, que morir es vivir.

—Hablas de forma muy extraña, padre mío.

—¿Crees que aprendía y enriquecíame de conocimientos sólo cuando estaba sentado, de pie o acostado? La salud y la enfermedad eran para mí iguales instrucciones. ¿O crees que no veía nada cuando miraba las cosas o cuando me miraba a mí mismo? Una sola hoja es motivo de contemplación tan inagotable como un bosque, y no hallarás menos materia meditativa en uno de tus dedos que viajando a través de países desconocidos. Todo es vivir y todo enseña a vivir. Estar vivo o muerto es vivir, y si eres capaz de aprender, todo te enseña a vivir. Todo el que rehusa el nombre de vida a una sola forma, a un solo aspecto, a una sola actitud o a algún espectáculo, se proclama incapaz de escuchar la lección diversa y fiel de la vida. Podríamos compararle al loco que quisiera permanecer siempre en pie o siempre acostado; que quisiera no comer nunca o estar comiendo siempre... Me llevo, con la muerte, todo mi bien viviente y voy a conquistar en la muerte un poco más de bien.

Callóse y cerró los ojos. Su sonrisa hacía pensar en bellezas vastas y sosegadas, a no sabemos qué rica paz luminosa. Después de un largo silencio, el sabio repuso:

—Cuanto más te sonrío, oh muerte, más me sonrías tú. Impulsado hacia tu beso enriquecedor, te traigo como dote los pocos bienes que he podido reunir hasta ahora.

El silencio, esta vez, dejó entreabierta la boca. Los ojos, cerrados antes por una laxitud o una voluntad, volvieron a abrirse. ¿Qué es

pectáculo contemplaban, invisible para los vivos?

Teutamos abrazó el cuerpo inerte. Y dijo, tratándolo de contener su dolor:

—Tú no has perdido nada, padre mío. Pero yo creo que lo he perdido todo.

Inmediatamente triunfó en él el dolor. Teuta-

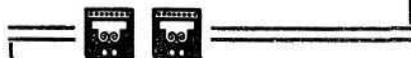
mos, sollozando, dejóse caer en una silla, y con la cabeza entre las manos lamentóse:

—Vida y muerte, ¿podrán enseñarme nunca otra cosa más que llorar?

HAN RYNER

(Traducción, Elizalde.)

¿Señala la anarquía el último periodo de la evolución racional?



Admitiendo que el individuo haya logrado hacer tabla rasa, en una sociedad futura, de todas las vegetaciones venenosas que han introducido en su cerebro las morales aceptadas; admitiendo que haya suprimido todos los obstáculos que se oponen a la libre expansión de su determinismo psíquico y fisiológico, ¿puede asegurarse que, también por esto, habría llegado en toda su plenitud a la «alegría de vivir»?

Por encima de los dueños actuales de su cuerpo y de su espíritu, de los cuales se habrá emancipado, se tropezará ¡ay! con un dueño más despótico aún que todos aquellos a los cuales habrá castigado, pues se estrellará contra el dinamismo universal, contra lo que hay que llamar la Naturaleza, y continuará fatalmente siendo su juguete.

Si no se viese ya arrojado a la vida como un esclavo, al azar de la condición social de sus procreadores; si no se viera ya obligado al trabajo embrutecedor, impuesto por las estúpidas exigencias de una seudocivilización en demencia, continuaría recibiendo de las fuerzas ciegas de la Materia una envoltura corporal y una sensibilidad que no habría podido elegir, aceptar o rechazar. En efecto, le sería imposible remontar las corrientes de herencia que han adulterado a la especie y se pierden en lo más lejano de las edades. Se hallaría, pues, por esto también, regido en su persona y en su mentalidad por un impulso creador que la ciencia no podría domesticar nunca ni hacer concurrir a los fines humanos.

Desaparecido el caos de las actuales agrupaciones sociales, por un breve espacio de tiempo, por una armonía aproximada, la Naturaleza restablecería ese caos al minuto siguiente, ne-

gándose a hacer nacer a los hombres iguales fisiológica e intelectualmente, y aptos, por consiguiente, en igual medida para lo que algunos llaman la *felicidad*.

Unos verían la luz raquíticos de cuerpo o de espíritu; otros serían dotados de fuerzas musculares o intelectuales superiores negadas a sus semejantes. Así, la noción de equidad integral no sería realizada en modo alguno, pues estando la naturaleza humana «tipada», por así decirlo, esto es, habiendo recibido desde el origen una adaptación única a los fines naturales, que son ineluctablemente antiindividualistas, el «Yo», que habría sido emancipado de la servidumbre social, volvería a caer *ipso facto* en la gran servidumbre cósmica que sojuzgó los planetas a fines desiguales, de igual modo que sojuzgó a los simples individuos.

Tocante al sabio, el Universo no es más que una formidable mixtificación. De la servidumbre abolida de las sociedades, el ser cultivado volvería a caer inevitablemente bajo la servidumbre de la gran fuerza «que crea y no es creada», como dice el «Baghavat-Gita», el gran libro indio, en el cual se inspiraron sin duda los filósofos materialistas de la antigua Grecia.

Contra esa fuerza, suprema dominadora de la especie reputada como pensante, y que ésta, creyendo emanciparse del espiritualismo, ha divinizado en cierto modo bajo el nombre de Naturaleza, ¿cuál es la rebeldía eficaz? Ninguna.

Su potencia sin conciencia domina al hombre, por lúcido y clarividente que sea. Por ella es arrastrado como un átomo, un átomo sensible y doloroso, en la inmensa conflagración de las energías; esto es, para destrucciones y creaciones, agonías y nacimientos, sin que ninguna ló-

gica pueda ser atribuida al Gran Todo, que parece rodar por el vacío de lo absurdo, como la tierra por el vacío del éter sideral.

Hemos dicho que ninguna tentativa de reparación del mundo odioso que padecemos y padeceremos hasta el fin de los tiempos, podía ser tenida en cuenta. Hemos sido quizá demasiado categóricos; pues, en resumidas cuentas, existe una. Es la Inercia.

Del cerebro del hombre ha salido, en efecto, una concepción que pone en claro el esfuerzo demencial de toda la mecánica sub lunar. Hemos nombrado al nihilismo filosófico. Es sobre esta cima más elevada, y que se sumerge de lleno en la serenidad del espíritu, sobre la que conviene orientarse, una vez alcanzada la meta del anarquismo.

Allí se encuentra el manantial impoluto de de todas las certidumbres. Mucho más que el contrato social, es el contrato natural el que hay que discutir, analizar y, por lo tanto, condenar.

Chateaubriand, el gran lírico cristiano, ¿no había condenado a su Dios; es decir, a su creación, cuando escribía: «La primer violencia de la cual tiene derecho el hombre a quejarse es de la de haber sido engendrado»?

Un pensador de la escuela filosófica inglesa llamada «radical», un discípulo de Stuart Mill, el cual no podía ver sin un sentimiento de horror a un padre de familia llevando por la mano con una expresión de beatitud al hijo al cual había infligido la vida, ha compuesto, *in anima vili*, si puede decirse así, una sugestiva estadística. Ha calculado la duración de todas las sensaciones felices de orden estético, morales o amorosas, incluso el espasmo sexual —la mayor de las voluptuosidades humanas— que había experimentado durante su existencia. Por oposición, ha totalizado también las sensaciones dolorosas; es decir, el miedo a las enfermedades, la angustia intelectual, el terror a la muerte, sin olvidar los dolores rabiosos de muelas, que exceden con mucho en violencia a la delectación genésica, de los cuales había sufrido. Ha llegado al resultado de que el sufrimiento prevalecía unos dos millones de veces sobre la felicidad en el curso de la vida de un hombre normalmente constituido y a cubierto de las necesidades materiales.

Añadía, es cierto, que la suprema defensa de la mayoría de los mortales contra el dolor era la inconsciencia de su condición real, a la cual venía a añadirse la esperanza abusiva que les hacía creer que el mañana sería mejor que el presente.

Sabemos bien que el hecho experimental no se tiene en cuenta por lo que respecta a la filo-

sofía, la cual sólo se reserva la inducción. Pero esta estadística no nos parece menos demostrativa.

Es, pues, contra el instinto contra el que hay que rebelarse por de pronto, pues el instinto es el impulso más tangible que arrastra a la humanidad a la esclavitud universal, donde los mismos soles son cautivos de otros soles y donde los sistemas estelares giran en derredor en una zarabanda demencial, puesto que carece de objeto definido. Las miríadas de estrellas no tiemblan en la prisión del universo, como efemérides en un rayo de luz, sin que podamos suministrar una explicación plausible a esa ronda histórica, cuyo único resultado es el fomentar la pena de vivir.

La Naturaleza, la natura *naturante*, como decía Kant, la que no han visto ni Rousseau ni los románticos, la gran Naturaleza no se compone de claros de luna o de trinos de pájaros. Nos ha tendido el lazo del placer sexual para continuar la especie y se aparece al justo que sueña con el equilibrio, tan feroz como errónea. No conoce ni conocerá nunca al individuo. Ahora bien, la única conciencia que existe en el mundo es la del individuo. De esta conciencia, erigida por encima de todo lo que existe, éste ha recibido la misión de juzgar soberanamente a los seres y a las cosas: a los dioses, a los cuales ha castigado; a los amos, de los que se emancipará un día, y la energía difusa que le tortura, pues ella le ha gratificado con hilos nerviosos, que son como el arpa dolorosa, cuya naturaleza compláciese en tocar en su armonía misteriosa y maléfica.

A su vez, debe hacerla comparecer ante la facultad crítica nacida de su razón dominadora. Entonces, en ese momento, podrá exclamar, con una ligera variante de Luisa Ackerman:

Si a veces me lamento de existir en este mundo
Es menos de haber sufrido que de no haber sa-
[bido nada.

FERNANDO KOLNEY

Un hombre, a quien se reprochaba su indiferencia por las mujeres, decía: "Puedo decir de ellas lo que madame de C. decía sobre los niños: "Tengo en la imaginación un hijo que no he podido parir nunca". Yo tengo en la cabeza "una mujer como hay pocas", que me preservaba de las mujeres como hay muchas, y estoy muy obligado a esta mujer".

CHAMFORT



LITERATURA Y CRITICA

Los grandes
cuentistas rusos

Relato de Navidad

VANKA (Juanito)

El niño de nueve años Vańka Zukov, había unos tres meses era aprendiz del zapatero Alagín. La noche de Navidad había permanecido en vela. Esperó a que su maestro y los oficiales marcharan a la misa del alba para sacar del armario de su amo un frasquito de tinta y un portaplumas de puntos oxidados, y se dispuso a escribir en una hoja arrugada de papel.

Antes de trazar la primera letra, se volvió temeroso, repetidas veces, hacia las puertas y ventanas, miró recelosamente la imagen instalada en los tableros de las hormas, y suspiró entrecortadamente.

Tenía el papel sobre el banquillo, ante el cual se había arrodillado.

«Querido abuelo Constantino Makarich —comenzó—. Yo te escribo una carta. Os felicito por Nochebuena, y te deseo todo lo bueno de Dios Nuestro Señor. No tengo padre ni madre-cita, solamente tú eres el único que me quedas.»

Juanito dirigió la vista a la oscura ventana, donde se reflejaba la bujía, y súbita y precipitadamente se representó en su imaginación la imagen del abuelo Constantino Makarich, sereno de los señores Jivaviov. Era un viejecillo de sesenta y cinco años, de baja estatura y enjuto, pero extraordinariamente ágil y nervioso, de rostro sonriente y de ojos borrachos. Dormía durante la tarde en la cocina de la servidumbre o chanceaba con la cocinera, y de noche, envuelto en su amplia pelliza, paseaba alrededor de la finca, golpeando con el mazo para advertir su vigilancia.

Con las cabezas gachas le seguían los perros: la vieja Kastanka y el cachorro Viun, llamado así por su pelo negro y cuerpo largo como una ?.

Viun, que es cariñoso y respetuoso en extremo, mira amablemente lo mismo a propios que extraños, pero no tiene confianza en él. Bajo su aparente respetuosa humildad se esconde la hipocresía más jesuítica. Nadie como él sabe acercarse con cautela para morder una pierna, meterse en la cueva o robar una gallina a un aldeano. Más de una vez le pegaron en las patas tra-

seras hasta dejarle cojo; una o dos veces le colgaron; todas las semanas han de zurrarle hasta dejarlo muerto; pero él revive siempre.

Ahora, seguramente, el abuelo está en la puerta de la cochera mirando con los ojos entornados las rojas ventanas de la iglesia de la aldea, zapateando en el suelo con sus botas de fieltro, en chanzas con la servidumbre. Lleva la maza atada al cinturón. Palmotea; se encoge de frío y ríe con su boca desdentada; pellizca ya a la doncella, ya a la cocinera...

—¿Vamos a tomar un polvo de rapé?—dice ofreciendo su tabaquera.

Las mujeres aspiran y estornudan. Al abuelo le produce esto un gozo indescriptible; se ríe alegremente y grita:

—¡Suelta, que te has helado!

También a los perros les dan a aspirar rapé. Kastanka estornuda, retuerce el hocico y, ofendida, se aparta. Pero Viun, respetuoso, no estornuda y da vueltas al rabo. Y el tiempo es magnífico. El aire, suave, diáfano y fresco. La noche es oscura; pero se ve toda la aldea con sus blancos techos y los chorros de humo que brotan por las chimeneas; los árboles plateados por la escarcha, la tierra cubierta de montones de nieve. Todo el cielo está enarenado de estrellas, que titilan alegremente, y la Vía Láctea se dibuja tan claramente como si la víspera de la fiesta la hubieran lavado con nieve.

Y Juanito suspira; moja la pluma y continúa escribiendo.

«Y anoche me zurraron. El maestro me sacó al patio por los pelos y me sacudió con el tirapié, porque estuve meciendo en la cuna a un niño suyo, y me dormí sin poderlo remediar. Y entre la semana, la maestra me mandó limpiar un arenque, y yo comencé por la cola, y ella cogió el arenque, metiéndomelo a puñados en mi hocico. Los oficiales se chancean de mí, me mandan a la taberna por aguardiente y me ordenan robar pepinos a los amos, y el maestro me pega con lo primero que encuentra a mano. Y comida no hay ninguna. Por la mañana dan

pan, al mediodía «kasha» y por la noche también pan; pero té o «schi», eso lo devoran los amos. Y me mandan dormir en el zaguán, y cuando llora su niño, entonces no duermo nada, pues estoy meciendo la cuna. Mi querido abuelito, hazme un santo favor, sácame de aquí para casa, a la aldea no me es posible. Te saludo hasta tus pies y pediré eternamente a Dios por ti; llévame de aquí, si no me muero.»

Y Juanito torció la boca, restregó sus ojos con sus negros puños y sollozó.

«Te voy a restregar el rapé —continuó escribiendo—, voy a rezar, y si hago algo malo, trátame como a un perro. Y si crees que no hay empleo para mí, pediré por Dios al encargado para que me admita como limpiabotas, o iré de zagal en lugar de Fedia. Abuelito querido, ya me faltan las fuerzas, es una muerte. Quise escaparme a pie a la aldea, pero no tengo botas y temo al frío; pero cuando sea grande, por esto mismo, te mantendré y no permitiré que te ofendan, y cuando te mueras, rezaré por tu alma, igual que por mi madre Pelaguea.

«Y Moscú es un pueblo muy grande. Todas las casas son señoriales, y hay muchos caballos; pero no hay ovejas, y los perros no son furiosos. Los muchachos no pasean aquí la estrella, y a nadie dejan cantar en el coro; pero he visto una vez, en el escaparate de una tienda, anzuelos, que se venden ya con su sedal y todo, para toda clase de pesca, y son muy buenos; «hasta» hay un anzuelo que puede sostener un pez de arboya. Y he visto tiendas donde cuelgan fusiles como el del señor; así, pues, costarán por lo menos cien rublos cada uno... Y en las carnicerías se venden codornices, perdices y liebres; pero dónde las cazan, eso no lo cuentan los vendedores.

«Abuelito querido, cuando los señores tengan el árbol de Noel con regalos, coge para mí una nuez dorada y guárdamela en el baulito verde. Pídesela a la señorita Olga Iguatievna; dí que es para Juanito.»

Juanito suspiró convulsivo y nuevamente se fijó en la ventana. Recordó que, para buscar el abeto para el árbol de Noel de los señores, iba siempre al bosque su abuelo, llevándole consigo. ¡Qué tiempos aquéllos tan alegres! El abuelo chascaba de frío, y Juanito chascaba también como el abuelo.

Acontecía que, antes de cortar el abeto, el abuelo fumaba su pipa. Luego aspiraba rapé durante largo rato y se refa de que Juanito sintiese frío.

Los tiernos abetos, envueltos por la escarcha, aguardaban inmóviles. ¿A cuál de ellos tocaría morir?

De repente, una liebre saltaba por los montones de nieve, como una flecha... El abuelo no podía por menos de gritar:

—¡Cógela, cógela... cógela! ¡Ah, diablo rabón!

El abuelo arrastraba el abeto cortado a la casa de los señores, donde se adornaba. La señorita Olga Iguatievna, la protectora de Juanito, se afanaba más que todos. Cuando vivía Pelaguea, madre de Juanito, que era doncella de los señores, Olga Iguatievna le obsequiaba con caramelos, y cuando no estaba ocupada, le enseñaba a leer, escribir, contar hasta ciento y hasta bailar cuadrillos. Pero al morir Pelaguea, llevaron al huérfano Juanito a la cocina de la servidumbre con su abuelo, y de la cocina a Moscú, con el zapatero Alagín...

«Ven, querido abuelito —siguió escribiendo el niño—, te lo ruego por Jesucristo. Sácame de aquí. Ten piedad de mí, desgraciado huérfano; si no, aquí todos me pegan y tengo un horror de hambre; el aburrimiento es tan grande, que no te lo puedo decir; siempre estoy llorando. Y ayer el maestro me dió con la horma en la cabeza; así, que caí y volví en mí con trabajo. Mi vida es una perdición, peor que un perro. También saludo a Elena, al tuerto Egor y al cochero, y que no des a nadie mi acordeón. Me quedo tu nieto *Juan Zukov*. Querido abuelito, ven.»

Juanito plegó en cuatro dobleces la hoja escrita y la encerró en un sobre que había comprado la víspera por una kopeica.

Después de pensar un poco, mojó la pluma y escribió la dirección:

«A la aldea, para mi abuelo.»

Luego, se rascó, quedó pensativo y añadió:

«A Constantino Makarich.»

Contento de que no le hubieran impedido escribir, y sin ponerse la pelliza, se encasquetó la gorra y corrió a la calle.

Los vendedores de las carnicerías, a quienes había preguntado el día anterior, le dijeron que las cartas se echaban en los buzones de correos, y que de aquí eran llevadas, por toda la tierra, en los «troikas» de correos, con los cocheros borrachos y con las campanillas sonoras.

Juanito llegó sonriendo hasta el primer buzón, y echó su preciosa carta por la rendija. Mecido por sus dulces esperanzas, una hora más tarde dormía profundamente. Soñaba con el fogón, donde estaba sentado su abuelo, dejando caer sus pies descalzos, leyendo su carta a la cocinera. Al lado del fogón andaba Viun moviendo el rabo.

ANTON CHEJOV

Los hombres y sus obras

Henrik Ibsen

En un mundo donde la necesidad y la indiferencia hacen estragos, es tal vez inoportuno el intento de venir a presentar a un gigante del intelectualismo.

¡No importa! Sobre el fango que se extiende cada vez más, yo pongo una flor: que no se marchite antes de haber perfumado bien las «almas» que buscan con afán las sensaciones profundas, es mi deseo.

Nuestro teatro, así como la literatura, las artes, los filósofos y las profesiones, *todo el Pensamiento* trascendente se halla en decadencia y por eso prefiero revivir los momentos de belleza suprema a emplear felices reminiscencias.

Henrik Ibsen... Creador genial cuya obra se impregna de esa austeridad que, aunque no excluyendo la valerosa alegría de vivir, da al hombre que quiere subir hasta las cumbres un trágico aspecto.

El severo Camarada del Pensamiento nació el 20 de marzo de 1828 en Skien, pequeña ciudad de la costa noruega. Crecido entre la prodigalidad de un padre activo y muy enérgico que no se priva nunca de la francacheta: que arrastra a sus elegidos hacia la pérdida de sí mismos, y la autoridad casi tiránica de una madre, cuya rigidez y avaricia son los actos esenciales, el niño es entregado totalmente a sí mismo. En este hogar nunca conoció la ternura.

«El cielo está sin luz. Los seres carecen de ternura. Las mismas cosas van a tornarse hostiles. No tiene Ibsen diez años cuando, bruscamente, los negocios de su padre están en peligro. En 1836, el rico negociante suspende sus pagos y esto es la ruína. Hay que dejar la casa y todos los objetos familiares. Hay que abandonar la ciudad y romper con la sociedad, en la cual tanto se habían divertido, el deán, el capitán y toda la barahunda... La tristeza se instala desde entonces fijamente en el nuevo hogar. El niño sufre directamente el contragolpe del desastre. Su ternura ignorada se extingue más. Y el invisible toro oprime aún más su corazón. Transcurren ocho años, durante los cuales ninguna luz irá a iluminar la bóveda bajo la cual va creciendo... A los dieciséis años, queda huérfano» (1).

Para satisfacer la necesidad imperiosa, Ibsen entra en una farmacia de Grimstad. Allí siéntese muy otro que en el medio familiar. Su temperamento de salvaje, el taciturno y el pesimismo que lleva en sí, le atenacean muy a menudo... Pero siéntese más libre, porque se halla desligado de los lazos de parentesco que le impedían encontrarse a sus anchas. En el umbral de la «liberación», Ibsen mira... Ibsen escucha: su profunda melancolía y su inmensa inquietud le incitan a sobrepujar la demasiado cotidiana y vulgar de las vidas a fin de poder comprender bien el sentido de la existencia heroica.

El practicante de farmacia de Grimstad está a las puertas de la «Revelación»... Hoy, es el niño que trabaja con firmeza para ponerse en aptitud de poseer la Vida... Mañana, será el fervoroso batallador que entrará de nuevo en la lucha para no ceder más que a la muerte.

Primera producción. Fruto de juventud: *Catilina*. Primer momento de los arranques generosos... Saltos formidables que da el corazón sin pensar en la dirección del Espíritu:

Soy el hombre cuyo corazón palpita por la
[libertad,
el enemigo declarado de toda injusticia,
el amigo de los oprimidos y de los débiles,
el hombre, en fin, que arde en el insaciable
[deseo
de derribar a los poderosos del día.

En 1850, le tenemos en la Universidad de Cristianía. Allí encontrará a sus camaradas del principio, los que son un poco de su mundo: Bjornson, Vinje, Botten, Hansen y algunos otros más... Con sus camaradas, funda una revista osada y mordaz.

«Habiendo abandonado la escuela, se encuentra sin recursos. Un profesor de violín, Ole Bull, se interesa por su esfuerzo. El teatro de Bergen va a abrir sus puertas. Por medio de Ole Bull, Ibsen obtiene la dirección. Ocupa este cargo hasta 1857. Lo deja para ir a dirigir el teatro de Cristianía, donde permanece hasta 1862. Entretanto, Ibsen se casa. Se desposa con Susana Dace Thoresen, compañera que parecía elegida, mujer superior, esposa a la cual el creador genial somete en lo sucesivo

(1) Francisco Crucy: *Retratos de ayer*.

todos sus pensamientos y que, permaneciendo en la sombra, no cesa ya de ayudarle en su obra» (1).

Sí, cuando llegaron los últimos años, no supo Ibsen resistir a los halagos de algunos honores—cosa que yo deploro enormemente—; no hay que olvidar que, desde la edad de 36 años, asqueado de los procedimientos de los dueños de todo, acosado por la miseria, indignado e incomprendido, impulsado, porque es demasiado audaz para los indolentes que parecían aclamarlo, se destierra... Llega a Roma en Junio de 1864. A la edad de 65 años, volverá a Noruega. Muere en Cristianía, a la edad de cerca de 80 años.

Empresarios y gentes de teatro no pueden sino desdeñar al que construyó tan hermosas y nobles cosas en la soledad. ¡Desdeñar!... Es quizá demasiado decir... ¡Le conocen solamente los que, para hacerse representar, no saben más que construir con los materiales más estúpidos y más vulgares; los que sólo saben hacer brillar a los ojos de un público que se aviene a frecuentarlos para digerir, charlotear o dormir, la estrella de la sub-psicoanálisis, los templos donde Pluto y Mammón se inundan de oro, como de crímenes y de insolentes necedades!

Si los pueblos tienen los gobernantes que merecen, ¿por qué no añadir: *los espectadores tienen las obras teatrales que se hallan al alcance de su torpe ignorancia y de su pretenciosa fanfarria?*

¡Los negocios son los negocios!! En fin... Dejemos a los animadores sacar las cuerdas, a los gesticuladores agitarse y a los pobres de espíritu buscar su reino. Dirijamos una mirada hacia el águila que se cierne.

Transposición: el primer cuadro que se presenta a nuestros ojos, es la *Comedia del Amor*.

Pintura filosófica del amor dentro de su manifestación legal.

He aquí dos «almas» escapadas de los ambientes donde imperan como dueños; lo trivial y el hábito vulgar... Estos «fugores» se lanzan hacia el lugar donde la hipocresía no puede vivir:

Falk a Svanhild:—¡Oh, Svanhild! seamos fielmente perseverantes. ¡Oh, mi fresca flor de los campos!, ¿cómo podrías vivir en ese sepulcro? ¡Eso es, no obstante, lo que ellos llaman la primavera de la vida! Un hedor a cadáver emana del esposo y de la esposa; sí, de esos dos seres que van juntos a lo largo de las

calles con la sonrisa en los labios, mientras que la mentira, cimentada en su conciencia, ahoga hasta sus aspiraciones. ¡Y llaman a eso vivir! ¡Gran Dios! ¿Vale tan grandes gestos una suerte semejante? Criar rebaños de hijos con ese objeto, nutrirlos de rectitud y atiborrarlos de deber, es abonarlos de creencias durante una corta primavera y matar después su alma cuando llegue la hora. (Ibsen, La Comedia del Amor.)

Svanhild a Falk:—Yo estaba como extraña en la casa maternal, mi propia alma estaba aislada ante mi conciencia; triste entre los que reían, me sentía sin fuerza, por debajo de todo. Entonces llegaste tú, y por vez primera oí los pensamientos que me obsesionaban traducidos por otro ser. Lo que yo había soñado vagamente, lo expresabas tú claramente, con la valentía de tu juventud; lo proclamabas con sinceridad ante esos enervados de la vida. Primeramente, tu carácter acerbo me asustó, luego me encantó, de igual modo que el mar es atraído algunas veces hacia riberas floridas y rechazado otras veces también por las rocas. Ahora conozco el fondo de tu alma; tú me posees por completo, tú eres la playa florida que solicita las olas del mar y para ti, amigo mío, mi corazón será siempre el flujo, nunca el reflujo. (Ibsen: La Comedia del Amor.)

¡Ay! este intento de conquista no fué más que un fracaso: ante la ferocidad de la existencia y ante la zozobra también de las posibilidades femeninas, Svanhild—la muy despierta—se ha dormido en el mediocre lecho de la monótona existencia.

¡Atrás, pusilánimes!!... He aquí a *Brand* que grita su poema tan lleno de postrer grandeza... Es el Absoluto (ese comadrón del Ideal) que quiere devorar a ese relativo que acompaña tantas virilidades hacia la tumba mucho antes de su hora postrera...

«¿Todo o nada?»... Eterno problema de nuestro destino... Es también el sueño que se inclina ante la fereza de la realidad.

Sonadores profundos, no vayáis a olvidar que vuestros pies deben apoyarse en un mundo que vuestro cerebro condena.

No existe una palabra que tanto se arrastre por el cieno como la palabra caridad. Con una astucia diabólica, se hace de ella un velo para disfrazar la ausencia de voluntad y la vida truécense en un juego de coquetería. ¿Está uno cansado de una senda abrupta y resbaladiza? Se la abandona para seguir al amor. ¿Prejere uno el camino ancho y cómodo? Vase por él por amor. ¿Ve uno el fin perseguido? Pero teme combatir y se piensa vencer también por medio del amor. ¿Se extravía uno conociendo el verdadero?

(1) Francisco Cruey: *Retratos de ayer*.

Se tiene un punto de señal: el amor. (Ibsen: *Brand*.)

Esta cruzada inspirada por el tedio de los sub-hombres hace decir a Ibsen:—*Cada uno de ellos se halla enseñado para ser un poco de todo. Posee un poco de seriedad para revestirse de ella los domingos, un poco de buena fe para ser como nuestros padres, un poco de disolución al final de los banquetes... un poco de fuego en el corazón cuando se ha festejado... un poco de ligereza para prometer... un poco de trapacería cuando se trata de conservar. Pero lo repito, no posee todo esto sino en muy pequeñas dosis. Sus virtudes y sus vicios no van muy lejos. Tanto en las grandes cosas como en las pequeñas, siempre está formado de fragmentos, fragmentos de bien y fragmentos de mal; pero lo que tiene de peor es que cada uno de sus fragmentos se halla en estado de destruir a los demás.* (Ibsen.)

Angustioso dilema: ¿Libertad?... ¿Determinismo?... Doloroso duelo que reina en el seno del propio individuo. ¡En línea! El corazón lleno de ternura debe medirse con el cerebro que rebosa de conocimientos.

¿«Todo o nada»?

Voluntad del «Uno» que se opone a la realidad de las multitudes... Conflicto reinante desde siempre entre la trascendencia y lo gregario. Drama magnífico que sólo conocen las grandes almas.

Nueva pintura: «*Emperador y Galileo*». Batalla entre esas dos voluntades: el mundo antiguo y el mundo cristiano.

¡¡Reposo!! Es *Peer Gynt* que se pavonea. Habiendo Ibsen empleádose a fondo en *Brand*, quiere divertirse un poco. He ahí la comedia-bufo y el vasto poema del abandono de la Vida.

Interrogad a *Peer Gynt* y os dirá:

«...la vida es un instrumento extraño, inuido o que responde con una nota falsa, quisiera uno tocarlo y no se sabe cómo, del tonto que lo estudia diríase que lo tomaba [a chanza.]»

Estaban ciegos los que llamaron a *Peer Gynt* «espejo de las ideas ibsenianas». Un solaz que quiere también ser encantador porque se halla pletórico de luz y de lirismo: *una locura retizona que está embalsamada de sabiduría.*

¡Los hijos nacen siempre!... ¡Qué dichosa fecundidad!... Mirad a *Hedda Gabler*; a *Solness el constructor*; a *El pequeño Eyolf*; a *Juan-Gabriel Borkmann*; a *Cuando nos despertemos de entre los muertos*; a *Los puntales de la sociedad* y a *La Unión de los Jóvenes*, que se agitan hasta maravillar a «todo el mundo».

¡¡Prepárase un gran golpe!! ¡Chitón!... He ahí *Casa de Muñeca*.

Si *Casa de Muñeca* ha conquistado al público, es que la figura de Nora fué tomada realmente de lo vivo. La alegría de Nora, luego los temores, la angustia y el dolor de Nora impresionan tan vivamente que se cierran los ojos al final del drama y no se ve la partida de Nora.

Conocéis la historia del doble desenlace de *Casa de Muñeca*. A petición de una actriz famosa que debía pasear la obra por toda Alemania, Ibsen había consentido en corregir la última escena. Cediendo al amor maternal, Nora volvía sobre su decisión en el último momento... y se quedaba en el hogar.

Es que en realidad es menester hacer un esfuerzo para aceptar la partida de Nora, quiero decir para no protestar contra la inverosimilitud. El papel de la mujer en nuestra sociedad —lejo o utilidad— está definido desde hace largo tiempo: la muñeca de Helmer... o la distracción del profesor Rubeck, nunca la verdadera compañera. Cuando Nora reprocha: «Nunca hemos tratado de mirar en común al fondo de las cosas», los mejores de entre nosotros murmuran: «¡No faltaría más que eso!» Los demás que protestan, burgueses ordenados, hombres virtuosos, no quieren reconocer que no existe «indagación en común», sino en lo que concierne al interés que les liga a un estómago común... El hombre y la mujer hacen así el viaje de la vida sobre dos planos diferentes: de ahí el desacuerdo fatalmente. Que haya seres que sufran por ello, no tiene nada de extraordinario. Pero que Nora no lo tolere, hay de qué sorprendernos, viendo lo que somos. ¿Pero, y si Nora persiste?... ¡Ah! Si Nora persiste, entonces es una revolución.

Helmer.—...¡De ese modo faltarías a los deberes más sagrados!

Nora.—¿Qué consideras tú como mis deberes más sagrados?

Helmer.—¿Tengo necesidad de decírtelo? ¿No son tus deberes para con tu marido y con tus hijos?

Nora.—Tengo otros también no menos sagrados.

Helmer.—No los tienes ¿Cuáles son esos deberes?

Nora.—Mis deberes para conmigo misma...

Helmer.—Ante todo, eres esposa y madre.

Nora.—Ya no creo en eso. Creo que ante todo soy un ser humano con los mismos títulos que tú... o que, por lo menos, debo tratar de serlo... (Enrique Ibsen: *Casa de Muñeca*.)

Aún existe hoy la pavorosa historia del drama de ser dos: a la tiranía vidente o encubier-

ta del varón, la mujer opone muy hábilmente la sutil astucia femenina... Al error y a la injusticia del uno, viene a añadirse la mentira zalamera de la otra: ved la perfecta comedia de la hipocresía recíproca.

* * *

—¿Y yo?—gritan todos a coro los hijos olvidados. *El pato salvaje, Rosmersholm, La dama del mar y Un enemigo del pueblo.*

UN ENEMIGO DEL PUEBLO es la requisitoria más famosa contra el espíritu de tradición y de conservación social... Vemos allí al pensador que—siempre pletórico de acción—trata de romper los lazos que quieren ligarle a las convenciones, que son demasiado rancias y están demasiado gastadas para él: es la verdad que empuja a la mentira, hasta derribarla para poder estrangularla bien.

El enemigo más peligroso de la verdad y de la libertad entre nosotros es la mayoría compacta... La mayoría nunca tiene razón, ¡nunca! Es una de esas mentiras sociales contra las cuales un hombre libre de sus actos y de sus pensamientos debe rebelarse... La mayoría tiene la fuerza... desgraciadamente, pero no tiene la razón. La minoría siempre tiene razón. Pienso en esa selección que se halla entre nosotros y que ha adoptado todas las verdades nacientes. Esas gentes se hallan en los límites de la vanguardia, tan lejos, que la mayoría compacta no las ha reunido todavía, y allí luchan por verdades que son aún demasiado nuevas en el mundo para ser comprendidas y reconocidas por la mayoría. («Un enemigo del pueblo.»)

No vayáis a creer que he querido relataros a Ibsen... Ibsen no se relata. Es menester sentir, vibrar y estar infinitamente rebelado contra todo lo que miente, grita, aúlla y bala para atraer hacia sí y en sí (¡sobre todo!) la quintaesencia del «todo o nada».

Siempre erguido contra los «perros guardianes», el gran revolucionario del «espíritu humano» no era un especialista: era el individuo que luchaba con fervor contra el partido, contra todos los partidos. No tenía reparo para decir: «No espero una victoria que nos dé una reforma duradera; hasta ahora la marcha hacia adelante nos ha hecho pasar siempre de uno a otro error. Pero la lucha tiene de bueno que es saludable y que refrigera.» (Enrique Ibsen a Jorge Brandés.)

Aquí debe plantearse la cuestión esencial del problema: ¿Puede el individualismo defensivo tener algo de «potente» o de «prearmónico» sin su complemento indispensable, el individualismo agresivo? Solamente los diletantes pueden darse por satisfechos con un individualismo amputado.

Sólo los «Únicos» saben comprender ampliamente que no existe «defensa» que pueda satisfacer su firme deseo de ser libres hasta las últimas posibilidades biológicas, sin la embriaguez dionisiaca del «ataque». Es la historia del Pensamiento, que no obra nunca sin la Acción.

El teatro de Ibsen es un continuo movimiento alternativo: defensa y ataque. En este dramaturgo, los héroes se arriesgan siempre hasta el extremo límite del *querer* y del *poder* humanos. Es el Océano que reventia, la tempestad que brama, la tormenta que ruga.

A propósito de un reproche que se le hizo, Ibsen respondió:

«A un orador revolucionario.»

Decís que me he hecho conservador. Soy lo que fui toda mi vida. No juego, si uno se limita a cambiar de sitio los peones. Dad vuelta al juego y seré vuestro hombre. Sólo conozco una revolución que no haya sido hecha por un chupacero. Ella supera a todas las que se han hecho desde entonces. Es al diluvio a lo que me refiero. Y, no obstante, también en equélla fue engañado el diablo; Noé, como sabéis, tomó la dictadura. Volvamos a empezar la cosa y más radicalmente. Hacen falta para esto luchadores y oradores. Vos os ocupáis de hacer navegar al arca; yo, sujetaré con alegría el torpedero a sus costados.» (Francisco Crucy: *Retratos de ayer.*)

¡Qué importa el desorden que se forma ante tus ojos, oh, Hombre de la trágica desesperanza!... Tú sabes, ¡oh, hermano mío de valiente sufrimiento y de clara comprensión!, que los guiñoles y los polichinelas dejarán de mofarse y de hacer cabriolas ante las multitudes acéfalas cuando llegue el momento en que el águila nueva entone la oda a la alegría y a la potencia. Quizá no seremos (¡ay, como ayer!) más que un puñadito de Hombres cuyos sentidos, tan sutilmente aguzados en la gran muela que es la *Vida en experiencias*, podrán escuchar ese inmenso grito en la noche.

¡No importa!... Pues hoy, tú, yo, él, ellos: es decir, algunos sabemos despreciar también con altivez y dureza una época en que el Becerro de Oro, engordado por todos los servilismos, se hincha, se hincha siempre (hasta reventar para cambiar de piel, créeme...) Estoy seguro, ¡oh, animoso desesperado!, de que el entusiasmo no te ha abandonado, de que mañana—ese rincón de porvenir tan próximo al cual se oculta la Esperanza—, tú, yo, él, ellos: es decir, los viejos indómitos e indomables, unidos a los jóvenes rebeldes y refractarios en potencia, sabremos acordarnos, para embellecer nuestra vida, de los Hombres y de sus Obras.

A. BAILLY

Los tres reinos de la Naturaleza son tres anillos de una misma serpiente. Es preciso recordar a Francisco de Asís para decir hermano mineral, hermano lobo, hermana espiga. En crisoles modernos resucita el dios primitivo, cuya carne era tierra, cuya sangre era mar. El sacerdote y el alquimista se estrechan las manos por primera vez. No hay sino trasmutaciones de una sola sustancia.

Criatura celeste que baja a la tierra para mostrar a los hombres que es excelso su origen: he aquí un ángel. Criatura de barro que sube a los cielos para mostrar a los hombres que es excelso su fin: he aquí un pensador moderno. Toda alma de hombre ha contemplado en otro tiempo la verdad, según Platón, pero la recuerdan pocos porque al descender al mundo perdieron la memoria de las cosas sagradas. Toda inteligencia humana es apta para concebir un mundo mejor, según nosotros, pero lo presienten pocos porque al ascender a las regiones del espíritu perdieron la memoria de su animalidad. A imagen y semejanza de Dios fué hecha el alma en el mito de la creación del mundo. Como resultante del desarrollo universal de la vida consideramos ahora lo que llamamos alma, esto es: una legión de individuos anímicos que se asocian en cada ser.

Hemos recogido la herencia de los siglos. Idilios y tragedias de la historia tornaron triste nuestro espíritu. La línea curva que impera en toda la arquitectura de la Naturaleza ondula y se desvía en un bello alarde de fuerza. Mas volverán los hombres a ser felices. Serenos y sabios lograrán asemejarse al ser que antes imaginaban creador del mundo. ¡Qué curioso error de perspectiva! Lo que veían detrás estaba delante. El rayo es nuestro esclavo bajo un conmutador y fué cetro de Júpiter y corona del dios de Sinaí.

Ahora bien: parece que afanándonos en preparar la dicha de los que nos han de suceder en el mundo queremos ahuyentar el problema de los destinos del hombre. Sepan los que tal dicen que los hombres precisaron religiones porque han sido y son harto imperfectos todavía. Al perfeccionarse, al transformarse en un puro vaso de sensaciones, le bastará al hombre su vida para sentirse feliz, sin ambicionar un más allá. Se prolonga en sus hijos, en sus nietos, en todos sus descendientes. Pero los aspectos subjetivos de su conciencia caen con él al se-

pulcro, para ser entregados a la circulación perpetua de la materia.

Si la medida del tiempo es un convencionalismo, la eternidad no existe. Llamamos eternidad a lo que por su gran tamaño vive más que nosotros. Nuestro anhelo inconsciente de ascender en la escala de la evolución sugiere un falso sentido de eternidad. La única eternidad que nos es dable gozar es la de imaginar en un relámpago de pensamiento todo lo pasado, todo lo porvenir. La persona que por su inteligencia o su vibrante naturaleza perciba amplios jirones de prehistoria e historia futura, estará en condiciones de sentirse eterno... a menudo. Los santos embellecieron su existencia con visiones del reino de Dios y gozaron en la tierra minutos con ropaje de eternidad. Los santos son antecesores de las naturalezas vibrantes de nuestros días.

Muchos hombres necesitan certidumbre de una vida perdurable. Unos duermen aún su sueño zoológico y bajo el sopor de la carne, no bien alumbrada por la inteligencia sienten indeterminados deseos de elevarse. Otros son muy inteligentes, pero se hallan faltos de salud, imposibilitados para comprender la realidad de la vida por no sentirla completa en su propio ser. El enfermo no goza con la inmortalidad que dan los hijos. ¡Son criaturas que sufrirán como él! El enfermo padece por sus vicios, por los de sus padres o los de sus abuelos. No os extrañéis que sea un heterodoxo de la Naturaleza. Cree que morirá joven. Es muy justo que pida al más allá los días y las obras que la enfermedad o la fatalidad le escamotea. Su terror a morir es disgusto de no hacer en el mundo lo que tendría derecho a hacer. Entonces alza los ojos al cielo. ¡No importa!—clama a su lado el progreso—¡El ser que pretendemos formar no será ciertamente hijo tuyo!

Pero buscad un joven vigoroso, con salud que ofrecer y que tomar. Ponedle inteligencia. Imaginad que todos sus ascendientes vivieron bajo las más severas reglas de higiene física y moral. Colocadle en un medio ambiente donde laboren todos sin esfuerzo, libres e iguales en la tarea común. Decidle que puede vivir así cien años. ¿Sentirá añoranza de un mundo mejor? Sabrá que su vejez será un suave declinar de facultades para volver a ser niño antes de morir. El universo entero estará en sus manos como mágico juguete.

Añadirá al hierro de su constitución el hierro que contienen muchos vegetales. Construirá luego máquinas de hierro y pensará que el mundo es una hermosa creación de sí mismo. Adorará su cuerpo, síntesis admirable de órganos y fun-

ciones. Adorará la sangre generosa que le hervirá en las sienas. Se creará un dios. Y tendrá razón para creérselo.

MERCEDES RUBIO

Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?



Penetré en la casa inclinando un poco la cabeza para traspasar el desmedrado umbral. En una silla estaba sentada una mujer. Parecía contar cincuenta años; más tarde supe que tenía treinta... «Asiéntese usted. Ahora mismo vendrá.»

En las impenetrables tinieblas del fondo, escuchóse un ruido, semejante al que producen los grandes reptiles cuando se arrastran por las rocas. El ruido iba acompañado con jadeos de bestia herida. Aquello, fuera lo que fuera, avanzaba hacia nosotros en la oscuridad. Al llegar aquello donde ésta comenzaba a transparentarse, distinguimos una masa negra que buscaba entre las sombras. La masa ambulante se contorneó poco después, dibujando una cabeza lívida, agarrada a un cuello muy largo, un corchón que producía al deslizarse contra el suelo, restregones lijosos, y cuatro remos encogidos que oscilaban torpísimamente para caminar. En vuelto y mal acusado por las sombras, parecía un sapo gigantesco. Al fin salió de ellas; el sol le ceduló descaradamente. Era un hombre. ¡Miserable imagen la que nos miraba con sus ojos sin brillo y nos sonreía con su boca sin dientes!

La carne, rebujada en un chaquetón, y unos pantalones, no debía ser carne, sino una galantina de hombre. Tan continuo, tan acentuado, tan oscilante, era su temblor, que no podía tener músculos que la afianzaran, ni huesos que la fortalecieran, ni medula que la sirviera de puntal. Pasta hecha con lífa y sangre y filamentos nerviosos machacados, era indudablemente aquel tronco informe y convulso; como eran, no extremidades humanas, manojos de fibras retorcidas, sujetas las unas a las otras por insegura trabazón, los remos que se apoyaban en la tierra con bailoteo trágico; como era descoyuntado maniquí la cabeza de greñas flotantes y horrible gesticulación, que trazaba semicírculos sobre el cuello papiloso, acorazado con escamas rojizas.

Nunca ví criatura racional a ésta comparable, imagen humana tan siniestra. Ni los desarticulados que entretienen en el circo a los públicos, establecerían con ella pugilato. Ellos horrorizan, espantan, producen escalotrios de asco y dolor al realizar su faena bárbara y volverse reptiles-hombres. Pero cuando su faena termina, el reptil desaparece, el hombre torna a ser amo de sus músculos y, apoyándose en sus puntales óseos, yergue victoriosamente la medula y saluda al público, que aplaude con entusiasmo, más que su labor, su reintegro en la humanidad.

El otro no; el otro no puede mandar a sus músculos como dueño, ni ahanzarse a placer en los puntales de sus huesos, ni erguir voluntariamente su medula. Está condenado a arrastrarse contra la tierra, hasta que la tierra se entreabra compasivamente para ofrecerle sepultura. Es hombre-reptil de por vida.

Y si ese hombre-reptil fuera producto de un error cometido por la Naturaleza en su taller de criaturas, aún podría mirársele con la angustia que produce el sufrir del prójimo, pero con la resignación que acompaña a lo inevitable. El espectáculo ofrecido por el hombre-reptil que se arrastra frente a mis ojos, si producía angustias, no producía resignación; producía indignada cólera, porque aquel hombre no era un error sufrido por la Naturaleza en su taller de criaturas, era un crimen cometido por la sociedad en su inquisición de ciudadanos.

Aquel hombre era una víctima de la mina, un contribuyente del mercurio que platea los criaderos de Almadén. La miseria, las urgencias del mendrugo diario le empujaron hacia el pozo y le metieron en la jaula y le desembarcaron en la galería, enfrentándole con la veta de azogue y poniéndole una piqueta o un barreno en las manos.

Cuando bajó a la mina por primera vez era un individuo fuerte y ágil. Sus carnes vivificadas por el sol, fortalecidas por el aire libre

de los campos, tenían resistencia y salud; sus músculos se remarcaban enérgicamente bajo la piel; sus huesos crujían con poderoso crujimiento en el engrase de las articulaciones; su medula se erguía recta y firme para sostener una cabeza varonil, donde brillaban los ojos con el resplandor de la juventud y sonreía la boca, enseñando la dentadura.

Cuando salió por última vez de la mina, era un frasco de mercurio más, un cacho de mineral vivo. Salud, energía, músculos, potencia, osamenta sólida, médula pronta a erguirse con arrogancia varonil, todo fué deshecho por la mina. El mercurio, penetrando en los pulmones del minero con el aire y en su sangre con el sudor, fué apoderándose poco a poco de él, destruyéndolo, agelatinándolo, convirtiéndolo en masa informe y temblorosa, en sapo de azogue, hasta que un día, terminada su labor destructora y satisfecho de ella en absoluto, le dejó caer sobre la jaula y devolvió a la superficie de la tierra, el desperdicio humano que se acercaba hacia nosotros, arrastrándose como un reptil y jadeando como una bestia herida.

El miserable llegó hasta cerca de mí; se izó con auxilio de sus brazos bailones, sobre una silla; desplomó su cuerpo contra ella; sujetó con sus manos, que temblaban epilépticamente, sus piernas, que temblaban también epilépticamente; apoyó en el duro respaldo su cabeza péndulo, y mirándonos cara a cara, nos dijo con voz tartamuda:

—Los señores quieren saber mi vida. Oiganla y que Dios les pague el bien que hagan por mí.

Y habló; habló sencilla y humildemente, sin protestas, con resignación de esclavo, hecho desde niño al látigo y la argolla.

—Hace treinta años —decía aquella cara que pensaba y hablaba—, hace treinta años tenía yo diez y ocho; bajé por primera vez a la mina; había que buscarse el pan. Bajé ganando dos pesetas diarias. Diez bajadas mensuales (no puede uno hacer más sin morir pronto) hacen un jornal de veinte pesetas cada treinta días. ¡Entonces trabajaba yo mucho! ¡Claro! Aún estaba fuerte *pa* pelear con el azogue. Luego el azogue fué pudiendo conmigo y mi cuerpo empezó a temblar con este temblor condenado; a ponerse modorro —así se nos llama—. Pero, ¡qué remedio! Había que seguir trabajando. ¡Qué remedio! O trabajar o no comer. Un día el temblor aumentó y mis jefes, viendo que me era imposible bajar todos los meses, vamos, un mes y otro y otro, me pusieron al terno. Al terno es un mes arriba y un mes abajo. Después me pusieron arriba del todo; porque no estaba *pa* bajar. El mercurio se hizo el amo de mi per-

sona y los temblores se crecieron. Una noche al volver del trabajo, dando tiritones como siempre, abrí la puerta de mi casa, fuí a andar y se me marcharon los pies y caí en el suelo de espaldas. Creí que se trataba de un resbalón; hice por levantarme, apoyándome en las dos manos. ¡Que si quieres! No podía levantarme ya; no podía tenerme derecho en jamás; el azogue me había *tumbao*, *tumbao* para siempre...

JOAQUIN DICENTA

La población de la Tierra

La población de la Tierra va aumentando sin cesar. La gran guerra ha costado diez millones de vidas, pero la población general, en vez de disminuir, ha aumentado.

Hace cien años poblaban el mundo ochocientos millones de seres humanos. Ahora la población es doble: mil seiscientos millones. Si continúa progresando en esta forma, se calcula que dentro de cien años llegaremos a los cinco mil millones. Esto se debe a que la gente ahora vive más que antes, esto es, se muere menos.

Antes las epidemias diezaban al mundo. Hoy, la higiene casi las ha suprimido. La mortalidad infantil ha disminuído y la longevidad se ha alargado.

Si llegamos a los cinco mil millones, habremos alcanzado el límite posible. Es verdad que aún podríamos aprovechar para el cultivo enormes extensiones de terreno hoy abandonadas. Es verdad que modificando el principio de la propiedad territorial podría aumentarse mucho el rendimiento de las cosechas, pero no olvidemos que todo tiene un límite.

Si la población terrestre crece indefinidamente, como quiera que la superficie del suelo de nuestro planeta es prácticamente igual, no que su aumento es casi inapreciable, ha de llegar un día en que no baste para la cosecha que necesitará una población tan grande. Esto puede comprenderlo el más obtuso.

Y no es esto todo. Al lado del problema de la nutrición hay el de la fuerza. ¿Podemos imaginarnos la cantidad de fuerza que para su vida necesitará una humanidad tan numerosa? Es algo superior a todo cálculo formarse una idea de la energía que requerirán para moverse los vehículos, los vapores, los aviones, las máquinas, etc., etc., que integrarán el dinamismo orgánico de aquella potente masa. Las fuerzas naturales de la actualidad no bastarán

JOSE ANTICH



CIENCIA



LA ENFERMEDAD

Postulados y deducciones

La enfermedad es un modo de vivir inarmónico, en que de manera permanente o meramente transitoria se ha alterado el maravilloso equilibrio químico-dinámico del organismo.

Luego en buscar las causas de esta desarmonía y en subsanarlas estribará el secreto de la vuelta al equilibrio, esto es, a la salud.

La enfermedad es una lucha entre dos fuerzas: una que arrastra a la muerte y otra que, resistiendo, tiende a la vida. La intensidad de esta lucha depende siempre de dos factores: cuantía de la perturbación causal y reserva energética del organismo. El pronóstico, asimismo, deriva de estos dos elementos: será leve con poca perturbación y buena defensa; dudoso, cuando ambos factores estén igualados, y sombrío o fatal si las causas que arrastran a la muerte no encuentran apenas resistencia o defensa en el organismo.

Luego es evidente la importancia que tendrá en todo caso exaltar, despertar y vigorizar en el organismo enfermo toda tendencia espontánea defensiva, procurando ayudar y jamás entorpecer a la Naturaleza en sus esfuerzos equilibradores.

La enfermedad en sí, pese a la aparente paradoja, como función no entrafña nada patológico. No existen, por así decirlo, funciones patológicas que sean privativamente peculiares del estado de enfermedad. Lo que hay es solamente funciones o mecanismos fisiológicos intensificados, forzados, cuando su juego normal no basta a compensar la inadecuación entre el medio y el individuo.

Luego será siempre un error terapéutico encauzar los remedios en el sentido de suprimir pretendidas funciones patológicas, en lugar de intentar encauzar los mecanismos hiperactivados y, sobre todo, soliviar al organismo de las causas que motivasen tal hiperfunción.

La enfermedad es siempre de causa cósmica. Siendo la vida misma no más sino el producto armónico de dos factores: *energía individual* (limitada y decreciente desde el nacimiento hasta la muerte) y *energías cósmicas* (variables) y estribando la salud no en un pro-

ducto máximo de estos factores sino en su *justa adecuación*, según su especie (Letamendi), se infiere que toda inadecuación cuanti o cualitativa del cosmos con relación al organismo, en cuanto rebase los límites de adaptación inmediata será causa de enfermedad.

Luego en buscar la justa proporción y la adecuación armónica y conjugada entre organismo y cosmos consiste el camino de conservar la salud, la que una vez alterada sólo podrá recobrase volviendo al equilibrio entre ambos factores.

La enfermedad es un saludable aviso que (nueva paradoja) protege al organismo contra la muerte. Sin la enfermedad o sin el dolor el organismo no sabría nunca que habiendo traspasado los límites de la adaptación estaba en peligro inminente de sucumbir a las fuerzas cósmicas. El dolor y el mal son así un heraldo que precede a la muerte y avisa al organismo que habiéndose desviado del camino normal, hígido, armónico, bordea terrenos peligrosos. Sujeto el ser vivo a leyes naturales, inmutables y sabias, de que no puede sin pena o detrimento apartarse, siempre que trate de salirse de las normas para vivir con arreglo a las cuales ha sido creado, enfermará y sufrirá.

Luego conviene interpretar siempre semejante advertencia en el sentido de que es necesario volver de nuevo al cauce abandonado, acomodando todas y cada una de las actividades orgánicas al régimen y al medio para que están condicionadas.

La enfermedad es un estado anormal de vida, un régimen de marcha extraordinaria, con que el organismo trata de adaptarse a inadecuadas condiciones del medio para hacerlo compatible con la existencia o modificarlo. Todo lo cósmico que rodea y penetra al organismo (calor, luz, electromagnetismo), todo cuanto le nutre (aire, alimento, agua), así como también todo cuanto actúa en la esfera mental o psíquica, puede variar dentro de amplios límites de cantidad sin que el ritmo normal de la vida se altere, porque el ser vivo dispone de múltiples mecanismos

compensadores. Pero si la variación del medio cósmico excede del margen de tolerancia fisiológica o la persistencia del cambio es excesiva, entonces no bastando los artificios fisiológicos de compensación surge el forzamiento de las defen-

una inadecuación del medio. Siendo como vemos la vida el producto de los factores energía individual y energías cósmicas y siendo el primero invariable y sin cesar decreciente del nacimiento a la muerte, se comprende que todo



sas orgánicas y se ponen en juego mecanismos complementarios que tienden a restablecer el equilibrio.

Luego toda la atención ante un caso de enfermedad deberá dirigirse en primer término a la desviación cuanti o cualitativa de las causas cósmicas (alimento, absorción de energías cósmicas, causas mentales) que debe equilibrarse, y en segundo lugar a procurar la ayuda del propio organismo enfermo secundando sus espontáneos esfuerzos en la dirección que la misma naturaleza indica.

La enfermedad supone un desgaste de la energía individual, que se emplea en compensar

régimen anormal de actividad orgánica haya de suponer un gasto extraordinario de vitalidad que conviene evitar.

Luego de aquí resulta ante todo lo ilusorio de pretender que remedio ni recurso alguno pueda alargar la vida o añadir un ápice siquiera de energía individual al organismo vivo. Cada ser vivo nace ya con el caudal vital, con la cantidad de vida que le corresponde (según especie, herencia, condiciones de sus progenitores en el instante de la concepción y durante la gestación, etc.), y no será posible jamás aumentar en un instante siquiera este remanente vital fijo de antemano. Cabrá solamente, igual que a lo

que en la esfera económica sucede, *administrar mejor la vida* para hacerla durar lo más posible. La vida es un capital que se nos da al nacer y que no renta, antes al contrario, se gasta y decrece sin cesar; habremos, pues, de saberla regular económicamente, para que dentro de la que tenemos nos dure lo más posible. Por ende la mayoría de los llamados tónicos, así como muchos de los medios artificiales de estimulación vital y fugaz, no pudiendo añadir vida sólo dan una apariencia de actividad forzando y gastando el remanente vital, prestando una ficción de vida con un interés usurario a cargo de las energías vitales en reserva, con el agotamiento ulterior consiguiente e inevitable.

La enfermedad contiene siempre un tanto muy elevado de espontánea *tendencia a la curación*, se logre o no (que ello depende de la intensidad de la causa del mal, de la cuantía de la perturbación y del caudal de energía defensiva orgánica). El organismo colocado de momento fuera de las condiciones normales de medio, lucha, trata de adaptarse y se esfuerza en compensar el desequilibrio intentando al mismo tiempo eliminar la causa de la perturbación. Por ello también en toda dolencia suele haber algo de *eliminación* de causas morbosas, a veces en cubierto, en síntomas desagradables para el individuo cuanto necesarios en su finalidad.

Luego se precisa un concienzudo estudio de cada enfermo para saber: primero, cuáles pudieran ser las causas iniciales de la desarmonía que condujo al estado de protesta orgánica (enfermedad); segundo, cómo podrán mejor combatirse esas causas primordiales; tercero, cómo habrá de ayudarse al organismo sin violentarle, sin estorbar su espontáneo intento defensivo, en su lucha contra el mal; y, por fin, cuáles síntomas (no todos) deberán ser respetados y qué manifestaciones externas de la perturbación deberán ser incluso secundadas y favorecidas por que impliquen un esfuerzo de orgánica depuración o un emuntorio de eliminación de detritus morbosos.

La enfermedad no es jamás una calamidad imprevista ni un mal fortuito o inevitable. No debe serlo, al menos y no lo será desde luego algún día, cuando mejor se estudien y conozcan las causas primordiales de enfermedad. La enfermedad es siempre la consecuencia lógica, fatal, ineludible, merecida de la violación o trasgresión de las leyes naturales en todo cuanto se refiera a la actividad del ser vivo en su intercambio o interrelación con el medio (comida y bebida, respiración, reposo y trabajo, equilibrio entre actividad corporal y trabajo mental, vida sexual, emociones, ideas, pensamientos, etc.)

Las leyes naturales no son mandatos; no se nos fuerza ni conmina a su cumplimiento, pero su desatención o inobediencia lleva consigo automáticamente la sanción justa, el dolor y el mal que nos avisan habernos apartado de la senda. Hacia estas causas PRIMORDIALES de enfermedad debemos dirigirnos, ante todo, no sólo para restablecer la armonía perturbada, sino para evitar nuevas y ulteriores relaciones.

Medite el lector (que hartó tiene que meditar este símbolo) el adjunto esquema: el *Arbol de la Enfermedad* (del profesor Lindlarh, de Chicago).

Ya en otras ocasiones hemos hablado de esto. No obstante, hay asuntos en que no es un mal insistir. Mientras la humanidad dirija sus esfuerzos SOLAMENTE hacia la destrucción de causas secundarias de enfermedad y mientras la ciencia no se enfoque definitivamente hacia aquellas perturbaciones primordiales (de que derivan todos los males en función de la complejidad orgánica), no se habrá hecho una verdadera labor de Medicina Social, y la enfermedad y el malestar y el dolor asolarán siempre a los humanos, retoñando en una u otra forma, dado su proteísmo, como la hidra mitológica.

ROBERTO REMARTINEZ

MEDICO

ESTUDIOS

REVISTA ECLECTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION
PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año
(12 números) 6'50
Para los demás países: Un año (12 números) 8'00

Incluido el número *Almanaque* de 1.º de año.
La suscripción puede empezarse en cualquier mes.

Número suelto, 50 céntimos

A corresponsales y libreros el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.
Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjase al Administrador: J. Juan Pastor. — Apartado 158. — VALENCIA (España).

Si en la localidad en donde reside no hay corresponsal de esta Revista, facilítenos una persona solvente que se encargue de su venta, o conviértase usted mismo en corresponsal, recomendándola a todas las personas amantes del estudio.

Los microbios y nuestro cuerpo

Reaccionando algo contra la microbiomanía (que concedía una importancia exclusiva al microbio en las enfermedades), hoy se tiende a aceptar que el despertar, como la marcha de las enfermedades, depende de dos factores: del microbio y de nuestro organismo. Así, un mismo microbio produce siempre una misma enfermedad, pero no obstante, si ataca a veinte individuos, en los veinte presenta manifestaciones, curso y terminación distinta. Entre la Medicina oficial y el Naturismo hay siempre esta pugna interminable. La primera, trata de atribuir siempre el papel primordial al microbio. El segundo, concede mayor importancia al organismo.

Según el Naturismo, vivimos en condiciones distintas de las naturales, y, por este nuestro apartamiento de la Naturaleza, somos más vulnerables ante el ataque de los microbios. Esta verdad, se niega a reconocerla la Medicina oficial. Con alimentación arbitraria, ni racional ni instintiva, y en condiciones ambientes como las de la vida ciudadana, afirma el Naturismo que no es posible una normalidad fisiológica, ni la salud de que se disfrute puede ser más que aparente. En cambio, racionalizando la alimentación y las condiciones de vida y reintegrándonos en cuanto nos sea posible a la Naturaleza, podemos adquirir una salud más estable y una mayor resistencia a las enfermedades. La Medicina oficial lo fía todo a reglas de limpieza y de antisepsia y al apartamiento de las causas morbosas, no obstante su naturalidad (frío, calor, sol, humedad, microbios, etc.)

Parece estar demostrado que las enfermedades crónicas, como la tuberculosis y la sífilis, van perdiendo su malignidad y que cada vez causan menos mortalidad. Antiguamente se conocían formas fulminantes que terminaban en pocos días con la vida del sujeto. Esto lo explican algunos por el hecho de que, a fuerza de enfermar, vamos adquiriendo una resistencia hereditaria a estas enfermedades; pero lo mismo podría explicarse en sentido opuesto; es decir, suponiendo que nuestro organismo, por sus más amortiguadas defensas, no logra vencer al mal y se adapta a él en el estado crónico. Ahora mueren menos, pero puede ser que se curen menos también, y el número de enfermos crónicos ha aumentado de modo notable.

En la Naturaleza, la vida está encadenada y

es una continua lucha de unos por deglutir a otros y al mismo tiempo por conservar la integridad de su organización. La Vida sólo es posible mientras haya unos seres que suministren el alimento y mientras se logre mantener íntegro el cuerpo al ataque de otros que se alimentan a nuestra costa. Esa es la lucha por la vida y esa es también la solidaridad biocósmica, que hace de toda la Naturaleza una unidad coordinada e interdependiente.

Nosotros tenemos que tomar de otros organismos el alimento y estamos además unidos a seres microscópicos que nos ayudan a mantener la integridad de nuestras mucosas y hasta a digerir ciertas sustancias. Así la boca, las fauces, el intestino, el aparato genital, etc., están habitados por microbios que, lejos de resultar-nos nocivos, viven solidarizados con nosotros e incluso nos prestan ayuda. Pero al mismo tiempo, estamos de continuo atacados por otros gérmenes y parásitos que nos resultan nocivos y de los cuales, si no acertamos a librarnos, caemos enfermos o morimos. A esta ley de vida, no podemos hurtarnos. Es en vano que pretendamos exterminar los microbios que nos resulten nocivos y en vano también que nos apartemos del contacto de otros, dada su difusión y universalidad. La defensa la debemos de buscar en nuestro interior, en nosotros mismos, como postula el Naturismo, restableciendo la normalidad de nuestros humores y desarrollando nuestras defensas contra las injurias del medio.

Los gérmenes nocivos nos acucian por todas partes, conviven con nosotros, nos los suministran los alimentos, el agua, el contacto de objetos, la respiración de nuestros convecinos e incluso la atmósfera. Es necio pretender evadirse. Todas las reglas de asepsia y de antisepsia, toda la fobia microbiana, no es suficiente para preservarnos, sino para complicar aún más nuestra vida.

La Higiene, tanto pública como privada, va en aumento. Las condiciones que abonan la vegetación de los gérmenes son cada vez menos propicias a su desarrollo, y no obstante nuestra receptividad y vulnerabilidad para ellos aumenta sin cesar. Ninguna prueba más palmaria de que el peligro no está en el microbio, sino en nosotros mismos. De los dos factores de que hemos dicho que depende la enfermedad, el uno, el microbiano, se encuentra cada vez más perseguido, y

no obstante, las enfermedades microbianas aumentan, luego es menester pensar en que es nuestro organismo el necesitado de enmienda y de trato distinto.

La estabilidad del equilibrio de nuestro cuerpo depende de variados factores, pero especialmente del régimen de alimentación y del plan de vida, así como de las condiciones ambientales. Accidentalmente puede perturbarse por los trastornos de nuestro fisiologismo y un simple trastorno digestivo puede ser origen de que las defensas que poseemos contra el ataque de los microbios no puedan cumplir su cometido. Pueden existir modificaciones mínimas, que pasan desapercibidas a nuestros medios de observación y que son responsables de gran número de procesos. Así, por ejemplo, muchas manifestaciones cutáneas, muchas enfermedades de la piel, proceden de una intoxicación a nivel del intestino por ciertas sustancias alimenticias. La forunculosis (diviesos) y el ántrax, producidas por la infección estafilocócica de un folículo piloso, es debida a grados pequeños, casi imperceptibles, de diabetes (exceso de azúcar en la sangre) y se curan con un régimen en el que se restrinjan los hidratos de carbono. Cuando la sangre tiene una buena porción de azúcar, no importa que el estafilococo resida en la piel, pues no puede producir enfermedad ninguna.

A medida que progresan nuestros conocimientos, se comprueba una más amplia participación de los microbios en muchas dolencias que antes no se conocían como tales. Así, el colibacilo, huésped frecuente del intestino, puede vivir en la sangre, produciendo trastornos de muy diversa naturaleza.

Como el colibacilo, son muchos los gérmenes que pueden vivir en nuestros humores sin despertar apenas protestas y sin dar casi manifestaciones de mal, pero predisponiendo a graves padecimientos. Los más peligrosos en este sentido son los intestinales, aportados por los alimentos y especialmente por el agua de bebida. Cuando las aguas de una población están contaminadas por estos gérmenes, si se consigue depurarlas se logra al mismo tiempo disminuir la mortalidad por todos conceptos en un tercio.

La influencia de los gérmenes se pone también de manifiesto en las contaminaciones atmosféricas, como las que han producido las diversas epidemias de gripe que siguieron a la gran guerra. La morbilidad y la mortalidad general aumentó entonces de modo notable, notándose en estos últimos años un decrecimiento general de enfermedades del aparato respiratorio (pneumonías, bronconeumonías, enfriamientos, bronquitis, etc.) Pero si nos es dable sustraernos

a los microbios del agua de bebida, no podemos hacer nada respecto de los gérmenes atmosféricos susceptibles de aumentar en ciertas épocas por condiciones que desconocemos. En estas mismas epidemias, son muchos los individuos que permanecen inmunes, resistentes al ataque de los gérmenes, no obstante estar colocados en las mismas condiciones que los demás, lo que es una prueba más de la importancia decisiva de nuestro organismo en la enfermedad infecciosa.

No hace muchos años, la Medicina escolástica, en su empeño de librarnos de los microbios, aconsejaban hervir todos los alimentos, y el estrago y la irracionalidad de esta medida no tardó en palpase, y ni siquiera hubo que esperar a que naciera el concepto actual de las vitaminas. Hoy se desprecia el peligro de la infección ante el beneficio del alimento crudo (verduras y frutas), que no deben faltar en un régimen bien dispuesto.

La defensa contra la amenaza de los gérmenes que nos rodean y que penetran en nuestro aparato digestivo y en nuestro aparato respiratorio, la tenemos en nosotros mismos. No hay que huir de los microbios (lo que no quiere decir que no debamos ser escrupulosos en nuestra limpieza corporal), sino desarrollar nuestras defensas humorales y cuidar de la normalidad de nuestro organismo, que es la que en definitiva nos sirve de garantía de salud.

UN MEDICO RURAL

EL BEODO

Embrutecido por la bebida,
La voluntad vencida y la conciencia
Larrastrando una estéril existencia
De ser dañino, hasta el honor olvida

¡Víctima del alcohol, el homicida,
El beodo se sumerge en la inconsciencia,
En su vicio hallará la penitencia
O el fin horripilante del suicida!

Sin fuerzas, sin salud, sin esperanzas
Envuelto su cerebro en sombra densa,
Perdidas la energía y la confianza;

Insensible al consejo y a la ofensa
En el horror de su vicio emana:
¡Es el oprobio de la Raza Humana!!

ROSARIO PUEBLA DE GOY
Argentina.

La mecánica universal y la vida terrestre

Se nos dice que estamos sobre la Tierra.

Yo digo que nos hallamos en el cielo.

Y no por cierto en el Edén de las mitologías, mansión de paz y de éxtasis, en medio de un encantador decorado idílico supraterrrenal, en trato con seres radiantes de encanto de la eterna juventud.

Sino en un cielo mucho más inmenso y más magnífico, en el que las flores se llaman estrellas, en donde las fajas de niebla tienen por nombre nebulosas y en lo indefinido del cual el «terron» que nos envía se pierde, como un guijo minúsculo entre la arena de los mares.

Lo mismo que nuestro planeta es arrastrado al incesante cambio de sustancia-energía que solidariza el Cosmos, la mecánica de la vida terrestre es el eco multiforme de la mecánica de los cielos.

Cada sistema estelar ejerce influencia sobre los otros sistemas. Cada estrella influye, a su vez, sobre los demás cuerpos oscuros que gravitan en su alrededor. De nuestro Sol depende la vida orgánica planetaria, el verde atavío terrestre y la rubia vegetación martiense, las gigantescas corrientes de nuestros océanos y de nuestra atmósfera. la red de canales líquidos que animan y fertilizan inmensas extensiones de tierra: la meteorología entera es un corolario de la astronomía y de sus fluctuaciones fluyen las de la biología. A las periodicidades cósmicas responden las periodicidades terrestres; la luna genera la marea, y ésta produce las oscilaciones de los seres litorales; la traslación de la Tierra, las estaciones, llevan consigo la riqueza y paralización vegetativa, el nacimiento y muerte de larvas, la actividad y la letargia; la rotación terráquea produce el día y la noche; el día y la noche acarrea el ejercicio y suspensión de la función clorófila, los ritmos de la fosforescencia animal, la vigilia y el sueño. A cada crisis de un centro corresponde otra crisis en los cuerpos más próximos y, sin duda—en un grado cada vez menos perceptible—, sobre los alejados. Cuando las manchas solares pasan el meridiano central, estallan en nuestro planeta los desórdenes magnéticos, las auroras boreales, los paroxismos sísmicos y, si nos remitimos a las investigaciones sistemáticas de Sardou y Faure, las crisis sin-

tomáticas de las enfermedades humanas crónicas o la brusca aparición de graves accidentes excepcionales... (1)

Según la feliz expresión de Martín Ruckuch, el universo es un «organismo vivo».

Por lo demás, la misma Tierra posee, en virtud de su constitución física y de movimientos de que ella está afectada, una mecánica particular que repercute constantemente sobre las actividades, las formas y las evoluciones de los pequeños seres organizados que la pueblan. La atracción terrestre influye en el desarrollo morfológico de los organismos. La rotación del globo es la causa directa de los «geotropismos» estudiados por los botanistas (Lacks), y el factor esencial de las migraciones vegetales, animales y humanas (Rafael Dubois).

En una serie de estudios publicados en *La Côte-de-Azur Médicale* y que mi sabio amigo y colaborador Víctor Delfino ha traducido y reunido en un folleto (2), demostró cómo el torbellino consecutivo a la rotación terrestre obraba, de múltiples maneras, sobre las formas y estructuras de los seres. A consecuencia de su incesante roce con la superficie del planeta, el torbellino telúrico entra en vibración y hace vibrar la superficie misma de la Tierra y a los cuerpos que se encuentran en ella situados; de ahí vienen la crecencia brusca de los vegetales, la bipolarización en el sentido vertical de plantas y animales y de una manera general todas las manifestaciones metaméricas (división del cuerpo en segmentos) y antiméricas (formas refulgentes). Sobre la faz terrestre en perpetua agitación, la materia plástica de los seres vivos «se organiza», se diferencia, de idéntica forma que organizase un puñado de polvo ligero sobre un diafragma vibrante. Simultáneamente, el torbellino obra en ciertos cuerpos directamente, como sobre obstáculos distintos y comunales una oscilación lateral generadora de la dicotomía (ramificación), que es tan apenas un fenó-

(1) Cf. Albert Mary, *Les horizons du Physicisme*. Paris. Malvine, éditeur, 1923.

(2) Albert Mary, *Resumen de plasmogenia cinética*. Buenos Aires, 1925

meno vegetativo que lo hallamos en las más simples experiencias de difusión de líquidos coloreados en el agua y cuyo equivalente lo encontramos por otro lado, hasta en las formas de los animales superiores. En fin, los mismos elementos formadores de las corrientes eléctricas entran en rotación gracias a la fuerza electromotriz desarrollada bajo la influencia del campo magnético terrestre. De ahí los casos de torsión y de enrosques, que constituyen uno de los caracteres salientes de los seres que permanecen inmóviles en el lugar que nacen, el espectro helicoidal con disposiciones filotáxicas, el enrosque de la concha de los moluscos gasterópodos y la evolución curiosa de las Amonitas, que nos hace asistir, a través de una larga serie de edades geológicas, a un enroscamiento progresivo y luego a un desenrosque gradual de la concha, por una especie de antipolarización.

Nada vive aislado. Todo objeto, todo ser está sujeto bajo todos los aspectos a la función de su medio en el más amplio sentido del término. Además de estar influenciados por las evoluciones de los astros, las modificaciones de la superficie solar, las vibraciones de la faz terráquea, el equilibrio biológico de las demás especies organizadas, nosotros estamos también, de buen o mal grado, expuestos a nuestra vida específica gregaria, a la cual contribuimos al mismo tiempo. La aplicación del famoso verso de Terence: «*Homo sum: humani nihil a me alineum puto*» (yo soy hombre: nada de lo que a la humanidad toca me es desconocido), no es facultativo ni está reservado a los intelectuales sensibles; nadie de entre nosotros podrá evitarla y nos perseguirá hasta nuestra más activa morada. La tuberculosis del pobre, con el que, el privilegiado de la fortuna, se codea sólo de paso, es, sin embargo, una terrible amenaza para el rico. El hambre, el dolor del vecino, es una advertencia para los demás. Cuando el mal se ha sembrado, el fruto dañado que de su simiente brota, lo sufren todos; tarde o temprano, cada uno come su parte de la horrible siembra. Tal como la gota de ácido caída sobre un paño, la menor salpicadura fatua o del sufrimiento circundante, más o menos pronto, abre irresistible brecha en nuestra vida, corroyéndonos hasta lo más hondo. Pero si sembramos por el contrario amor, felicidad, luz, el amor, la felicidad, la luz, difundirán el bien en torno suyo e indudablemente cada cual gozará del mismo modo la parte que le toque. La tolerancia, el mutuo apoyo, el esfuerzo «desinteresado», empleando el lenguaje vulgar, «la grandeza de alma», el espíritu de dulzura, no deben ser nues-

tra regla y forma de comportarnos, simplemente porque nos realzan ante nuestros propios ojos, sino en particular y sobre todo porque significan, conscientemente o no, cálculos de interés bien comprendido.

No falta quien afirma que la ciencia es impotente para guiar la evolución moral de la humanidad. Pero si el esfuerzo de la ciencia en este sentido parece estéril, es precisamente porque se la desvía y se le niega una labor que le pertenece de lleno llevar a cabo. Se miran como manifestaciones supremas del genio humano las invenciones, los descubrimientos, la física amena de la que enriquecense las industrias y los monumentos que el tiempo destructor osa apenas rozar con el borde de sus alas. Toda la gloria de la ciencia la resumen en Pirámides altísimas para magnificar momias, en aeroplanos sembradores de la muerte, en T. S. H., transmisoras de sutiles órdenes de exterminio o de burdos embustes diplomáticos hasta en serums con frecuencia ineficaces y en muchos casos peligrosos. Se quiere ver en la ciencia algo industrial o industrializado, es decir, lo que, precisamente, al reducirse a beneficiar mezquinas ambiciones individuales, cesa automática y lógicamente de pertenecer a la ciencia.

El genio científico no se refleja en la arquitectura ni en la técnica. La humanidad podría ser mucho más noble y bastante más feliz con menos montones de piedras por interés que despierte en la imaginación; con menos mecanismos ingeniosos, por maravillosos que a la inteligencia se presenten. Pero a condición de ser más ilustrada y mejor.

El alto, el sublime, el sólo útil servicio que la ciencia dispensará a la humanidad, será el de señalar a los individuos el verdadero lugar que les corresponde ocupar en la Naturaleza y su mutua posición, de inculcarles la consciencia reflexiva de cuanto les rodea, de libertar así los espíritus de los particularismos despreciables o convencionales que les divide u opone y de acuerdo con las bellas frases de León Frapie, hacer posibles, aceptables, las «supremas extravagancias de la bondad».

ALBERT MARY

Fundador del Instituto de Biofísica.
Antiguo director del Laboratorio del
Instituto de Puericultura.

(Traducido de *La Vie Universelle* por F. Ocaña.)

La vida artificial

Protoplasma sintético preparado con el aldehído fórmico y sulfuro de amonio. Nuevos horizontes.

Hace algún tiempo publiqué varios trabajos sobre la teoría fotosintética del origen de la vida, en la *Revista Chilena de Historia Natural* y en *Rendiconti*, de la Academia de los Lincei, de Roma.

Deseando perfeccionar estos trabajos y comprobar la teoría de Adolfo Baeyer, que atribuye al formaldehído la actividad química de las plantas verdes, que se supone lo producen a expensas del ácido carbónico del aire, investigué la acción de diversos reactivos sobre el formol o solución de aldehído fórmico.

Después de muchos tanteos me ocurrió ensayar el sulfuro de amonio, que por tener nitrógeno podría producir algunos compuestos animados.

El resultado fué extraordinario y abre nuevos y vastos horizontes. Mi técnica está en estudio y apenas comienzo a darme cuenta del asunto. Pero nada es más fácil que obtener mis resultados: se depositan unas gotas de formol de Merck a 38 por 100 sobre la superficie inferior de un vidrio porta-objeto, que se coloca sobre una caja de Petri, que contenga 20 centímetros, tres de sulfuro de amonio al 5 por 100. Se espera algunas horas. Los vapores del sulfuro se combinan con el formaldehído y las gotitas comienzan a ponerse blancuzcas.

Este experimento puede hacerlo cualquiera en una botica. Después se observa con microscopio. Hay una colonia de formas orgánicas, tan complicadas y variando de tal manera, que cada día tomo cuatro o seis fotografías por medio del microscopio y una cámara especial, sin poder acabar.

He visto colonias de amibas de todas formas, estructuras y aspectos, aún inmóviles; glóbulos, especie de algas microscópicas parecidas a los vulgares Protococos, que forman un tapiz verde en los lugares húmedos del campo y están en la base de las plantas superiores evolucionadas.

Como Daly, Heilbron y Baker dicen que el aldehído fórmico puede activarse si se le somete a la acción de los rayos ultravioleta, hice obrar éstos sobre el formol de Merck durante diez minutos, empleando una poderosa lámpara de mercurio, del doctor Fernando Romano. Puse luego algunas gotas en la superficie inferior de un vidrio que recibía los vapores del sulfuro de amonio (o sulfhidrato de amonio) al

5 por 100. Después de algunas horas observé con microscopio una colonia de glóbulos y un tejido exagonal magnífico, con células isodiamétricas, como un tejido vegetal, con núcleos centrales, nucléolos, algunas veces con dos núcleos que parecían proceder de una división, y dobles paredes granuladas y muy delicadas. Había algunos núcleos exactamente iguales a los que vemos, por ejemplo, en la tela de cebolla, aunque todavía no aparecen los detalles ni ensayo, por falta de tiempo, los métodos histológicos.

Se trata, según creo, de una cristalización incompleta del azufre, elemento indispensable para la vida, y que se encuentra en un medio coloide antagónico. (?)

Antes había creído que la siliza era coloide protoplásmico por excelencia, pero ya tenía mis dudas y las publiqué varias veces, acerca de la inmensa importancia del azufre, más plástico, y que hoy nos aparece como el gran elemento de las estructuras fórmicas obtenidas en mi laboratorio.

Si se mezcla el formol con el sulfuro en una copa de ensayo, ésta se calienta a tal grado que no se puede sostener con la mano, por la violencia de las reacciones exotérmicas producidas. Debe haber formación de sulfaldehído, tal vez urotropina, formamida y otros derivados. El azufre se separa y da una coloración blauscuzca al líquido y puede reunirse con una espátula y formar un block duro, que arde produciendo carbón por su materia orgánica y un olor desagradable, como de cuerno carbonizado.

Se ha sostenido por mí, Raspail, Baly, Baudisch y otros, que la vida se inició por medio del aldehído fórmico, y ahora vemos que esta explicación es muy plausible, suponiéndose que hubo combinación con vapores sulfurosos-amoniacaes, sobre todo en las regiones volcánicas, ya señaladas por muchos como probable cuna de la vida.

Algunos de los glóbulos producidos se tñen de negro, tal vez azul muy intenso, con el yodo, pero no estoy muy seguro de esta reacción, que acusaría la polimerización de la monosa de Fischer (aldehído fórmico), hasta llegar a una exosa o almidón, que daría azul negruzco con el yodo.

De todas maneras, estos resultados preliminares demuestran que la gran actividad química del aldehído fórmico coincide con una acción morfológica muy intensa, al obrar sobre el sulfuro de amonio. Y es posible que la vida haya aparecido por un procedimiento análogo y se sostenga alrededor de una molécula orgánica, en un ciclo que empieza en el ácido carbónico y el agua y acaba lo mismo en las múltiples combinaciones y descomposiciones que ocurren en los organismos vivientes, habiéndose ya encontrado los aldehídos en los productos de la descomposición de las proteídas.

Ahora hay que emprender grandes y profundos estudios de química orgánica y microquímica alrededor de los hechos apuntados.

Apenas se inicia así un nuevo camino para la

investigación, pero ya es muy amplio y abruma con sus variadísimos resultados.

Si consentimos que la imaginación intervenga, nos será grato soñar en una nueva era para la humanidad, pues ya sabiéndose cuál es el coloide inorgánico fundamental, empleando bien y a su tiempo y en sus dosis convenientes los sulfuros, los aldehídos, quizá más adelante se llegaría a un mejor entendimiento de lo que es la vida y lo que es la enfermedad, la senectud y la muerte, para evitar todo lo malo y toda la angustiosa.

Tal es la nota preliminar que someto a las meditaciones de mis amables lectores y he comunicado a varias academias.

A. L. HERRERA

El altruismo en el amor

No es posible concebir una humanidad perfectamente constituida sin que la molécula social, el matrimonio, se haga a base de una alianza de sexos, fundamentada en exigencias ético-sociales, con miras a la felicidad de la prole. Los derechos y la salud del hijo están por encima del egoísmo social. La alianza del amor debe considerar también derechos sociales indestructibles. Si siempre éstos fueran tenidos en cuenta, muchos males serían, de seguro, justamente evitados. La ética individual siempre debe estar supeditada al bien social. Nadie debe buscar su bien a costa del de los demás y, cuando el hombre piensa en el matrimonio, ha de ser altruista, tenderá a la identificación del yo y del tú para extender esta identificación a la mayor dicha de la descendencia. No sólo pensará en que la tal alianza resulte útil para él, sino que pensará en la mayor utilidad y dicha para su cónyuge; el bien de éste ha de estar para él anterior al suyo propio. En esto existe ya una disposición y alegría al sacrificio, que culmina un altruismo elevado. Es una vida de desinterés que corresponde a una moral que en lo usual sólo raramente se encuentra. Ahora bien: hace falta para esto una mayor evolución, un más alto nivel ético de los hombres, y que, en la lucha de la materia y el espíritu, éste sea, en definitiva, el único vencedor. Sin embargo, en tanto exista

tan grande separación en castas, clases y profesiones; en tanto existan tan grandes murallas entre las distintas naciones, que en el fondo separan enemigos latentes; en tanto los hombres se encuentren con espíritu sumiso al servicio de los poderosos trusts financieros, que desencadenan las guerras; en tanto el hacha de Marte no sea enterrada, y la paz permanente sea una cuestión indudable; en tanto todo esto no se alcance, seguirán siendo pura fantasía todas las elucubraciones altruistas.

Y, sin embargo, desde tiempos urales existe una alianza humana, de la que se exigen los fines más altruistas; ésta es la que se hace entre hombre y mujer: la psíquica alianza del amor. Esta alianza de amor, esta íntima camaradería puede considerarse, con razón, como el punto de concentración del carácter altruista, como el fundamento de la más sana actividad que los átomos de diferente sexo pueden desenvolver para, en su unión íntima, constituir la molécula «altruista»... Ama a tu prójimo como a ti mismo; y en la amorosa alianza es, amar a tu amor más que a ti mismo. Siempre tu yo has de sacrificarlo en holocausto del tú. Tal es la ofrenda en una alianza de amor, en una unión de las almas. Este amor psíquico es un producto natural, disciplinado y complicado por la alta cultura. Desde que el hombre existe, existió también una fuerza de atracción entre hombre y

mujer, y ha existido también una mutua repugnancia. Mas si en todo tiempo existió el amor físico, y éste era el predominante en los pueblos salvajes, no obstante, a medida que los hombres elevan su cultura, predomina el amor psíquico, el intercambio y compenetración de las almas como base de una inteligencia duradera. En buena ética de la vida hemos de considerar el amor psíquico superior al amor físico; ocupa una altura más honrosa; en la unión de ambos, siempre el primero ha de ocupar rango más elevado. En sana moral no debe llegarse al amor físico hasta que, previamente, el amor psíquico haya echado las raíces que vivifiquen el fruto halagador de lo corpóreo. Cuanto más educado es un pueblo, tanto más se patentizan estos hechos, mayores exigencias de reconocimiento psíquico se exigen por ambas partes. Si desde las escuelas, prescindiendo de gazmoñerías ridículas e hipocresías salvajes, se iniciara a la juventud en un mayor respeto a la mujer, en un más alto concepto de lo que la mujer significa ante el mundo, no se darían tan frecuentes los casos de torpe egoísmo, mantenidos por sesudos varones, y que tanto ofenden a los principios de la moral y tanto perjudican la tranquilidad social. Y es que el amor sólo debe ser considerado en su significado altruísta, en su triple variedad: amor entre los padres, amor que muchas veces no existe, porque, para vergüenza social, muchos matrimonios los rige sólo el interés, el matrimonio de ocasión de los incapaces. Como segunda variedad, el amor de los padres para con los hijos, que puede y debe ser orientado y perfeccionado en el sentido de una mayor ponderación y finalidad, para que siempre conduzca y se traduzca en recta actitud hacia todo lo que signifique formación de ciudadanos útiles y conscientes. Tercera variedad, el amor entre hermanos, necesitado en términos generales de una mayor solidaridad. Para un Estado, la más fundamental base de su fuerza está en la familia. Cuanto más sólida y austeramente se halla aquélla constituida, tanto mayor es la fuerza de aquel Estado. Y para que la familia se constituya austeramente, es necesario que en su formación haya presidido un amor altruísta. Se precisa el holocausto al amor más puro e indestructible, fidelidad material y espiritual; si los espíritus se ausentan de la comunidad, esto basta para la desarmonía. A estas condiciones primordiales se contribuye con una aclaración y educación de la juventud, en un sentido mayor de dignidad y ética individual; con una mayor independencia de la mujer, en el sentido de robustecer su personalidad social; que la mujer se baste a sí misma, y posea los me-

dios que la rediman de una aceptación forzada. La bondad es necesaria para el altruísmo. La bondad y el egoísmo no se soportan mutuamente. El egoísmo es un enemigo del amor, y basta, para destruir la armonía, con que solamente uno de los factores guíe su conducta por los sendos egoístas. Aquel que ante todas las cosas antepone su propio interés, su amor propio, está perdido para el amor psíquico, y no es factor adecuado para una alianza. Bondad, sinceridad y altruísmo son las cualidades fundamentales de una armonía en el amor. Inteligencia, energía y laboriosidad, los mejores coadyuvantes. La superioridad espiritual del hombre, la condición más ventajosa; pues esto le asegura su papel director y preceptor, frente al cual la mujer representa el factor de espiritual asentimiento a todo aquello que es marcado por una inteligencia que siempre estará cuidadosa de la suprema conveniencia para la duradera armonía. En tales circunstancias tenemos las mejores condiciones para una recíproca complementación, para la existencia de una no interrumpida y sincera camaradería. Y, naturalmente, para que sea posible la realización de estas aspiraciones, se necesita una elevación en la cultura femenina y mejor formación en los hombres del porvenir, para alejarles de la estructura anodina, que es el mayor enemigo de la entereza y serenidad de juicio.

DOCTOR PUGA

LA SED...

Inútil la fiebre que aviva tu paso.
no hay fuente que pueda saciar tu ansiedad,
por mucho que bebas... El alma es un vaso
que sólo se llena con eternidad.

¡Qué mísero eres! Basta un soplo frío
para helarte... Cabes en un ataúd
y en cambio a tus vuelos es como el vacío
y a la luz, muy tarda para tu inquietud!

¡Quién pudo esconderte, misteriosa esencia,
entre las paredes de un vil cráneo! ¿Quién
es el carcelero que con la existencia
te cortó las alas? ¿Por qué tu conciencia
si es luz de una hora quiere el como bien?

Disciplicante marchas del orto al ocaso;
no hay fuente que pueda saciar tu ansiedad,
por mucho que bebas... El alma es un vaso
que sólo se llena con eternidad.

AMADO NERVO



ARTE

El arte y el pueblo

Al cerrar el Salón, uno de mis amigos, gran aficionado a las bellas cosas, llegóme desolado. Había estado enfermo, mas después un viaje le había alejado de París; ahora llegaba demasiado tarde para visitar la Exposición, y he aquí que se lamentaba de no haber visto las multitudes de mármoles y pinturas, de las cuales le noticiaban revistas especiales.

¡Tranquilícese el caro compañero! Un paseo por los senderos del bosque, sobre las arrugadas hojas, o bien un minuto de reposo al borde de una fuente pura —si aun las hay a quince o veinte leguas del bulevar— lo consolarán de no haber podido visitar el palacio, donde todos los años son encerradas, temporalmente, lo que se llama las «bellas artes».

De ninguna manera quiero denigrarlo. En mi niñez siempre he admirado los prodigios de las ferias, las hermosas volatineras, los titiriteros en torno de los cuales se arremolinan los platos, los jugadores de manos que estropean los relojes, cambiándoles en ramos de flores.

En el Salón continuó admirando ingenuamente como el último de los papanatas. Allí veo también artistas prestidigitadores que manipulan y mezclan los colores con una admirable destreza, que unen de mil maneras las sombras y la luz con matices completamente inesperados y consiguen hacer surgir de los fondos negros una luz atolondrada. Todo eso me parece verdaderamente muy hermoso, o más bien sorprendente, y yo aplaudo los talentos del pincel con toda sinceridad.

Y no obstante, no estoy satisfecho. ¿Es eso el arte verdadero? ¿Encuentro en él la consolución de las pesadumbres, del tedio de la cotidiana existencia y de los profundos dolores que nos acompañan durante toda la vida? ¿Es que todos esos objetos pintados, esculpidos, grabados o bordados, pueden hacerme olvidar la sórdida miseria de fuera y la pesadumbre del polizone armado que cerca la puerta o en la misma sala podrá apuntar su arma contra el pacífico ciudadano y romperle el cráneo? No, todo este arte policromo que acumula sus productos en las doradas salas que presta el Estado, no puede ser

más que un arte falso, engañoso, porque no es la obra de un pueblo libre.

Lo esencial les falta a la mayoría de los que se han fatigado para darnos uno o varios metros cuadrados de esta decoración mural, no habiendo tenido el arranque natural y alegre que da la atrevida independencia. En todo este farrago, ¡qué de objetos atestiguando la sujeción moral, la caducidad y la vanidad del servilismo! Las imágenes de los falsos grandes hombres pululan tanto como las escenas de vicio y mil inmundicias que hubiera valido más dejar en las zahurdas. Al contacto de esta horrible tramoya, toda obra verdaderamente bella, queda profanada.

¡Ah! si los pintores y los escultores fuesen libres, no tendrían necesidad de encerrarse en los salones. Tendrían que reconstruir nuestras ciudades, demoliendo primeramente esos innobles cubos de piedra donde se han amontonado los seres humanos en una horrorosa promiscuidad, pobres y ricos, mendigantes y fastuosos, famélicos y ahitos, víctimas y verdugos. Quemarían todas esas barracas de los misérrimos tiempos en un inmenso y delicioso fuego, y me imagino que, en el museo de las obras que se conservan, no dejarán gran cosa de las pretendidas obras de arte de nuestros días.

En nuestros tiempos de celosos monopolios, de propiedades estrechamente privadas y de división de trabajo sin tregua, en ocasiones de entusiasmo público se ven obras realmente bellas nacer de un movimiento de arranque popular. Tales fiestas, donde para nada intervino el funcionario, se hicieron con tan maravillosa alegría, con una cordialidad tan conmovedora, que se queda para siempre arrebatados. Tal concierto improvisado, tal escena de teatro representada en un arranque de fraternidad, deja recuerdos imborrables, mientras que la memoria de las más fastuosas ceremonias no afecta más que a los alcaldes, a los cuales se decoró, y a los bomberos, que recibieron una propina.

Algunos hombres de buena, pero importante voluntad, tratan de conciliar lo inconciliable sin tocar las causas de desacuerdo. Ellos qui-

sieran que el arte permaneciese sincero, estando sujeto en el artista a las necesidades de su sostén. No, lo «bello» y lo útil no pueden reconciliarse mientras los hombres estén divididos. En nuestra sociedad, estando dividida en clases enemigas, el arte ha llegado a ser necesariamente falso, puesto que participa de los intereses hostiles. En los ricos se cambia en ostentación; en los pobres, no puede ser más que imitación y engaño. Por otra parte, el dinero que los artistas han de procurarse ante todo, vicia lo que queda de arte en los unos y en los otros; en sus obras, la sinceridad y la naturalidad deben ceder el sitio a la habilidad y a la «magia», de la destreza. Ni la protección del gobierno, ni educación artística, ni museo de mañana y tarde, ni concursos, ni jueces, podrían cambiar nada. ¡Y la miseria! ¿Cómo puede llegar a ser artista un pueblo cuando los sufrimientos del hambre y de la enfermedad contraída lo afean?

«El principio del arte—dice Ruskin—consiste en volver al pueblo bello.» Ha habido, sin duda, un arte en países donde las personas no eran todas bellas, teniendo los labios gruesos y la piel negra—porque el sol las había mirado—pero jamás en un país donde los carrillos habíanse vuelto pálidos por un miserable trabajo y una sombra mortal y donde los labios de la juventud, en lugar de estar llenos de sangre, habían sido adelgazados por el hambre o deformados por el veneno.

«El arte es la vida», dice Juan Baffier; el obrero escultor, que tanta pasión y goce ha puesto tallando en el mármol la noble y pura figura de la campesina, su madre, la de los valientes labradores y prudentes jardineros.

¡El arte es la vida! Desde el momento que el trabajo apasiona, dando el goce, el obrero vélese artista, quiere embellecer su obra, dándole un carácter de duración y de universalidad por la admiración de todos. Aunque no fuesen más que alfileres lo que hiciese, nos dice Diderot, necesariamente estaría enamorado de su oficio. El campesino desea que se venga de lejos para contemplar el surco derecho y de una profundidad igual que él, con mano firme, ha hecho trazar a sus bueyes. El arriero pone su gloria en bien mesurar el equilibrio de la carga sobre el animal y en adornarlo con bellas hilachas y pompones brillantes, salvo si la miseria no lo ha envilecido, privándole de su iniciativa; todo operario se procura útiles que sean no solamente perfectos para el trabajo, sino también agradables a la vista, escogiendo él mismo la madera o el metal; enmangado y ajustado, lo ornamenta con diseños. Los mismos

trabajadores cuya obra desaparece tan pronto queda hecha, como guadañeros, segadores y vendimiadores, no son menos artistas en su manera de manejar las herramientas y de derribar la faena, y pasados algunos años se refieren sus hazañas de rapidez y resistencia en el inmenso esfuerzo. Cada profesión tiene sus héroes, hasta en la sencilla vida de la aldea, constituyendo, por ella misma, un mundo completo, y cada uno de esos héroes encuentra poetas que perpetúan su fama, sobre todo durante las largas veladas de invierno, cuando las llamas danzantes y el chisporroteo hacen oscilar las figuras, ora acercándolas, ora alejándolas, dando a todas las cosas la impresión del misterio y de la intimidad. ¡Es de estos humildes hogares de arte primitivo de donde han salido nuestras epopeyas y nuestras arquitecturas! Y mientras quedan de esos lugares pacíficos para el trabajo dichoso, nosotros tendremos esperanza. De esta célula inicial surgirá quizá la ciudad del porvenir.

No es solamente la restauración y el embellecimiento de nuestras ciudades que nosotros esperamos del hombre hecho artista, porque habrá llegado a ser libre; contamos también con él, porque renueve la belleza de la campiña, adaptando todas sus obras propias al ambiente natural, de manera que de ello nazca entre la tierra y el hombre una armonía dulce a la mirada y reconfortante al espíritu.

Hasta los grandes edificios pueden ser admirables de bellezas cuando los constructores han comprendido el carácter del paraje cercano y la obra del hombre concuerda con el trabajo geológico de los siglos en un armonioso conjunto.

Pero hay pináculos que profanarían todo artista de momento y se siente una impresión de verdadero disgusto cuando algunos insolentes arquitectos, pagados por hoteleros sin vergüenza, construyen enormes posadas, bloques rectangulares donde son inscritos mil rectángulos de ventanas simétricas y erizados de cien chimeneas ahumantes, y todo enfrente de picos soberbios de granito, de campos de inmaculada nieve, de ríos de azulado hielo serpenteando en los valles de la montaña. Es así como los hombres han envilecido muchos paisajes grandiosos de Suiza y de otras comarcas: el amante que se place del misterio de la Naturaleza huye de los parajes que más admira, se aleja con repugnancia de la masa de los bodoques y vocingleros que se precipitan al asalto de las rocas de Zermat y busca, apartándose, algún lugar que la moda no haya aún mancillado.

La Tierra es infinitamente bella; pero para

asociarnos a su belleza, para glorificarla con un arte respetuoso, no hay otro medio más que llegar a ser libre, hacer la revolución decisiva

contra el dinero, ennobleciendo la «lucha de clases», aboliendo las mismas clases.

ELISEO RECLUS

El pintor japonés Foujita

Si bien la finalidad del arte pictórico es en todas partes la misma, los medios son diferentes. Así, los medios que se emplean en Oriente son diametralmente opuestos a los utilizados en Occidente. Se explica, pues, que cuando un artista japonés trata de asimilar procedimientos europeos lo logre sólo parcialmente: su don de imitación y su extraordinaria habilidad manual no pueden evitar, por lo general, cierta falsedad en la pintura. Foujita es, probablemente, una excepción en ese sentido, pues si no ha logrado asimilar en forma completa el modo europeo de ver las cosas, en cambio su interpretación es occidental.

Durante cierta época, Foujita pintaba casi exclusivamente al estilo europeo. Pero fué por poco tiempo. Lo espontáneo, lo natural, no tardó en prevalecer en su modo de ser: el artista volvió a ser enteramente japonés.

Es muy probable que los orientales contemplen las tentativas «japonizadoras» de los europeos con cierto gesto no exento de humorismo, aunque indulgente. Evidentemente, no se reconocen ellos en las obras europeas, así como los europeos no se reconocen en las de los nipones. La cuestión de razas influye, a no dudarlo, en esta incompatibilidad; pero una de las causas primordiales debe atribuírse a los distintos procedimientos que han creado en uno y otro continentes tradiciones divergentes. Los japoneses no emplean más que la tinta china o colores diluídos al agua; el pincel que utilizan es de punta fina y flexible, con el cual es posible trazar líneas de una variedad infinita. Trátase, pues, de trabajos de primera intención que no admiten correcciones ulteriores. Arte es el de los japoneses que por la índole del procedimiento tiende al desarrollo de la habilidad manual; miles de veces se repite el mismo ejercicio, comenzando por una rama de árbol, para proseguir luego con un racimo, una hoja, un pájaro, un cuadrúpedo. Yo, personalmente, he estudiado en mi juventud bajo la dirección de Yenchi

Shunsho, artista de gran distinción. Dos o tres años transcurrieron antes de que mis ensayos lograran inspirarle cierta confianza y a medio satisfacer sus exigencias. A título de reciprocidad trataba yo de hacerle comprender la idiosincrasia de la pintura europea. A decir verdad, Shunsho no logró nunca asimilar en absoluto la sustancia del arte, la sensibilidad del arte europeo; poseía demasiada personalidad propia para encauzarla por rumbos que no eran los suyos.

A los métodos opuestos de trabajo han ido correspondiendo poco a poco también modos distintos de observar. El europeo, acostumbrado a la pintura al óleo, que permite traducir el mundo exterior en toda su variedad de formas, valores, colores, luz y materia, se ha acostumbrado a considerar esas cualidades: en el conjunto de una obra de arte; el europeo no sólo ve el dibujo y el modelado, sino también la sustancia, la densidad: aprecia la distancia que media entre el observador y el objeto, los reflejos y el color de la luz que cae sobre ese objeto. De tal guisa, los occidentales, por lógica, se preocupan menos del objeto en sí que de las condiciones de su colocación. No es sólo el objeto lo que se trata de representar; junto a esa verdad individual, se busca una verdad más general: la luz, la atmósfera. Y así es como la pintura occidental ha ido evolucionando de Ticiano a Claude Lorrain, de Watteau a Delacroix y a Claude Manet.

Desde luego, esos efectos de luz son fugitivos, no duran más que un instante; si se aplicaran a la generalidad de las cosas, su postulado sería el de una verdad tan sólo transitoria.

Eso, precisamente, es lo que repugna al japonés, ya se trate de un Foujita o de cualquier otro artista de su raza. El japonés no se conforma con la verdad de un momento; quiere algo perdurable. Los antiguos maestros de Oriente trabajaban poco del natural. Permanecían horas enteras, días, frente a la Naturaleza, con-

templando un paisaje, pero sólo trabajaban en la intimidad del estudio. De tal modo, en sus obras sólo figuraban los caracteres generales que la memoria retenía y que tendían, gracias al método manual y espiritual, a dar una sugestión y no una imagen, como ocurre en el arte occidental.

En los primeros trabajos europeos de Foujita, cuando al principio de su carrera artística se entretenía en pintar paisajes de los alrededores parisenses, el artista quiebra, siquiera parcialmente, esa tradición de su país. Pero no tarda en revelarse eximio decorador, decorador oriental, desde luego. No busca grandes efectos de luz ni variaciones en los colores. Sus paisajes son grises. No existe la magia impresionista de sus telas; pero hay, en cambio, acordes raros y discretos, a base de tonos quebrados dentro de un dibujo preciso y sugerente. La tonalidad de sus telas recuerda con frecuencia ciertas viejas estampas japonesas, de colores un tanto desleídos, impresas al agua. La tradición étnica se refleja claramente en estos sus primeros trabajos en cuanto al modo de aplicar los colores; rehuye los colores espesos y hay, en cambio, una constante preocupación por conservar la elasticidad del pincel, que ha de permitirle conseguir una precisión de factura que es difícil encontrar en la pintura europea.

Para Foujita, el trabajo del pincel es la base de su obra; la primera educación artística ha echado hondas raíces en él. La firmeza del trazo va unida a la espontaneidad; la juventud la representa con líneas puras, impecables; la vejez, con líneas temblorosas.

No es de extrañar, pues, que en París el artista japonés sienta profunda simpatía por aquellos artistas europeos que se expresan mediante el dibujo ánimamente delineado, limitando el juego de colores. Marie Laurencin ejerce cierta influencia en su obra; las figuras femeninas de Foujita acusan cierta semejanza con las de la artista francesa: curvas ágiles, modelo de extrema delicadeza, firmemente acentuadas la sombra de los ojos y las comisuras de la boca. Pero la influencia de la Laurencin es pasajera. Foujita se libra muy pronto de ella, y su personalidad se destaca con caracteres propios. Sus autorretratos son ejemplo de su observación atenta y comprensiva. Varios de ellos se parecen al modelo de un modo sorprendente. El color está indicado apenas por una sombra, cosa que ocurre igualmente con los grandes desnudos de este artista. La tela que emplea Foujita es muy lisa, para permitir al pincel trazos de la mayor pureza. Sus cuadros, más que óleos, parecen acuarelas. El color casi desaparece, y

sólo se emplea para el realce discreto de ciertas partes, como en las estampas de Ontomaro.

El arte de Oriente no se preocupa mayormente de la realidad material, del volumen de las cosas y de la luz que las destaca; pero, en cambio, se muestra muy susceptible en cuanto al movimiento. Es, precisamente, el método empleado por los japoneses de observar atentamente y limitarse a retener lo esencial, y el hecho de que trabajen guiados por la memoria, lo que les permite resumir en una sola actitud las diversas actitudes del movimiento. En la forma del ser en movimiento que se refleja en el espíritu del artista nipón, no cabe ninguno de los detalles que hubiera podido sorprender la máquina fotográfica. Foujita, desde luego, no carece de este don de los artistas de su raza. Cuando, por el contrario, se trata de pintar una naturaleza muerta, es decir cuando se trata de una realidad directa y carente de movimiento, el «virtuosismo» de Foujita se hace incomparable. Una estampa en el muro, unas tijeras, un carrete de hilo son suficiente pretexto para realizar un alarde de singular precisión. Admira, en efecto, tanta fidelidad en la reproducción. Sin duda, influye en ello la carencia de perspectiva aérea y de estudio de reflejos en el arte nipón. La precisión de la reproducción lineal no basta, sin embargo, para llegar a una exacta imitación si se suprimen esas otras cualidades—perspectiva y luz—que constituyen la parte básica del arte occidental. En el primer caso, más que de una reproducción se trata de una transposición.

Foujita, el artista tan genuinamente oriental, se ha dedicado también a la práctica de un arte europeo nuevo para su raza: el grabado al agua fuerte. Dadas sus condiciones excepcionales de dibujante, no debe sorprender que haya obtenido un fácil triunfo en esa manifestación artística. En estas obras suyas, al igual que en sus trabajos pictóricos, la personalidad de Foujita surge vigorosa. Su actividad en este sentido no es definitiva, y debe considerarse más bien como un paréntesis abierto en su obra pictórica con fines de satisfacer una curiosidad pasajera; pero, de cualquier modo, tiene importancia bastante como para no pasarla en silencio.

CRISTAN KLINGSOR

Amor está sentado en el cráneo
de la Humanidad;
y ríe alegre en su trono el profano
con loca libertad.

BAUDELAIRE



Curiosidades

El descubrimiento de la Venus de Milo

En el Museo del Louvre, sobre el zócalo de la estatua más perfecta que nos legó la antigüedad, se lee lo siguiente:

VENUS DE MILO, adquirida por M. de Marcellus para el marqués de Rivière, embajador de Francia, quien la donó al rey Luis XVIII en 1821.

Y eso es todo.

Los entusiastas por las obras maestras de la cultura griega, lo mismo que los indiferentes insulares de las Agencias Cook, atrévase a veces a interrogar a los guías y guardas para obtener de ellos un vago comentario de la inscripción, pero tienen que limitar su curiosidad al texto de esta última.

En cuanto a los sabios oficiales, puede decirse de ellos que sus folletos contradictorios acerca del descubrimiento de la Venus y la actitud que presentaba la diosa en la época en que fué exhumada no han dado nueva luz respecto a esta cuestión, de tan alto interés desde el punto de vista de la historia del arte.

Gracias a la atención de uno de los hijos de aquel a quien ante todo debe Francia la posesión de esta incomparable obra de arte, hemos podido tener noticia de ciertos documentos, de seguro incompletos, pero a los cuales nos conviene conceder un carácter de probabilidad, por lo menos igual al que hasta hoy han tenido las disputas y conjeturas de los arqueólogos.

El 8 de abril de 1820, un campesino llamado Antonio Yorgos Bottonis, buscaba en una tierra de su propiedad, junto a las ruínas del teatro antiguo, diversos fragmentos de mármol, que apilaba con cuidado para emplearlo más adelante en construir una casita para él y su familia. De pronto, hundióse el suelo y apareció un nicho. En esa cavidad yacía una estatua de mármol de Paros: era la *Venus de Milo*.

M. Voutier, joven guardia marino de primera clase de la armada francesa (1), se apresuró a ir a avisar a M. Brest (2) y le rogó con muchas

instancias que hiciera todos los esfuerzos posibles para conseguir en beneficio de su patria semejante hallazgo.

El papel representado en aquella época por Luis Brest se ha comentado de diversas maneras; no siempre han sido equitativos los juicios para su memoria, sin exceptuar el de monsieur Ravaisson, quien hizo sobre esa materia un sabio trabajo, hasta demasiado sabio, escrito en un lenguaje de seguro muy académico y lleno de puntos de vista más ingeniosos que probatorios, pero en el cual cierto juicio preconcebido parece ir más lejos de lo que se proponía. El antiguo conservador del Louvre, por ejemplo, se complace en citar una conversación habida entre Luis Brest y el arqueólogo Morey, en 1867. Pues, bien, habiendo muerto en Milo Luis Brest, en 1862, tenemos fundamento para creer que esa conversación sólo pudo haberse tenido... en los Campos Elíseos.

En la noche del 8 de abril de 1820, a la luz de las antorchas, fueron Brest, Bottonis y el hijo de este último a la cabaña de Yordos para contemplar a la que iba a convertirse en la perla de nuestro Museo de Antigüedades, y de la cual fué comprador nuestro Agente consular, pagando 500 piastras y dos trajes completos.

En 12 de abril de 1820, se dirigió a M. Pedro David, cónsul de Francia en Esmirna, en los términos siguientes:

«Diré a usted, señor cónsul general, que un labriego acaba de encontrar en un campo suyo tres estatuas de mármol, representando una de ellas una Venus con la manzana de la discordia en una mano. Está un poco mutilada, rotos los brazos, partida en dos por la cintura. Sin embargo, eso no quita para que sea una buena obra.

conferida a los notables comerciantes del Oriente, fué otorgada desde Luis XIV a los miembros de la familia Brest.

Habíase casado en primeras nupcias en Constantinopla con Catalina Bozari, hija de un médico del sultán; y en segundas nupcias con María Regneri, griega de Milo.

Tuvo cuatro hijos. Uno de ellos, Félix Brest, negociante en Esmirna, fué quien nos facilitó estas indicaciones.

(1) M. Voutier murió en Hyères, su país natal. En la época de las guerras con Turquía, fué coronel del ejército griego.

(2) M. Luis Brest, compatriota de M. Voutier, era agente consular en Milo. Esta dignidad,

La otra representa al dios Hermes, y la tercera un niño pequeño.

»No obstante, las opiniones están muy divididas: mientras alguno de estos señores oficiales que la han visto dicen que no vale gran cosa, otros, por el contrario, dicen que es una obra hermosísima.

»Los habitantes, es decir los principales, quieren que le sea regalada al drogman acreditado cerca del capitán-pachá.

»He conseguido que nada se haga hasta que yo les dicte una resolución. Si desea usted que yo la compre por cuenta del Gobierno, le ruego me dé órdenes.»

La víspera, 11 de abril, M. Dauriach, comandante de la *Bonite*, había escrito en el mismo sentido a M. Pierre David.

Algunos días después, M. Duval d'Ailly, comandante de la estación naval de Levante, de paso por Milo y a bordo de la gabarra *Emulation*, hizo a M. David una petición análoga a la que su colega Dauriac le había dirigido.

M. David, fundándose en esas solicitudes oficiales, escribió entonces a nuestro embajador en Constantinopla, marqués de Rivière.

En espera de la respuesta del poderoso representante de Francia, su subordinado Luis Brest veíase asediado de diversas maneras. Por una parte, un inglés le ofrecía 25.000 libras esterlinas por la cesión pura y simple de la estatua; por otra parte, aficionados de la localidad pretendían con alguna razón que Yorgos no había podido vender lo que regularmente no era de él, puesto que las antigüedades descubiertas en territorio otomano deben pertenecer de derecho a Turquía.

Nuestro agente consular estuvo inquebrantable.

Un príncipe griego, Mussuris-Pachá, hasta intentó sublevar a la población de la isla; no habiendo podido conseguirlo, solicitó la intervención de Poizadé-Effendli, drogman de las escuadras otomanas, que giraba una visita a las islas para recaudar el impuesto. Este personaje, descontento de que no se le hubiera consultado antes, impuso a los principales de Milo una contribución extraordinaria; y Luis Brest, causa principal de esa cuota imprevista, la pagó de su bolsillo particular.

¡Cosa apenas creíble: aunque esencialmente administrativa, esta multa no fué restituida a M. Brest sino después de innumerables formalidades!

El embajador no siempre respondía.

Un joven alférez de navío, que más tarde llegó a ser un almirante ilustre, Dumont-d'Urville, embarcado en la gabarra *Chevette*, des-

embarcaba en Milo el 16 de abril; vió la Venus y prendóse de ella con gran entusiasmo

El embajador se decidió a obrar esta vez. Ya era tiempo, pues M. Brest tuvo que impedir diferentes tentativas de raptó de la estatua, una de las cuales estuvo a punto de consumarse.

Por intervención del marqués de Rivière, el gran visir Abdulláh-Pachá dirigió el 10 de octubre de 1820 a las autoridades de Milo el *takir* siguiente, cuyo original, escrito en turco y en griego, está en poder de M. Félix Brest y da una idea de la fraseología oficial turca. He aquí ese documento:

«Nos, Abdulláh-Pachá (alabado sea Dios) al visir y *capudhan-pachá*, primates y comisarios de la Isla de Milo.—Os participo que los Tratados entre la Sublime Puerta y Francia ordenan y mandan que se observen con fidelidad todos los artículos relativos a las cuestiones marítimas. Cuando buques de dicha Corte, de paso a la ida o a la vuelta por vuestra Isla, desembarquen hombres para comprar víveras, deben de ser recibidos como amigos. También debéis conducirlos respetuosamente, como es costumbre inmemorial, con el cónsul de Francia residente en vuestra isla, para que los súbditos y el cónsul de dicha Corte estén agradecidos y satisfechos de vuestro modo de obrar con ellos.

»Sin embargo, hemos sabido que habiendo llegado a vuestra isla Poizadé, drogman de la armada imperial, para cobro de los impuestos ha removido la cuestión de las estatuas vendidas a los franceses, castigado a los habitantes de la isla y causándoles perjuicio, diciendo palabras injuriosas, cuando cada uno es libre de vender sus propios bienes, sin que eso constituya delito. Su excelencia el embajador de Francia nos ha comunicado que dicho drogman pronunció palabras ofensivas, las cuales no confirmamos nosotros. Por estas causas, publicando el presente Buyuruldi imperial, ponemos en vuestro conocimiento, señores Primates y demás comisarios, que no sólo va contra nuestra intención que seáis castigados sin motivo y que se profieran tales expresiones injuriosas, sino que su alteza imperial no consiente de ninguna manera que se diga ni una palabra fría a los súbditos de una Monarquía antigua amiga nuestra, como la corte francesa, ni que el menor hecho atente contra los derechos de la amistad.

»Os ordenamos que en lo sucesivo os conduzáis amistosamente con los súbditos de dicha corona. Y como el supradicho embajador de la corte francesa se propone regresar a Francia, si pasa por vuestra isla, recibidle con todas las atenciones y todos los honores debidos a su ca-

rácter, para que salga satisfecho y nos lo haga saber por carta.

»Por último, así como en tiempos pasados os condujisteis amistosamente con los súbditos de dicha corona, en lo sucesivo os conduciréis de la misma manera para sernos gratos. Y si el drogman os ha sacado dinero sin razón, lo sabremos cuando aquí venga.

»Haced, pues, lo que os ordenamos y no hagáis nada en contra.

»Constantinopla, 10 de octubre de 1820.

»Publicado por el Diván del Bezmáuí Imperial.»

El conde de Marcellus, secretario de embajada, partió de Constantinopla con plenos poderes de su superior jerárquico.

El buque en el cual se embarcó llamábase *Estafette*, mandado por el capitán Robert. Al dar vista a la isla de Milo, la tripulación vió anclado en la rada un barco de Ragusa, el *Galaxidi*, hacia el cual bogaba con aspecto sospechoso un bote. Iba cargado con la Venus de Milo, robada por cuenta del príncipe Mussuris por un sacerdote griego llamado Ecónomos Vergi. Nuestros marinos se apoderaron de la estatua, transportándola a Constantinopla, desde donde fué al Louvre.

La aventura tuvo un término bastante chusco. Uno de los predecesores de M. Ravaisson no aceptó fácilmente el regalo hecho al Museo, de que entonces era conservador, porque (según sus propias palabras) «aquella obra sin firma le parecía de poquísimo interés».

Tales son las peripecias del descubrimiento y traslación de la Venus.

Plantéase en seguida un problema candente: ¿cómo era primitivamente, o por lo menos cuando se hizo su descubrimiento?

La primera idea que se ocurre al contemplar ese torso divino, ante el cual nos tenemos por bárbaros, es ésta: el escultor, presa de entusiasmo análogo al que un día se apoderó de Miguel Angel y que le hizo dar un martillazo en la rodilla a su Moisés, exclamando «¡habla, pues, ahora!», pudo él mismo romper los brazos de propósito, los cuales encajaban entonces como en marco esas bellezas sobrehumanas que nada disimula ya hoy (sabido es que los griegos hicieron de sus cariátides unas admirables mancas); pero esta audacia de artista es un supuesto más que gratuito, en el cual no podemos detenernos.

La Venus tenía brazos.

Prenden unos que se apoyaba en un personaje, un dios Marte, a quien desarmaba ella, o mejor, hacia el cual se inclinaba para elevarle hasta ella misma; otros, que estaba aislada, di-

rigiendo el brazo derecho a su túnica, próxima a caerse, mientras el izquierdo sostenía la manzana. Nos afilamos a este último partido y hasta creemos que la estatua debía de ocupar una hornacina en el teatro de Milo, a causa de una negligencia de trabajo que se nota en la parte posterior y que de otro modo no se explica.

Además, probablemente pertenece a la escuela de Lisipo, y, con toda seguridad, su cabeza está inspirada en la Venus de Cnido de Praxiteles.

Pero, ¿se deja sentir en absoluto la necesidad de dar un acompañante a la Venus de Milo? Del hecho de que muchos monumentos antiguos (como los sarcófagos, las medallas, las piedras grabadas) representan a veces mujeres contemporáneas de la estatua, en la misma actitud que ella y unidas a otro personaje (Marte, Tirteo, Teseo, a veces Esculapio, o un combatiente descansando, como el guerrero Borghése) ¿debe inducirse que formaba parte de un grupo y no era, además, sino una reproducción, aunque genial de seguro, de un prototipo creado en las grandes épocas? Pero en este caso se ocurre una seria objeción. Venus, asunto principal del grupo, hubiera tenido en ese caso a su izquierda a su acompañante. Pues, bien: en la antigüedad, el personaje de categoría inferior está siempre a la derecha; luego es preciso abandonar esa suposición.

En el Louvre hay dentro de un pequeño escaparate de cristal un brazo encontrado junto a las ruínas del teatro de Milo, en los campos de Yorgos; termina por una mano apretando una manzana. Es más que temerario el afirmar que pertenece a la Venus. Sin embargo, puesto que en otro tiempo se recargó a la diosa con un brazalete y probablemente con otros adornos de metal (como una diadema), puede suponerse también que la rotura de los brazos no es reciente y procede de una época en que la estatua pudo ser objeto de un remotísimo intento de restauración. Quatremére de Quincy admitía esta hipótesis.

Los arqueólogos dicen que no tenía brazos cuando fué descubierta. Entonces, ¿qué significan los sentimientos siguientes?

El 12 de abril de 1820, M. Brest escribió a M. David:

«Tiene en una mano la manzana de la discordia», como se ha visto más arriba.

La carta del 25 de abril, dirigida por el cónsul general de Francia en Esmirna al embajador francés en Constantinopla, está concebida en estos términos:

«El señor comandante Dauriac me escribe

desde Milo, con fecha del 11, que tres días antes se encontró en dicha isla por un campesino, que hacía cavas en su campo, una estatua de mármol blanco, representando a Venus en el acto de recibir la manzana; es de tamaño mayor que el natural; hasta ahora no se tiene de ella más que el busto hasta la cintura.

»Ese oficial fué a verla, pareciéndole bien conservadas la cabeza y la cabellera. Así la ha visto el señor comandante de la *Estafette* y ha encontrado bien modelado el torso; él podrá dar más detalles a vucencia.

»Hase dicho al campesino que su descubrimiento era de gran valor. Hay personas que ya le han ofrecido 1.000 piastras, según asegura M. Dauriac. M. Brest obtuvo de los primates que la estatua no se vendiese hasta nueva orden. Vea vucencia si quiere tomar sobre sí la carga de hacer esta adquisición para el Real Museo. Será para vucencia una gloria el haber enriquecido este gran depósito de las Artes.

»P. S. — Acabo de recibir una carta de M. Brest; anuncia que el mismo campesino ha encontrado otras dos estatuas, una representando al dios Hermes y la otra un niño pequeño. Me hace observar que hay divergencia de pareceres, pues algunos de nuestros oficiales no creen de gran mérito esas estatuas, y otros las consideran como obras bellas. Pero la opinión de nuestros marinos no puede sentar autoridad en esta materia; necesitaríamos que las viese un artista, y no hay ahora ninguno en Esmirna. Me escribe M. Brest que los primates quieren regalar esa estatua al drogman agregado al capitán-pachá.

»Nuestro agente consular ha conseguido que nada se disponga acerca de ello antes de darles a conocer la decisión que reclama, y me propone que haga comprar ese mármol por cuenta del Gobierno. No me atrevo a tomar a mi cargo semejante gasto; ruego a vucencia que me dé órdenes lo antes posible.»

Al margen de este despacho está escrito, de mano del embajador: «La estatua podrá restaurarse.»

¿No parece probado, por las noticias que se le dieron, que la estatua tenía brazos? Porque, ¿cómo hubiera pensado en una restauración, si la Venus hubiese estado tan mutilada como hoy lo está?

El informe de Dumont d'Urville, publicado por los *Annales maritimes*, es un documento de capital importancia.

«El 19 (de abril) fuí a visitar algunos trozos de antigüedades descubiertas pocos días antes de nuestra llegada. Como me parecieron

dignos de atención, voy a consignar aquí algo por extenso el resultado de mis observaciones.

»Encima de un ribazo pedregoso, no lejos del pueblecillo moderno llamado Castro por los habitantes y conocido por la mayoría de los marinos franceses con el nombre de Six-Fones (*Seis-Hornos*), descubriose pocos años ha un bien conservado anfiteatro de mármol, adquirido luego por el príncipe de Baviera. Todo alrededor, el terreno está sembrado de fustes de columnas y trozos de estatuas. Encuéntrense acá y acullá enormes fragmentos de murallas de una construcción muy sólida; y recientemente, por la curiosidad de los extranjeros y la codicia de los habitantes, se han descubierto varios sepulcros de importancia. En fin, todo indica que en ese montecillo debió de estar construída Milo.

»Unas tres semanas antes de nuestra llegada a Milo (por lo que acaba de leerse, dicho tiempo hay que reducirlo a once días), cavando su campo un aldeano griego encontró algunas piedras labradas.

»Como estas piedras tienen cierto valor, esta consideración le indujo a cavar más hondo, y así consiguió descubrir una especie de nicho dentro del cual había una estatua de mármol, dos Hermes y algunos trozos también de mármol. La estatua era de dos piezas, unidas por medio de dos fuertes abrazaderas de hierro. El griego, temiendo perder el fruto de su trabajo, había hecho depositar en un establo la parte superior, con dos Hermes; la otra, aún estaba en el nicho. Visité todo ello con atención, y esos diversos trozos me parecieron de buen gusto.

»La estatua, cuyas dos porciones medí por separado, tenía unos seis pies de altura. Representaba una mujer desnuda, cuya mano izquierda levantada, sostenía una manzana, y la derecha un ceñidor hábilmente plegado y cayendo al descuido desde los riñones hasta los pies; ambas manos han sido mutiladas y en la actualidad están desprendidas del cuerpo. Los cabellos están levantados por detrás, sujetos por una cinta. La cara es hermosísima, y estaría bien conservada si no estuviese un poco rota la punta de la nariz. El único pie que queda está desnudo; las orejas están agujereadas y cebieron tener pendientes. Todos estos atributos parecen convenir bastante a la Venus del juicio de Paris; pero, entonces, ¿dónde estarían Juno, Minerva y el hermoso pastor? Verdad es que se encontraron al mismo tiempo un pie calzado de coturno y otra tercera mano; por otra parte, el nombre de la isla (Milo) tiene las mayores relaciones con la palabra que significa manzana.

»¿No estará indicada esta analogía de palabras por el principal atributo de la estatua?

»Los dos Hermes que la acompañaban en el nicho no tienen nada de notable; su altura es de tres pies y medio; uno de ellos tiene cabeza de mujer o de niño, y el otro tiene cara de viejo con larga barba. Encima de la entrada del nicho había un mármol de cuatro pies y medio de longitud y seis a ocho pulgadas de anchura. Tenía una inscripción, cuya primera mitad es la única respetada por el tiempo, habiéndose borrado por completo la otra mitad. Esta pérdida es inapreciable; quizá nos hubiera dado alguna luz respecto a la historia de esa isla, que todo prueba haber sido muy floreciente, y cuya suerte ignoramos por completo desde la invasión de los atenienses, es decir desde hace más de veinte siglos. A lo menos hubiéramos sabido en qué ocasión y por quién fueron consagradas esas estatuas. Sin embargo, copié con cuidado los caracteres que aún quedaban de esa inscripción; y puedo garantizarlos todos excepto el primero, del cual no estoy seguro. El número que indico para la parte borrada ha sido estimado según el espacio que ocupan las letras visibles.

»El pedestal de uno de los Hermes también debió tener una inscripción, pero los caracteres están borrosos y me fué imposible descifrarlos.

»A nuestro paso por Constantinopla, habiéndome preguntado el señor embajador acerca de esa estatua, le dije lo que pensaba respecto a ella; y entregué al secretario de embajada, M. de Marcellus, copia de la noticia que acaba de leerse. A mi regreso, el señor embajador me hizo saber que la había adquirido para el Museo e iba embarcada a bordo de uno de los buques de la estación naval. Luego supe que M. de Marcellus llegó a Milos en el mismo momento en que la estatua iba a ser embarcada con otro destino; pero que, después de diversos obstáculos, este amigo de las artes logró por fin conservar para Francia esa preciosa reliquia de la antigüedad.»

M. Matterer, oficial de Marina, antiguo compañero de Dumont d'Urville y autor de una biografía de su ilustre amigo, publicada en 1842, escribió, según Juan Aicard, una nota, en la cual decía: «Vimos la estatua en la choza: el brazo derecho estaba roto al nivel de la sangría; pero existía el brazo izquierdo, con la mano izquierda levantada al aire y sosteniendo una manzana. Si hubiese tenido rotos los dos brazos cuando la vimos, no se le hubiera ocurrido a Dumont d'Urville la idea de llamarla *Venus Victrix*.» ¿Qué más puede añadirse? Enrique Rochefort, algo pariente del marqués de Rivière (1), recuerda haber oído decir que cuando

fué embarcada la Venus era menos completa que en el momento de descubrirla. M. de Clarac, en su noticia de 1821, escribió: «Los hombres están echados a perder; las huellas de las maromas con que se ató la estatua y que ensuciaron el mármol, indicaban que fué arrastrada a lo largo de la ribera para conducirla al buque griego. Pero el mayor daño consiste en la pérdida de una parte de los brazos, pérdida que pondrá largo tiempo y quizá siempre en el potro a los anticuarios.»

A nuestro parecer, para contemplar la Venus de Milo desde su punto de vista más admirable no se debe seguir la galería al cabo de la cual se advierte; es preferible ir por la sala del Tíber, pasar por delante del Marsias y la Palas de Velletri, hasta la Melpómene; se levanta una cortina roja y se os aparece la incomparable estatua. Su altivez enteramente viril os confirma en la idea de que, en efecto, aquella es una Venus triunfante, desdeñosa de sus rivales; no la Venus que recibió el premio de belleza del pastor Paris, porque la leyenda del monte Ida es relativamente moderna, sino la gloriosa patrona de Milo, teniendo en la mano la manzana, símbolo de paz y de felicidad divina, y cuya forma recuerda el nombre y la configuración de la isla. El verdadero punto de vista es contra esa cortina. El cuerpo se vuelve con ese movimiento celebrado por Virgilio al hablar de la madre de Eneas; la cara está de frente por completo, intencionalmente pequeña; y el talle, que parece en extremo robusto cuando se está mal situado para verlo, se manifiesta allí con una dignidad y una gracia inexplicables. Su rostro no respira orgullo; hace un leve mohín imperceptiblemente arrogante, como un signo de superioridad y de raza apenas indicado, con ese sentimiento de justa medida y de discreción que constituye todo el arte de los griegos. Ante esa inimitable obra maestra se olvidan todas las mutilaciones que ha sufrido.

«Dejad obrar el encanto», dice Paul de Saint-Victor. «Fatigados por las dudas y angustias del pensamiento moderno, descansad al pie del mármol augusto, como a la sombra de una encina antigua. Muy pronto entrará en vuestra alma una paz profunda... La estatua os envolverá con sus lineamientos solemnes, os sentiréis como enlazados por sus brazos ausentes.

la señorita de Rochefort-Luçay, hermana mayor del padre del director del *Intransigente*, estuvo por primera vez casado con la señorita de Rivière, hermana del embajador en Constantinopla, que donó al Museo del Louvre la Venus comprada por Luis Brest.

(1) M. de Saint-Maur, antes de casarse con

Os elevará sin notarlo a la contemplación de la belleza pura. Su serena vitalidad pasará a vuestro sér. Haránse la luz y el orden en vuestro espíritu, oscurecid por vanos ensueños asediado por fantasmas gigantescos. Vuestras ideas tomarán el sencillo giro de los pensamientos antiguos. Os parecerá renacer en la aurora del mundo, cuando el hombre adolescente hollaba con leve pie la tierra primaveral y el sueño ruidoso de los dioses resonaba bajo las bóvedas del Olimpo, cual un trueno jugueteón en un cielo sereno.»

Pero, una vez disfrutados esos goces artísticos, nos apartamos de allí con tristeza al ver en el pedestal los únicos nombres de Marcellus y de Rivière y no los de Yorgos Bottonis y Luis Brest, ausentes por injusto, pero no irreparable olvido.

JUAN FUGAIRON

HUMORISMO MÉDICO

COMO SE HACE UN DIAGNOSTICO

Llamaron a la puerta.

Onofre, a quien sus recursos pecuniarios no permitían disponer de una sirvienta, fué por sí mismo a abrir.

Era el médico, que acudía a visitar a la señora de Onofre, la cual tenía, a la sazón, una fiebre leonina.

Hacía cuarenta y ocho horas que se encontraba en el lecho y a cada momento empeoraba en su dolencia.

El médico dirigió las preguntas de ritual, mandó dar más luz, colocó su sombrero negro sobre una silla, desde donde se cayó al suelo, cogiólo nuevamente, lo puso en mejor situación, rectificó el lazo de su corbata negra, inclinó la cabeza sobre la enferma y la examinó atentamente.

—¡Saque usted la lengua!—ordenó con imperio.

La señora de Onofre exhibió una lengua de regular tamaño, como un chico mal educado.

—¿Me hace usted el favor de sentarse?

Con grandes dificultades la enferma obedeció e incorporóse para ser reconocida.

El médico colocó un paño sobre las espaldas y aplicó uno de los oídos sobre el paño. Luego realizó la misma operación para observar el pecho, mandándola que contase desde cuarenta hasta cuarenta y nueve.

—Cuarenta y uno..., cuarenta y dos..., cuarenta y tres..., cuarenta y cuatro...

—¡Tosa usted!

La señora de Onofre tosió.

El médico inclinó la cabeza.

—Veamos el vientre—dijo.

La enferma prestó su vientre al examen de la facultad de medicina y la facultad le palpó, le oprimió y paseó sus dedos como por un teclado.

Luego dió golpecitos con el dedo índice derecho, sobre el índice y el corazón izquierdos.

—¿Qué temperatura ha tenido?—preguntó el facultativo.

—Cuarenta—contestó Onofre.

—¿Ha echado la enferma sangre por la nariz?

Onofre se inclinó hacia su mujer y le dijo:

—Melania: ¿has echado sangre por la nariz?

Melania hizo señas negativas.

Onofre se volvió al médico y le manifestó:

—Dice que no, señor doctor.

—¡Es extraño!—repuso el médico moviendo la cabeza con disgusto.

Después se sentó en una silla, trazó unos signos cabalísticos en un trozo de papel, y se marchó rezongando:

—Volveré mañana; hoy no puedo diagnosticar.

En efecto, el facultativo se presentó al día siguiente y se entregó a los mismos ejercicios que el anterior, hizo contar a la enferma de cuarenta a cuarenta y nueve, la obligó a toser, y por último preguntó:

—¿Ha echado sangre por la nariz?

—Melania, el señor doctor pregunta si has echado sangre por la nariz.

La enferma contestó negativamente.

—¡Es raro!—exclamó el hombre de ciencia.—Todavía no es posible saber a qué carta quedarse. Volveré mañana.

Cuando se ausentó el facultativo, Onofre se quedó pensando en que cada visita del médico le costaba 20 francos, y que si Melania se obstinaba en no echar sangre por la nariz, aquello le iba a costar un ojo de la cara.

En su consecuencia, decidió poner orden en los negocios, y mientras la enferma se encontraba somnolienta, Onofre se acercó y le dió un puñetazo en pleno rostro, capaz de hacer migajas a un queso de Holanda.

Y Melania sangró por la nariz.

Cuando por tercera vez se presentó el doctor, Onofre ni siquiera le dejó sentarse.

—¡Ha sangrado por la nariz!—gritó el esposo.

Una vaga y fugitiva sonrisa iluminó el rostro del médico.

—Ya supuse—indicó—que eso tenía que suceder. Estoy ahora convencido de que padece una pequeña fiebre tifoidea.

NORÉ BRUNEL



Revislones

Los nuevos guías: El Maestro

I

Maestro se llama el que está al frente de una escuela dedicado a la función de enseñar. Para mejor comprensión diremos que la escuela es un mecanismo. Iremos, pues, examinando ese interesante mecanismo y así, mejor que de otro modo, el profano podrá ir descubriendo las condiciones óptimas del mecánico.

Una buena organización de la enseñanza nacional no es dable sin una orientación pedagógica que se funde en la misma razón biológica de existencia. Vista así la escuela, advertimos en ella lo siguiente:

- a) Una estructura científica,
- b) con función objetiva,
- c) regida por principios orgánicos.

Por tanto, hoy la escuela rechaza lógicamente la ingerencia profana de la lírica o del capricho. Por no haberlo entendido así, nuestras actuales escuelas están colocadas, en su mayoría, fuera de su orbe natural, en el extrarradio científico. Son a modo de «suburbios» de la cultura. Y mientras las escuelas no sean verdaderas «urbes» (ciudades-jardines) culturales, núcleos vigorosos de vida civilizada, ejemplares «standard», no cabe esperar nada fecundo de su anatomía rudimentaria y de su actividad mortecina...

NUESTRO CRITERIO DOCENTE

Tenemos el firme convencimiento de que «la Ciencia es siempre lo mejor del conocimiento»; porque «la Ciencia es el resultado de los trabajos más delicados de la inteligencia» y creemos que «allí donde una dirección científica es posible, toda otra forma de dirección espiritual debe ser rechazada». Al maestro, al educador práctico, no se le puede exigir más que vaya al día con los progresos científicos de su especialidad, y, de este modo, si la técnica escolar no llega al desiderátum de los anhelos sociales, él, al menos, se verá libre de los reproches que hasta ahora se le venían haciendo

con fundada razón. En lo sucesivo, el maestro capacitado podrá decir dignamente: «Si yo no alcanzo más, no es mía la culpa.» En efecto, lo podrá ser de la administración pública si no le facilita los medios adecuados y lo es de la ciencia que no nos ha dicho todavía la última palabra sobre la naturaleza del niño, sin cuyo conocimiento no se puede llegar a la meta, y nadie debe, insensatamente, aventurarse a marchar solo por la senda peligrosa de la fantasmagoría y del ensueño.

Y conforme a este criterio—que sigue las más recientes y mejor compulsadas investigaciones—vamos a exponer nuestra orientación pedagógica. Este trabajo tendrá que ser forzosamente esquemático.

EL TRIPODE DE LA ORGANIZACION DOCENTE

La organización de la enseñanza constituye una arquitectura que—para tener sólida base de sustentación—debe descansar sobre los tres pedestales que se apuntan:

Primero. El pedestal humano (aspecto formal de la organización).

Segundo. El pedestal enciclopédico (aspecto material de la misma).

Tercero. El pedestal pedagógico (aspecto técnico de ídem).

Pasemos somera revista al trípode de la organización de la enseñanza:

Primera cuestión. — El aspecto FORMAL mira al niño—al educando—y a su potencial biológico. Ello exige del maestro los *conocimientos psicológicos indispensables sobre la evolución mental del niño en cada edad frente a las materias de estudio*. El maestro debe ser —lirismos aparte—un naturalista entregado al estudio de las leyes que rigen el desenvolvimiento natural de un ser vivo: el NIÑO. El maestro debe ser *paidólogo*, esto es, biólogo del niño, en la medida que le sea dable. En suma:

el maestro viene obligado, en primer término, a adaptar la enseñanza a la naturaleza psicológica del niño.

Pero esto no basta. La Psicología—en sus investigaciones mejor granadas y más en sazón hasta el día—nos enseña que:

El niño es un ser vivo (BIOLOGIA).

Dotado de mente perfectible (PSICOLOGIA).

Destinado a vivir en sociedad (SOCIOLOGIA).

Y, por tanto, la función REAL de la escuela es la de ser un «laboratorio de la vida», esto es, vivero de hombres sanos, conscientes y sociables. Y, como corolario, he aquí desarticulados los problemas que se plantean en este aspecto formal de la organización de la enseñanza:

Primero. BIOLÓGICO: preservación de la salud (*higiene y cultura física*).

Segundo. PSICOLÓGICO: actividad mental (*instrucción y educación*).

Tercero. SOCIOLOGICO: vida en común (*disciplina y solidaridad*).

Segunda cuestión.—El aspecto MATERIAL mira a las materias de enseñanza: es el sustento escolar, obra de abastecimiento previsor. En este aspecto el maestro debe poseer el sentido trófico, mejor, «psicotrófico» más agudo. Debe llegar al dominio de las materias de estudio y debe saber «cronometrar» las dificultades (apetido de valoración). Entra aquí el problema de la preparación del Magisterio en su base documental y enciclopédica. Se decía antaño que «no es mejor maestro el que más sabe, sino el que mejor enseña», como fórmula comprensiva del criterio en boga. Al correr de los años se ha modificado el aforismo en esta forma: «el mejor maestro es el que más sabe y mejor enseña», que circula ahora con el prestigio de la vigencia o actualidad pedagógica. ¿Variará nuevamente?

El hecho es que hoy no se puede ser maestro sin ser hombre culto en el sentido más amplio de la expresión. Y esto suscita la cuestión psicotécnica de la selección del Magisterio, de suyo delicada y de responsabilidad evidente, la cuestión de la preparación de las elecciones, los cursos de perfeccionamiento, los viajes de estudio y otras, incluidas todas en lo que se conoce en didáctica experimental con los nombres expresivos de «Psicología» y «Economía» del trabajo mental.

Tercera cuestión.—El aspecto TÉCNICO mira al sentido pedagógico. Es la función medial que relaciona entre sí los aspectos *formal* y *material* de la enseñanza: es la pedagogía estricta, la especialidad profesional del maestro, quien no sólo debe ser un científico, sino un

técnico (puericultor y pedagogo). Si nos quisiéramos valer de un símil, diríamos que el maestro es el botánico de la «flor» humana y el jardinero o floricultor de la misma. La escuela es un jardín. El maestro tiene el deber de conocer a conciencia la técnica del trabajo escolar y contribuir en cuanto pueda al esclarecimiento de «una porción de problemas o cuestiones suscitadas en diferentes épocas y pendientes todavía de resolución». Se precisa elaborar una técnica escolar rigurosa, base científica con la cual pueda lograr el Magisterio la llegada al punto-meta en la forma más bella y eficaz. ¿Cuál es esa meta? Hoy se formula en estos términos: preparación recta del niño para la vida, mediante el estímulo y dirección sabia del desenvolvimiento natural de todas las energías que la infancia trae consigo al mundo.

Esto equivale a sostener que «el fin de la enseñanza no es de ningún modo enseñar recetas técnicas al niño, ni mucho menos hacerle recitar manuales. Poco importa lo que se le enseñe, si se le ejercita su espíritu de observación y de reflexión, su iniciativa y su juicio: éstos hacen los educadores americanos, trátase de enseñar artes, literatura, física u otra materia cualquiera: sus preocupaciones son siempre las mismas; tienden a la formación intelectual y por eso su enseñanza es siempre experimental y la recitación de los manuales permanece rigurosamente proscripta. Nuestra Universidad está dominada por demasiados prejuicios para poder cambiar: su educación puramente mnemónica continuará, pues, pesando sobre los espíritus y deformándolos. Esto dice Gustavo Le Bon, de la enseñanza francesa. ¿Qué no podríamos decir nosotros de lo que en España ocurre desde la escuela primaria hasta los altos estudios universitarios?»

Y algo más—muy importante—debe agregarse todavía. Son estas palabras, expresivas en sumo grado, del doctor Nathan: «La pedagogía antigua sólo consideraba la edad escolar; la actual sigue al niño en la vida. Su criterio ya no está en el presente, sino en el porvenir. Los conocimientos adquiridos en la escuela importan relativamente poco, y se considera que la enseñanza escolar no tiene valor si no ha acostumbrado al niño a pensar, juzgar, a regirse en la vida. La obra escolar no es más que un prólogo; no es fecunda sino en cuanto deja al muchacho y al adulto el deseo de perfeccionar todos los días la cultura de sus primeros años.»

De ahí los problemas cardinales que este aspecto técnico de la organización plantea al Magisterio, entre ellos: la graduación, la concentración, la rotación, el horario, los informes, los

registros, el archivo escolar, las instituciones circulares y post-escolares, las festividades, los paseos y excursiones, el campo de deportes, las clases complementarias y de adultos, las asociaciones de alumnos y el personal docente y subalterno.

II

LA LEY DE LA VIDA

Si organización es estructura, régimen equivale a función. El régimen docente es de capital importancia en la obra escolar. La escuela —como toda institución social— tiene como fines propios su *conservación* (gobierno y administración) y su *perfeccionamiento* que se va operando por la superación de las funciones.

EL BUEN GOBIERNO DE LA ESCUELA

En este punto estamos compenetrados del espíritu que preside el trabajo del Grupo escolar Cervantes, de Madrid, expresado en estas palabras: «Toda la labor escolar se orientará en el sentido de los métodos de la escuela activa, o sea valiéndose de las energías creadoras del niño: intuición, espontaneidad, interés. Trabaja el maestro y dispondrá la sala donde trabaje de tal manera que cada niño y todos los niños, sin estorbarse, espontánea y libremente, por la impresión del ambiente escolar, hagan, en la medida de sus medios, lo que deben hacer, y vivan, haciéndolo, su vida de niños y sientan el goce de la vida activa, pura, sencilla y bella y adquieran hábitos de laboriosidad y subordinación a las exigencias de cada momento y de amor a un ideal inagotable de perfección...»

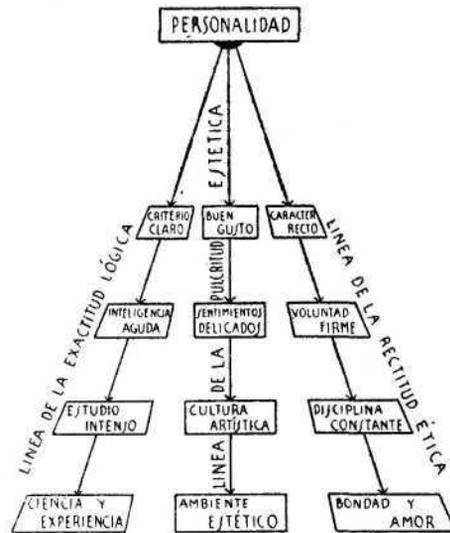
Si queremos ejemplos de fuera, ninguno mejor que el «fair-play» inglés, para expresar nuestro ideal de régimen escolar. Madariaga —en «Caracteres paralelos»— explica bien lo que el «fair-play» significa: «Fair-play», dice, es un término de «sport». Nótese ya este primer punto: «sport», acción pura. «Fair-play» designa la adaptación perfecta del jugador al juego considerado en su conjunto. Rige las relaciones del jugador con sus compañeros de equipo y también con sus adversarios, sin las cuales no sería completo el juego. Aquí se ve aflorar la sabiduría. Porque el acuerdo entre compañeros no pasa de ser razón. Sabiduría. Vista de conjunto. Intuición del todo como un solo juego y de la oposición como una colaboración. El «fair-play» exige cierta abnegación del individuo ante el equipo, y aun del equipo ante el

juego. Pero esta abnegación no es anulación. Lejos de ello. Lleva al individuo a su rendimiento máximo en un conjunto perfectamente organizado. Esta apreciación instintiva e instantánea del equilibrio entre el individuo y la colectividad es la característica del «fair-play». El «fair-play» no puede reducirse a fórmulas, y se eleva por encima de todas las reglas, espíritu vivo. Inasible, es exacto. Elástico, es exigente. Y se adapta a los contornos móviles de la vida como el guante a la mano. Como todo espíritu viviente, no se manifiesta más que en acciones concretas. Es inseparable de la acción, indefinible sin el acto. Es un modo de obrar. En una palabra: «fair-play» «es acción».

EL PRESTIGIO DE LA AUTORIDAD Y LA AUTORIDAD DEL PRESTIGIO

El gobierno de la escuela requiere un tino especial para lograr que triunfe el sentido de «solidaridad» y que reine una armónica «cooperación» en toda la vida escolar. Ello exige que la persona encargada de la dirección de la escuela esté en posesión de los «poderes del maestro», que se especifican en este diagrama:

LOS PODERES DEL ESPIRITU



Este gráfico, compuesto por el autor, es un verdadero «breviscrito», en el que sintetiza claramente, con breves trazos, un discurso largo.

Sobre esos poderes espirituales —no sobre otros— es dable sostener el «prestigio de la autoridad», que sólo tendrá valor sustantivo cuando

do se edifique sobre la «autoridad del prestigio». Y en esto hay que mirar a Inglaterra, la maestra indiscutible. De ella debemos aprender el «don de gobierno». Ella nos demuestra, con su ejemplaridad, este principio soberano: «Son los gobiernos y no los pueblos los responsables de los aciertos y de los desaciertos de las naciones.» (Guillermo Krupp, en «Historia de Inglaterra», pág. 125.)

Símil aplicable a la escuela: El espíritu del buen maestro es comparable a un bello jardín donde se cultiva el honor como una planta exquisita, portadora de las perfumadas flores del mérito, de donde brotarán perennalmente los sazonados frutos del prestigio, nutridores de toda autoridad legítimamente constituida.

EL «PRINCIPIO» Y EL «FIN» DE AUTORIDAD

No es lo mismo «principio» de autoridad que «fin» de autoridad. El primero se formula con esta palabra: ORDEN, y el segundo se expresa con esta otra: JUSTICIA.

El ORDEN referido a las cosas se entiende que existe cuando hay «un sitio para cada cosa y cada cosa está en su sitio». Aplicado a las personas se reconocerá que reina cuando *cada cual está en su puesto cumpliendo con su deber*. Así visto el orden es amable: la belleza tiene en él un centro firme de equilibrio. Por estética, se nos impone el orden.

Pero el orden no se improvisa. Es un brote espiritual que requiere un cultivo pedagógico. Y es una desdicha que hoy esté casi atrofiado en la gran masa social. Por eso rige a las masas un orden ficticio, externo, impuesto por la coacción. La masa, medrosa, lo acata; pero a regañadientes. Y al decir esto englobamos aquí a la colectividad universal, ayuna de espiritualidad y de autodomínio. Esa masa sufre de su propia deficiencia mental, de su atofia de valores éticos. Y es deber de todo Estado civilizado reparar esa tremenda injusticia social: hay que capacitar a la masa para que vibre con el «principio» de autoridad por evolución mental, por natural desarrollo anímico. Con ello la masa ganaría en elevación humana y la Autoridad se vería ostensiblemente aliviada de una carga abrumadora. Muy claramente dice J. Ortega y Gasset: «Orden no es una presión que desde fuera se ejerce sobre la sociedad, sino un equilibrio que se suscita en su interior.»

La JUSTICIA es el fin de Autoridad. Y justicia es «dar a cada cual lo suyo». Norma sublime, que es paño de lágrimas y camino de perfección. Por eso es lícito pedir a la Autori-

dad —en nombre de su propio «fin»— la capacitación cívica de la masa social. Que ésta tiene derecho a ello lo sabemos todos porque nos lo proclama la «ley de la perfectibilidad», inherente a la especie humana. Constituye un vilipendio ese estado social en que la masa vive sometida a la coacción, al influjo externo de la Autoridad, cuando por el cultivo pedagógico del *sentido jurídico* pudiera redimirse de los estados de violencia y actuar libremente («*la libertad es la justicia*», ha dicho genialmente Lacordaire) en la convivencia armónica de la consciente ciudadanía.

Amemos todos el ORDEN y cultivémoslo desde la infancia, preparando una juventud sintonizada con el espíritu de justicia social. Amemos todos el ORDEN endógeno, en contraposición al automatismo gregario. Amemos todos el ORDEN que genera el ritmo normal en los planos supremos de la conciencia y que se ejerce serenamente como un imperativo categórico.

COMBUSTIBLE Y LUBRIFICANTES

En el funcionamiento normal del organismo escolar, además del buen gobierno, se precisa una *buen administración*: ésta puede ser «lata» o «estricta»; la «lata» es incumbencia del Estado, ajena por tanto al maestro. Nos referimos a los medios materiales, la dotación de la Escuela es el «combustible». La «estricta» corresponde al cuerpo docente, y en particular al rector o director de la escuela: es el cuidado de todos los servicios, el sistema disciplinario, los «lubrificantes» del mecanismo pedagógico.

Así como el «programa» es la medida del estudio, el «reglamento» es la medida de la conducta. Reglamento es previsión: medida previsora de gobierno. En él, de un modo claro y conciso, debe estar indicado todo el movimiento del engranaje escolar. A él deben someterse todos y cada uno de los miembros afectos a la institución docente, con la convicción jocunda del bien obrar, como dice el inspector señor Artiga, porque, agrega, «reglamentada la vida de la escuela, con una marcha regulada por el amor, al amparo de una autoridad efectiva y triunfante el orden, será el trabajo como una ley de todos: ley salvadora, motivo eterno de salud. El trabajo que «mancipa, eleva y fortalece, es alegría, es virtud y es necesidad».

LA LIBERTAD DE CONCIENCIA

Es el faro de mayores destellos en la obra docente. El se levanta señero en la cima del horizonte escolar. Su formulación exacta, precisa, intacta, en España, se debe al maestro Cossío —maestro armónico de energía y delicada-

deza— en el voto particular que mantuvo en el Consejo de Instrucción Pública. Dice así: «No habrá enseñanza confesional de ninguna doctrina religiosa, por ser este asunto exclusivo de las familias y de las respectivas Iglesias. Declararla obligatoria sería atentar a la libertad de conciencia. Hacerla voluntaria contribuiría impiamente a anticipar divisiones malsanas en el pacífico reino de la infancia. De la naturaleza y sentido de la religión se tratará en la enseñanza de la Filosofía. Y en la de Historia se hablará de la correspondiente a cada una de las religiones superiores, y muy especialmente de la cristiana. En cuanto a la educación general religiosa, sin carácter confesional, no es objeto de enseñanza. Procede del espíritu religioso de los maestros, sean cualesquiera sus creencias. Y sólo ese espíritu, infundido en las palabras y en las obras de cada día, es lo único capaz de fecundar religiosamente la vida entera de la escuela.»

SINETICA FUSION DE VALORES ETICOS

Creemos que la vida plenaria de la escuela —genérica y eclécticamente hablando— se lograría con la siguiente «enmienda agronómica», expresión de tres altas normas de conducta:

1.^a *La organización de la enseñanza orientada* (no calcada) en la *claridad francesa*, en el «cogito» cartesiano —razón racionante y «droit» inapelable—, que no es otra cosa que la maravilla del análisis obtenida por la suprema finura del pensamiento.

2.^a *El régimen de enseñanza orientado en el carácter inglés*, en «fair-play» deportivo, en el triunfo de la voluntad dirigida al Bien Sumo.

3.^a Y ambos principios en *unión hipostática* —permítasenos la expresión, en gracia al ideal— con el *alma española*, que es el «Honor», el corazón, sentimiento nobilísimo, emoción, anhelo, llamarada de pasión, que debe mantener al rojo el fuego divino en el hogar de la escuela, que es ara de la Patria y forja de la Humanidad...

¿Será posible esta integración y plenitud para el espíritu de la escuela?

LA RUTA IDEAL

La escuela es una y tres sus grados: primario (niños), secundario (adolescentes) y universitario (jóvenes). El espíritu es el mismo para todos los grados: suscitar la personalidad del alumno por medio de la técnica pedagógica. El maestro no «conduce» al discípulo. Se condu-

cen solamente vehículos o «delinquentes» a la comisaría. El maestro dirige y estimula la acción personal de cada discípulo, que debe tener su ficha biométrica al día. Así no se daría la monstruosidad de la desorientación profesional reinante. Pero esto no basta.

Lo grave está en que no son el padre Estado ni el padre de familia los encargados de imponer las normas escolares, sino la ciencia pedagógica puesta al día. Una pedagogía viva que excluye de plano todo régimen policíaco o clerical. Una autonomía plena que se base únicamente en acuerdos internacionales de enseñanza promulgados en congresos científicos de periódica celebración. La organización, en suma, de la Universidad como «orden de vida» cosmopolita, con justa equivalencia de títulos. Y sin la menor ingerencia de los gobiernos nacionales ni de las iglesias militantes. Que la Universidad sea lo que su nombre significa para la cultura universal: *uni-versus*.

LUIS HUERTA

EL HEROE DEL MÚSCULO

La derrota de un boxeador español, que a tantos patriotas ha trastornado, a nosotros no nos ha dado ni frío ni calor.

De un ejercicio sano y^a de una cultura física moderada, no pasamos.

Nada nos dicen estos héroes del músculo.

Nos puede interesar un héroe de la bondad, de la sensibilidad, de la inteligencia. Nunca, un hierofante de la fuerza bruta.

Un boxeador es un ser inferior, un primario, un animal.

Un *voyou*, un *gaillard* de éstos, haciendo de mozo de cuerda en la estación, descargando buques en los puertos o carros en los mercados, es allí donde está bien.

Cobrando millones y exhibiéndose en escenarios, y encarnando las aspiraciones de un pueblo, siendo su ídolo, constituye una afrenia para este pueblo, ofende y escarnece la virtud e insulta la conciencia humana.

Halagados por la fortuna loca, aureolados por la gloria y la popularidad, considerados como superhombres y superejemplares nacionales, nos indignan, nos dan asco.

A nosotros, un boxeador no nos representaba en los Estados Unidos. En ninguna parte puede representarnos un boxeador.

¿Le han pegado una paliza de órdago y le han dejado molido? Para eso le pagan. ¡Viva la inteligencia!

ANGEL SAMBLANCAT

¡Hagamos literatura!

Para que los padres se interesen por los problemas educativos

El momento actual se orienta hacia la Pedagogía. En todos los sectores amantes de perfumar con esencias de cultura el país, reconócese y declara la necesidad de volver los ojos a la Educación. Estaba, la pobre, muy acorralada por el caciquismo y la reacción, que la miraban como atroz enemiga.

De la escuela ha de partir el primero —y esencial— impulso de reivindicación ciudadana. La escuela es la célula multiplicadora de toda formación individual, y por ende colectiva. Toda política que dé de lado a la escuela, se basa en principios monstruosos, enemigos de la libertad.

Se ha perdido la ocasión renovadora si no se pone un esfuerzo grande o se presta un apoyo altruísta para que siga echando chispas ese yunque formidable en que ha de forjarse la inteligencia y el corazón del hombre futuro.

Todo el mundo está acorde en tal cuidado, porque nadie ha dejado impasible la experiencia de Rusia. Se nota el ansia de lecturas pedagógicas. Se habla, se preocupan; pero al lado de esa noble curiosidad está también el desencanto de todos: no encuentran libros con que apagar esa sed de información. Aun si los encuentran, no pueden leerlos. A pesar de un esfuerzo sobrehumano, se les caen. Tan amazacotados y de estilo poco cuidado son, que que no conquistan al lector más allá de las cuatro páginas primeras.

Compréndese que el libro de texto sea soso y pesado. Hasta eso llega, cuando no la ignorancia, la mala fe y la avaricia del autor. Pero puede atenuarlo —si tamaña inmoralidad admite atenuantes—el que si el alumno no lo entiende, facilita su labor la explicación del catedrático. Mas el lector de tipo medio necesita la sugestión de una primera lectura. No repite el libro porque tiene en la mesa otro ávido de ser leído.

Abandonando nuestra mirada por las páginas de la historia de la educación, alcanzaremos a ver que los grandes pedagogos fueron transparentes en la exposición de ideas. Jamás saltaron del campo pedagógico para cazar sus metáforas. No en vano se juega con la «psique» infantil. Y si ya «psique» es mariposa de suyo, siendo infantil es de una sutilidad maravillosa.

Tratar de cosa tan delicada como es un niño requiere estilo juguetero como el niño mismo.

Escribir en seco de indagaciones escolares es tan grotesco y criminal como llevar a la mesa de operaciones quirúrgicas el literario problema de Don Juan. Tenemos demasiado segura la respuesta para preguntar a nadie si lee con más fruición una página de Tirso o de Molière que muchas de Lafora o Marañón.

El estar del niño en todas partes a un tiempo, esa ubicuidad del dios «Chiquillo», exige del escritor de Pedagogía una mirada múltiple, rapidez camaleónica de ojos. Dar la sensación de irisaciones prismáticas, de paisaje desde avión, lleva aparejado un estilo retozón, de chispa eléctrica: azoriniano. ¡Que salten a la comba los párrafos pedagógicos con la misma frenética alegría que saltan niños y niñas en los paseos los días de vacación! Esos días que es cuando más niños nos parecen.

Para que el padre del escolar lea las cosas relacionadas con el porvenir de su hijo; para que ponga su armónica en el mismo tono que la del maestro, éste ha de servirle las doctrinas rebozaditas de miel. Con prosa de plomo y peroratas inacabables lo encontrará siempre huido y al margen de toda oportuna colaboración.

La pedagogía didáctica, exclusivamente de laboratorio, ha de ser concreta y esquemática como reglamento o nomenclatura que el maestro ha de arquitecturar en la clase. Pero la otra, aquella que no es de procedimiento, sino intuitiva, debe exponerse literariamente. A ser posible, repletándola de forma, como lo hizo Rousseau, uno de los más grandes estilistas de Francia. O genuinamente poética, como la entendió Pestalozzi, el máximo poeta de la enseñanza.

Como el niño es un manajo de estrofas, y todos sus gritos seráfica melodía a los oídos del padre, se han de ejecutar esos arpegios para que tal padre nos escuche como al hijo. Es decir, hay que escribir con estilo. El ensayista frío y oscuro, y por tanto sordo a tanta alegría como irradia la infancia, no dará la sensación de que es maestro.

El éxito de la cruzada que capitanea el nuevo caballero andante que es Luis Bello, tiene su raigambre en que de esos problemas áridos

y monótonos él hace arte. Sin estilo, sin aprender los inesperados surtidores de imágenes puras que brotan del paisaje, otro que no fuera un literato se hubiera repetido a la segunda «visita».

De continuar cosiendo a hilván largo, seguirán cubriéndose del polvo de la indiferencia los tratados educativos. Para que corran de mano en mano, como los demás, se ha de pespuntear ligero, creando una literatura pedagógica.

En realidad el padre es un menor cuando nos confía a sus hijos. Por lo mismo que es menor, tenemos que amoldarnos a su sentir. Matar en nosotros el impulso pedante de la rebeldía doctoral. Que no es del maestro problema de artista independiente, sino de relación. El artista se tiene a sí solo en cuenta; el maestro ha de tener a los demás.

Conquistando al padre laboramos por el hijo y facilitamos nuestro trabajo. El papel del maestro es el de la gracia. Aquella gracia que el inmenso Platón cantaba como seductora de las ciencias e incentivo de la virtud; la misma gracia que el cristiano representa como copo de nieve o paloma blanca. Sin esta gracia será nula

la obra del maestro y estará incompleta la trinidad pedagógica.

Pasar el libro de pedagogía a todos los hogares obliga a sacrificar mucho el fondo en aras de la forma, cuando no sea posible la lógica sincronización como en el artista puro. Haciendo demasiadas concesiones a los padres, que en fin de cuentas a los ojos del sabio no son más que muchachos. Oigamos al romántico francés: «Ya no basta que los sabios se contenten con decir: «Dejad que los niños vengan a nosotros.» En este tiempo es preciso que los sabios vayan en busca de los niños.»

Disimulando nuestra sabiduría un poquitín, no nos haremos insoportables. Poniendo muy en la lejanía nuestra verdadera preocupación, se destacará casi en el proscenio el problema de los padres. Y distinguirán el gesto más leve hasta los espectadores del «paraíso». Sólo así meditarán las cosas y ayudarán a nuestra obra.

De lo contrario nos dirán como a Ortega y Gasset en su «Varita de virtudes»: «Lo que me interesa es que las cosas sean bonitas... Señor mayor, hablemos en serio; cuénteme usted un cuento.»

ISIDORO ENRIQUEZ CALLEJA

Experiencias pedagógicas

En todos mis escritos martilleo hasta el completo remache que el mejor medio de educar a la infancia es: que el educador sea un poco niño. Quien marcha hacia una meta es el educando y justo es que corra delante. El educador ha de seguirle de cerca para darle alientos—jaleándole—y levantarlo en sus inevitables caídas.

La obra educativa no tiene más protagonista que el niño, y el maestro o es un buen apuntador o queda entre bastidores para marcar entradas y salidas a los actores. Y sin perderlos de vista. No le estaría de más alguna que otra asomada a escena, aunque sólo represente uno de aquellos embolados que varían oportunamente el cuadro, salvan situaciones difíciles, evitan la fatiga del pequeño actor o, simplemente cambian de rumbo los hechos.

Comprendo la ineficacia de lanzar ideas al aire como quien despide bocanadas de humo, y olvidarlas una vez perdidas a nuestra vista. Hay que ponerlas en práctica. Hay que

pensar que la mayoría de los tratadistas de pedagogía desconocen la escuela. No saben del niño más que su producirse individual, su aleteo inconsciente. Cuando obra en relación con sus amigos y pone a hervir sus iniciativas; cuando juega y trabaja su alma consciente haciéndose del coro, pero imponiendo su voz, no lo ven los serios señores del psicoanálisis.

Yo, sí; yo quiero que luego de mis observaciones florezcan leyes. Y a la vez que trabajo con el ardor que requiere mi cometido santo, pongo el heliógrafo de mi alma y sin exigirlos—porque los abortaría remediamente—anoto los reflejos de mis discípulos. Ya obtenidos, espero que el último niño con su gracia deportiva—que pierde al llegar a casa—se cuelgue la cartera y me diga «Adiós», sin siquiera mirarme, para coger la pluma y comenzar a regar la cuartilla que ha de darme el pensamiento del día siguiente.

De estos resultados, que por su fidelidad

brotan grandes contradicciones—tantas como picos la rosa de los vientos, que es la cabeza del escolar—, deseo poner al corriente a los inquietos lectores de ESTUDIOS.

Soy de lo más risueño y sencillo que puedo en mi clase. ¡Qué digo! en clase, y fuera de clase, porque no puedo traicionar mi verdadero carácter, ni negar la vocación, que no es otra cosa, a mis luces, que encontrar el traje ajustado. Fingir no se puede porque el chico, con su intuición de alfiler, descubriría la farsa. No; no se puede simular. Hay que llevar las cualidades en la sangre o renunciar a ser maestros. Contraer de farsete los risorios para producir sonrisas forzadas, tiene como resultante inmediata la carcajada más burlona en los niños. Fijaos con qué frecuencia dice el alumno: «El maestro ha hecho una sonrisa» en vez de «El maestro ha sonreído».

Hay veces que el «gran simpático» pugna por perder simpatía a raíz de cualquier sistole colérico, por el guirigay de los niños, pero se apaciguan los señores nervios míos cuando veo que exteriorizar el enfado es ponerse al nivel de esos que ni doctrinal ni oficialmente deben llamarse pedagogos.

De mi democracia—o sencillez—de ese anularme como profesor para convertirme en niño y que se destaque el imperio de los alumnos, resultan algunos que nada se inquietan porque yo les sorprenda en una distracción—«perder el tiempo» lo llamaría un intruso de los que entran en la escuela por escalón—, dando rienda suelta a cualquiera de sus actividades. Un bledo les da que los vea o no los vea. Continúan disparándose bolitas de papel, haciendo aeroplanos para lanzarlos por el balcón, escribiéndose en las manos, cual si quisieran tatuárselas o haciendo trizas las márgenes del cartapacio para poner rabitos a las moscas.

Como sé que están ojo avizor para interrumpir lo que no vacilo en llamar sus verdaderas originalidades, apenas yo vuelva la espalda; pues, adrede, no hago ningún movimiento y el único que pierde es el que hace de policía, que se queda sin jugar.

En esos momentos sublimes en que imponen su libertad, uno de los que acechan ve llegar a otro profesor más enérgico y con más autoridad... material que yo, y da la sofocada voz de alarma. Enrola en sus miedos el vigía a los marineros, que rápidos vuelan a sus puestos. Y el timonel—yo—al timón.

El recién llegado, que es un plagio en carne de la esfinge, me concede una media sonrisa, como perdonándome algo. No necesito ser un Edipo para interpretar tan fácil enigma y com-

prendo veloz que la esfinge, tomando el rábano por las hojas, cree que yo perdía el tiempo. ¡Cuándo en estas expansiones está todo mi trabajo! Para oírme yo solo, me digo: ¿Qué le vamos a hacer? Tampoco comprenden muchos por qué el momento más difícil de Lalanda en la corrida en la salida del toro.

Esta sumisión—anulación de libertad, asesinato de alegrías, brusco corte de alas y mutilación de una posible fabricación nacional de aviones—que despertaría celos en un maestro infeliz que se creyera preferido de los niños, reafirma mi personalidad y me colma de ilusión.

El que hace el «bú» al niño jamás entra en el santuario de su amor. Yo estoy seguro de que por mi adaptación y complicidad en sus travesuras, siempre seré el dueño de sus corazones, que aun en mi ausencia llevarán incrustados mis impulsos.

Del profesor que les envuelve en temores, no queda en los niños más que un vago recuerdo y sólo en pesencia impondrá—ésta es la palabra—su autoridad equivocada o no. Por mucho que les haya «enseñado» el alumno, cuando saturado de cultura, quintaesencie sus sentimientos y facultades de reflexión, cuando ya hombre puede que exclame: Lo que sé de antaño lo podría haber aprendido ahora, porque adquirir conocimientos es fácil, se puede en un momento dado. Pero mi personalidad, mi carácter, sin la influencia de aquel profesor de cera que para mis mayores desmanes tenía siempre una oportuna sonrisa, no la habría improvisado jamás. Con sencilleces y caricias aquel profesor «me hizo». Noto en mi alma al recordarlo una dulzura inefable. Mas cuando evoco al que anulaba mi voz canosa con la iracundia de la suya sólo veo en el horizonte algo que se yergue pedantesco, como un aureolarse de pavo real.

CEI DE LARA

Muchos fluctúan miserablemente entre el temor de la muerte y los disgustos de la vida; no quieren vivir y no saben morir. Regocija tu vida desechando el temor de que has de perderla. Ningún bien aprovecha a quien lo posee si no está decidido a perderlo cuando sea necesario. Ahora bien; nada puede perderse con menos sentimiento, que aquello que no puede desearse después de perdido.

SÉNeca

La sociedad y el niño

Es difícil imaginarse ningún progreso social que no haya sido precedido de un período de duda, de inquietud, de búsqueda. En lo que se refiere al niño, este período ya comenzó para un pequeño número de personas. Para la inmensa mayoría no existe todavía un problema del niño y de la infancia. En el estado actual en que se encuentra la sociedad, se puede decir, de una forma bastante general, que la presencia del niño despierta dos sentimientos opuestos: el de la ternura o el del temor. La ternura, porque el niño es un ser débil incapaz de bastarse a sí mismo, y por consecuencia depende, como el enfermo, de la buena voluntad que hacia él tenga el adulto; el temor, porque el niño es a menudo turbulento, molesto, indiscreto, destructor. De ahí que sea natural que se observe frente al niño las dos actitudes: se le mira o se le reprende. Reacciones puramente afectivas en las cuales la reflexión no entra para nada. No se ha hecho la pregunta: ¿qué es el niño? y aún menos esta otra: ¿cuál debe ser la actitud de la sociedad frente al niño?

Para saber lo que es un niño, no es suficiente amarlo, ni remontarse a los recuerdos de su infancia, ni siquiera observarlo con atención. Es necesario reflexionar y meditar largamente, pues el conocimiento del niño no puede ser separado de un concepto filosófico y metafísico del mundo y de la vida.

No hemos de desarrollar en este trabajo más que una imagen fugitiva, pues haremos un bosquejo a vuelo de pájaro. Estudiaremos al niño concebido bajo el ángulo de su verdad biológica, al mismo tiempo que pondremos de manifiesto las deficiencias y los errores de la sociedad en relación con él. Este estudio — por ser tan vasto—será necesariamente aquí algo incompleto y árido, como lo es una tabla de materias. Mi objeto es fijar solamente en la memoria de los que me lean, algunos puntos principales y que marcan una dirección a tomar, y si me es posible, convencerlos de la urgencia que hay, de que el niño sea al fin descubierto en su realidad objetiva y tratado según las leyes de la vida.

La observación del niño, con el deseo de comprenderlo, nos obliga a preguntarnos lo que es el hombre. Creemos que todos aceptarán esta definición general: el hombre es una de las formas por medio de la cual se expresa la vida. ¿Tiene esta forma su leyes propias? Es

más que probable. ¿Cuál es la ley esencial de esta forma de vida?

El espectáculo que nos ofrece el comportamiento de los hombres es demasiado incoherente para que nos permita sacar conclusiones que tengan algún aspecto de solidez. No es por medio de la comparación con los otros grupos—que son a su vez otras tantas manifestaciones de la vida—que nosotros veremos con más claridad en este problema. La vida está en todas partes, no hay duda, pero no consideraremos más que sus fenómenos, allí donde su presencia es más directamente accesible a nuestro reducido entendimiento: el mundo vegetal y el mundo animal. En el reino de las plantas, retengamos una de sus características más prominentes: el número extremadamente grande de granos, necesarios para la conservación de la especie. De este hecho sólo podemos sacar dos conclusiones: que la planta no posee el medio de asegurar a cada grano las condiciones favorables a su desarrollo, y que por su multiplicación ella crea una lucha a muerte por la posesión del suelo. Esto es evidente a la reflexión, y ello está muy claramente demostrado.

En el mundo animal, el número de los «pequeños» va disminuyendo conforme se asciende hacia las especies superiores. En efecto, más nos elevamos en la escala animal, más probabilidades hay para asegurar la conservación de la especie; las condiciones favorables al desarrollo del «pequeño» son parcialmente aseguradas por el adulto durante el período de inferioridad frente a las amenazas exteriores, durante la infancia. La lucha de las especies no es de una concurrencia vital por la posesión del aire, de la tierra o del agua; las necesidades de una especie no son jamás idénticas a las de las otras. La ley más característica del animal en relación al animal, es la indiferencia.

Si nosotros consideramos esas leyes: ley de hostilidad o de guerra y ley de indiferencia, como dos puntos o como dos planos diferentes, y si del uno al otro tiramos una línea, nos está permitido prolongar esta línea por medio del pensamiento hasta un tercer plan, donde podríamos inscribir una ley nueva, que sería la prolongación lógica de las otras dos. Creemos —y la experiencia viene a confirmar ampliamente esta hipótesis—que esta nueva ley sería la ley de la solidaridad. Este tercer plano está

ocupado por una especie animal nueva: la especie humana.

Esta especie no existe todavía más que bajo la forma de raras individualidades diseminadas entre la multitud de bimanos de forma humana, seres desconcertantes, en los cuales la transición entre la bestia y el hombre no ha terminado aún de verificarse. Para decir la verdad, el tipo humano perfecto es actualmente imposible: ya veremos pronto por qué. Aquí el término: conservación de la especie no tiene significado alguno; ese término no convendría propiamente más que al reino animal. En el reino vegetal, el término exacto sería el de: multiplicación de la especie; y en el reino humano, en el reino de la solidaridad, es un término nuevo el que es necesario poner de manifiesto: el del perfeccionamiento de la especie.

Disponiendo de medios infinitamente muy superiores a los de la planta o del animal, el hombre auténtico estará en condiciones de dominar las contingencias y de poner su infancia al abrigo del azar y de las vicisitudes de un ciego destino. Desde ya él tiene recursos para ello, gracias a un sistema nervioso mucho más desarrollado que el del animal; recíprocamente el desarrollo de este sistema nervioso es extremadamente lento, y prolonga enormemente la duración de la infancia. Si se considera que la infancia humana dura aproximadamente un tercio de la existencia, y que ella exige la ayuda del adulto, ello quiere decir que la infancia, es decir, la preparación normal a la vida, llena y ocupa, aproximadamente, los dos tercios de esa vida. Ello nos lleva a los términos de la ley presentida hace un instante: la sola presencia del niño impone al hombre un esfuerzo solidario en el sentido del perfeccionamiento.

Ese es un solo aspecto de las cosas. Hay otros que será necesario considerar.

Toda vida es un perpetuo devenir. Toda vida contiene no en su forma actual, sino en su forma futura, la razón determinante de esas manifestaciones y acciones: el grano que cae en el surco no entra en actividad para convertirse en grano más grueso, más perfecto, sino para transformarse en hierba; la hierba crece para ofrecer al sol su espiga; la espiga llena sus pequeñas cunitas de paja de nuevos granos de trigo. Cada forma utiliza éstas u otras propiedades de la materia que la componen, teniendo en cuenta su evolución hacia una nueva forma. Ella la utiliza necesariamente; a ello le lleva la fuerza inmutable que está en ella, pero ella recibe también la influencia favorable o nefasta del medio que hará florecer o limitará su fuerza.

Apliquemos esas imágenes al niño. El recién

nacido no es un pequeñuelo, todo nuevecito como un juguete de bazar. El tiene en sí mismo maravillosas posibilidades para desarrollar, pero él trae también en sus tejidos una abundante herencia legada por sus antepasados. *Nadie puede prever lo que contiene esa herencia, lo que encierra como posibilidad la materia biológica no se puede saber de antemano, y recién se dejará ver al contacto con los acontecimientos.* Se sabe cuál es la experiencia del pichón de urraca criado en jaula y delante del cual se coloca por primera vez un recipiente conteniendo agua. Después de haber tocado con el pico la superficie del agua, el ave comienza a hacer delante de la misma —pero sin entrar en contacto con ella— todos los gestos del baño; él mueve su cabeza, agita las alas y la cola, se encrespa y concluye sacudiéndose. Este ejemplo nos muestra cómo las costumbres ancestrales, hasta las más lejanas que se han abandonado en la práctica, se convierten en tendencias innatas, pueden quedar dormidas indefinidamente y convertirse de repente en fuerzas activas, buenas o malas. Basta un solo detalle, una sola contingencia para despertarlas súbitamente, tanto en el niño como en el animal, si el estado efectivo del momento se presta a ello. Podemos ahora notar ya la importancia enorme que tiene el medio así como las responsabilidades del mismo, especialmente si notamos cómo los que actualmente tienen a su cargo responsabilidades ante el niño, lo ignoran totalmente. Si por ejemplo, en mi familia, yo me preocupo de dar a mi hijo el espectáculo de cosas bellas, armoniosas y exentas de toda pasión violenta, ¿cómo podré evitarle el contemplar el espectáculo agitado y violento de la calle; cómo podré impedirle de reaccionar ante el llamado brutal de los afiches, carátulas de libros y revistas que invocan brutalmente los formas ancestrales, sanguinarias y bajas? ¡Y cuántos niños hay que escuchan diariamente la lectura de actos de crímenes y de locura que llenan los periódicos, actos sobre los cuales una sociedad consciente de sus deberes hacia los niños debería ocultar, imponiéndose un riguroso silencio!

Y, sin embargo, el recién nacido está ahí, organismo vivo y actuando, destinado forzosamente a tomar una actitud frente al medio nuevo en el cual se encuentra. Todos los sabios e investigadores que se han preocupado especialmente del estudio de la infancia, están de acuerdo en que el carácter más saliente de esa actitud es, primero: la tendencia del niño hacia la invariación. Obedeciendo a su propia ley, el niño se resiste a una adaptación muy rápida del medio. Esta ley debe ser respetada.

Si ella no lo es, la impotencia misma del niño, para reaccionar contra la acción desfavorable del medio determina fácilmente en él, una adaptación a ese medio y como consecuencia, contraerá un hábito que le hará encontrar agradable y necesario lo que no lo era. He aquí la creación de hábitos y necesidades artificiales y que serán más duraderos y profundos, cuanto más joven haya sido el niño que los ha adquirido y mayor haya sido la resistencia inicial que se opuso a su final adquisición. Seamos cautelosos, pongamos especial cuidado en no inscribir en los delicados tejidos, nuevas costumbres que se convertirán en el adulto, en parte integrante de su carácter.

La necesidad de invariación impone al adulto el respeto de la inmovilidad necesaria al bebé; los movimientos del niño que se agita alegremente sobre su cama no autorizan la agitación — a veces ruidosa — del adulto que se encuentra a su alrededor, ni la tendencia común a mecer al bebé, la cual actúa sobre el bebé como un narcótico, le produce vértigo, lo aturde y finalmente lo duerme. Poco a poco estos movimientos exteriores se asocian al recuerdo de un sueño beneficioso, se inscriben en la memoria orgánica y se convierten en una necesidad impresa profundamente por la frecuente repetición. ¿Es acaso ilógico el encontrar allí el origen del placer que tiene tantos adultos en aturdirse, en adormecer sus preocupaciones en medio de las multitudes que se agitan incesantemente; el origen de esa necesidad de agitación, de movimiento físico alrededor de ellos, de esa sed de vértigo, y que tiene como consecuencia la incapacidad de encontrar placer alguno en la serena contemplación, en la meditación y en la soledad?

Progresivamente el niño se convierte en un ser que se adapta al medio. ¿Es posible decir en dos palabras lo que caracteriza esa adaptación? No lo creemos, pues el problema es variado y tiene diversos puntos de vista, pero creemos poder hacer aquí una salvedad importante: el descubrimiento que hace el niño del universo, del cual él es el centro, no tiene nada de objetivo; su principal interés es el darle la conciencia y la medida de su propia potencia frente al mundo exterior. Hacia ese objetivo, el niño se entrega a una variada experimentación; él toca todo lo que encuentra, lo palpa, pesa, examina. El aprieta entre sus dedos la materia y dedica su tiempo voluntariamente a aquélla, que cede bajo sus dedos como la arcilla, la arena, el agua. Esta experiencia le es necesaria y el adulto debería ser el mejor colaborador a esta actitud, un colaborador útil,

cuyos consejos, siempre provechosos, serían seguidos. Esta colaboración daría al adulto el derecho y el poder de limitar el campo de los experimentos y él sería escuchado.

Pero no es eso lo que el niño encuentra en la sociedad de las personas mayores. En lugar de encontrar aliados, para con ellos aprender la conquista del universo, él descubre adversarios que se interponen entre él y el mundo. Es así cómo el fenómeno normal de la adaptación se encuentra interrumpido; el mundo de las cosas, de las plantas y de las bestias, que es tan maravilloso e instructivo para el niño, pierde casi todo interés, puesto que en el primer plan, lo que hará falta ahora conocer y tratar de dominar, es el hombre, el adulto, el dispensador todopoderoso del bien y del mal. No es necesario buscar por otro lado la causa del estado nervioso y deplorable en que se encuentran tantos niños, los que se ven abrumados ante la formidable empresa de tener que luchar contra el hombre y, por lo tanto, contra la sociedad.

Si se tratara de construir, para las manifestaciones de la vida, una escala de valores, las tendencias que venimos de estudiar, tendencias a la invariación y a la adaptación, ocuparían sin duda los lugares inferiores y medios. La tendencia vital por excelencia, es la preadaptación; es ella la que lleva al ser viviente a realizar íntegramente la armonía espiritual, de la cual él es el símbolo y la expresión. La ley de preadaptación es universal; nosotros la hemos señalado hace un instante en el ejemplo del grano de trigo. Es ella que preside a la preformación de los órganos momentáneamente inútiles, pero que se convertirán a su debido tiempo en necesarios; es ella la que determina la elección de las acciones y de las reacciones y que las orienta hacia el fin propio a cada individuo. Esta fuerza existe en cada niño, en grados muy diversos de potencia y de calidad. Ella se encuentra todavía muy insuficientemente conocida, pero parece probable que se podrá decir que ella es esencialmente una fuerza liberadora. Creemos que ella no se revela en ninguna parte con más nitidez, que en el juego de los niños. El niño juega de la misma manera que el adulto trabaja: con gavedad. Pero esta gavedad tiene un origen muy distinto. Mientras que nuestro trabajo se lleva a cabo en vista de un resultado que formará parte de las contingencias del medio y que por consecuencia queda subordinado a esas contingencias, el niño pierde pronto todo placer en el juego si se introduce en el mismo la noción de un fin útil. Ese carácter de independencia aso-

ciado invariablemente al juego del niño, nos muestra que la impulsión que lo determina es exclusivamente interior, libre de toda traba, que crea, organiza y ordena, que interrumpe el juego y si le agrada también, lo emancipa de toda contingencia. El juego no es la expresión de un deseo de adaptación, sino que más bien de una resistencia a la adaptación—pura y simple—al medio. Al jugar, el niño tiende a transformar el medio, a dominarlo, no tanto actuando sobre ese medio—de lo cual él no es capaz—pero sustituyéndolo por un medio imaginable, indefinidamente modificable. Ingenuamente, pero resueltamente, ignorando las contingencias y las resistencias del mundo real, el niño que juega se da a sí mismo la ilusión de ser libre y de dominar todas las cosas.

La brevedad de este estudio nos obliga a no presentar más que conclusiones que sostienen, en realidad, una abundante documentación y una gran preocupación de objetividad; sería fácil de demostrar, por ejemplo, que esta interpretación del juego está exactamente de acuerdo y se conforma al recuerdo biológico de las diversas condiciones en las cuales se ha perpetuado la vida a través de la larga serie ancestral. Si nosotros pudiéramos reconstruir la historia de ese complejo recuerdo, nosotros encontraríamos en ella la razón de esa marcha incesante hacia la posibilidad de mejores condiciones, las cuales presentimos. En efecto, evocando en cada situación particular, no tal reacción determinada que no sería entonces más que un reflejo, sino «un número indefinido de soluciones», la memoria biológica ha dado cuerpo a la noción, después al deseo de una elección, introductora ella misma de la noción y del deseo de potencia y de libertad. En fin, si reflexionamos sobre el significado de ese deseo, nosotros notaremos que él está presente en cada individuo de acuerdo con la importancia de los progresos llevados a cabo por la serie ancestral individual, puesto que ese deseo de libertad no es otra cosa que el recuerdo acumulado de una larga sucesión de factores favorables en el incesante duelo que existe entre el ser organizado y las leyes de la materia y que la potencia de este objetivo aparece como el índice mismo del progreso.

O las manifestaciones espontáneas como el juego, que son comunes a todos los niños, no tienen ningún sentido o nos conducen, ellas también, a la siguiente definición del hombre: el hombre es un ser que encuentra en sí mismo y desarrolla indefinidamente, las energías capaces de librarlo del círculo en que quieren encerrarlo las contingencias. La formación intra-

uterina desarrollada por la anticipación, el órgano delicado cuyas funciones serán regidas por esas energías; un cerebro provisoriamente desproporcionado; la infancia y la juventud restablecen el equilibrio anatómico y fisiológico y desarrollan por anticipación, en la búsqueda de objetivos ficticios y provisorios, el funcionamiento de la conciencia y del pensamiento. El adulto, en fin, consciente de los factores que constituyen en él la «vis a tergo» o fuerza determinante ciega de las tendencias ancestrales, herencia del pasado; consciente, sobre todo, de los factores vitales de esa «vis a fronte» o potencia que manda, sostiene y libera su actividad, el adulto organiza esa actividad en vista de los fines capaces de utilizar las contingencias al servicio de una más poderosa y más generosa expansión de la vida.

Sin embargo, ha sido necesario que se efectuara el traspaso de la inconsciencia a la conciencia; ha sido necesario que se ejercieran las facultades de la inteligencia. Es aquí que la infancia necesita necesariamente la ayuda del adulto, el socorro de la sociedad. Entregado a sí mismo, el niño no sabría distinguir netamente entre los impulsos interiores aquellos que tienen un carácter regresivo y aquellos otros que puede seguir útilmente. La conciencia que adquiere poco a poco tiene necesidad, todavía, de ser aclarada por una inteligencia reflexiva, que no es propia de su edad. Así es como el niño eleva naturalmente sus ojos hacia el adulto, a fin de imitarlo. ¿Y qué es lo que él ve? La diversidad, la contradicción, la incoherencia, el caos. Entre los seres que debe tomar como modelo es posible que haya algunos para los cuales la ley soberana de la especie humana, la ley de solidaridad, se haya convertido en ley de su vida, pero en el momento actual de la humanidad, no sería exagerado decir que ellos son más bien la excepción. De todas maneras se producen otros ejemplos numerosos e impresionantes que influyen sobre el niño, pues la humanidad no tiene todavía conciencia de sí misma, ni siquiera en los medios más «civilizados». Ella no sabe que la hora está próxima cuando ella podrá comprender su destino y merecer el honor de colaborar a su propia felicidad.

¿He logrado hacerme comprender con suficiente claridad? En ninguna edad ni en ningún plan, la sociedad de los adultos no aporta al niño la ayuda necesaria, que le permitiría evolucionar normalmente. Si la sociedad no lo hace no es por falta de voluntad, sino porque ella es inconsciente de su dignidad y de sus deberes, los más bellos de todos. Sin embargo,

ella no deja de darse cuenta de que no ha tenido éxito, y se queja de que los niños estén «mal educados», mientras que aquellos pocos que han tratado de educarlos tomando por guía al niño mismo y a sus profundas necesidades, saben bien qué enorme riqueza hay en ellos y qué incomparable alegría se experimenta al tratar de ayudarle a desarrollar plenamente sus facultades.

El solo dominio en donde la sociedad ha organizado una acción en favor de la infancia es en la instrucción, pero ella ha organizado esta acción en el exclusivo plano de la intelectualidad, con un gran desconocimiento de su propio significado, de su propio valor y de todas las realidades psicológicas, fisiológicas y físicas del niño. Ella ha inventado la escuela. Desgraciadamente ella no ha pretendido jamás responder al deseo de conocer que es una de las tendencias biológicas más poderosa y más general. La escuela no pregunta al niño lo que quiere saber; ella le impone lo que debe saber; por lo tanto, lo acostumbra a no ser curioso y lo

predispone contra la investigación científica. Apoderándose del niño en un deseo loable, ella lo encierra durante el día entre cuatro paredes, en una prisión, donde toda experiencia auténtica y directa de la vida está excluida. Todos los padres se quejan de este sistema, pero todos aceptan esta monstruosa tiranía. Así se pasan los años de la juventud, los años de aprendizaje—que jamás volverán de nuevo— a contemplar el pasado, a volver la espalda al maravilloso llamado del porvenir cuya voz, que llama al niño, se apaga poco a poco.

Así es todavía, así es hoy en día para millones y millones de niños, la incierta y trágica aventura de la vida y de la adolescencia. ¿Qué debemos hacer para escapar a este círculo vicioso? ¿Qué hacer para orientar las generaciones futuras hasta las cumbres, donde la sociedad de los adultos ofrecerá al niño los ejemplos de la plenitud de las puras y divinas esperanzas que ponen una nota de tan perfecta belleza en la confiada mirada, que los puros ojos del niño nos dejan vislumbrar? R. NUSSEBAUM

G A C E T I L L A

«Azorín» publica un artículo en *La Prensa*, de Buenos Aires, elogiando a Maura como orador. El más perfecto, el más completo de nuestra época, dice. Por lo visto, «Azorín» es uno de los afortunados mortales que supo entender lo que Maura decía. Pero es posible que no logre convencer a nadie de que decía alguna cosa. Toda su fina inteligencia de escritor falla en este propósito. Repite lugares comunes como cualquier periodista del partido. Lugares comunes que ya ha destilado acaso en un centenar de artículos de elogio para aquella figura engolada y vacía, digan lo que quieran «Azorín» y algunos otros intelectuales que se olvidan de su tarea cuando escriben semejantes cosas. Tan vacía como la de La Cierva, otra de las debilidades de «Azorín», desdichadísimo político. Verdaderamente, no es posible explicarse la actitud de este escritor ante tales fantasmones.

Comentando las pasadas huelgas, Salaverría ha publicado en «La Vanguardia», de Barcelona, uno de sus artículos más pintorescos. De un escritor tan servil como éste para todo lo

estatuído, nada sorprende. (Lo único sorprendente, respecto a Salaverría, es que se le haya juzgado, más de una vez, amante de la independencia.) Las palabras «el populacho», «la canalla», «la turba», se repiten a lo largo del mazorral artículo. Yo mismo, dice, formé parte del populacho, en mi juventud, tomando parte en una manifestación. Afortunadamente, ya se ha curado de esto. De tanto hacer de lacayo de la aristocracia, lacayo de pluma, que es el más indigno, es posible que circule por sus venas alguna sangre azul. No se crea el señor Salaverría, sin embargo, que ha dejado de ser populacho. Nada más lejos de la verdad. Ha dejado de ser populacho del que protesta, que por esto mismo revela alguna altivez, para ser populacho del que aplaude, el único populacho despreciable.

Leo que Gabriel Maura, un señor que si no se llamara Maura sería absolutamente desconocido, y que aun llamándose Maura debía ser desconocido, ha publicado un artículo, en *A B C*, titulado «El acierto Berenguer». Por el título, parece que debe ser una réplica al

de Ortega y Gasset — «El error Berenguer — publicado en *El Sol*. Indudablemente, será una cosa ridícula, y mucho más si se le compara con el de Ortega, que es, sencillamente, un artículo maestro. Yo no leeré el artículo de Gabriel Maura, por lo mismo que no he leído su reciente libro de historia de la Dictadura. Con decir que el estilo del padre, ilegible (sin duda para ocultar la variedad, aunque esto revelaría ya cierto talento, cosa inadmisible—repito aquí lo dicho en una nota anterior: digan lo que quieran «Azorín») y otros intelectuales, que nunca lo son menos que al empeñarse en esta tarea—, culmina en el hijo, se explicará el porqué de no haberlo leído. Conste, no obstante, que lo he intentado más de una vez. A propósito de esta supuesta historia de la Dictadura, se conocen detalles curiosos. Al referirse el *historiador* a ciertos sucesos—los de Vera—confiesa, según algunos comentaristas, que hay muchas cosas oscuras en aquel proceso. Un testigo excepcional de dichos sucesos, veraz, puesto que se ha jugado su carrera por decir lo que vió, un testigo riguroso, en fin, le envía las aclaraciones pertinentes acerca de lo que en Vera sucedió. En la segunda edición de su libro—según acaba de escribir este testigo—Gabriel Maura no ha rectificado ni una línea respecto al particular. Sin duda, la verdad no debía ser favorable a su propósito. ¡Y así se escribe la historia!

—
En el momento en que escribo estas notas, los periodistas madrileños encargados de recoger información en la Dirección general de Seguridad, se han negado a volver a dicho centro si no se les concede las libertades que hasta el momento de esa especie de huelga habían tenido. Según los telegramas de los periódicos, los mencionados periodistas se muestran muy indignados. Es difícil creer en esa indignación. Un hombre digno no va a esos lugares—el argumento de los menesteres de la profesión carece de fuerza—nada más que cuando le llevan.

Hace unos días asistí a un concierto de música de cámara. Toda la aristocracia de la ciudad—el encanto de Salaverría—y toda la alta burguesía—el embellecimiento de centanares de Salaverría—estaban allí. FERIA de vanidades. Espaldas y pechos al aire, como en un prostíbulo. Los grandes músicos no se imaginaron, indudablemente, que sus obras iban a servir con el tiempo de celestinas para buscar novio a las niñas casaderas de la burguesía. (Ya sé que la única preocupación de muchos músicos es hacer cosquillas en la rabadilla a los buenos burgueses. Quede ese tema sin tocar por hoy.) ¿A qué

va ésta a los conciertos, si no es a eso? ¿A qué va a las representaciones de ópera? Sabido es que lo mismo de aquéllos que de éstas lo único que le interesa son los entreactos. Bueno. A la media hora de haber empezado el concierto, setenta de cada cien espectadores dormían. Recordé una caricatura vista hace tiempo no recuerdo dónde. Dice el acomodador a un orondo burgués que llega después de haber empezado el concierto: «Procure no hacer ruido.» Y contesta el recién llegado: «¿Duermen ya todos?»

JULIO BARCO

Del ejercicio de la dominación

El ejercicio de la dominación material inevitablemente apareja, para el mismo que la practica, una esclavitud más o menos acentuada. Las masas incultas y no escasa proporción de las gentes cultivadas, tendrán por absurda esta afirmación, y aunque muchos de los que han leído la historia con ojos atentos a lo esencial antes que a lo trivial saben que ésta es una paradoja de orden positivo — es decir, de las que contienen la verdad, aun cuando no la aparentan—, no se dan cuenta cabal y plena del conjunto de testimonios que la fortalecen y convendrá por consiguiente que tengan presentes los ejemplos ilustrativos. Citaremos el más sencillo y antiguo, y el más adecuado al mismo tiempo, para simbolizar el conjunto.

Tenemos un prisionero con las manos atadas y un dogal al cuello (según se ve en los bajorrelieves asirios) a quien lleva cautivo un conquistador feroz para reducirlo a esclavitud. ¿Diremos que el uno es cautivo y el otro libre? ¿Estamos seguros de que es libre en realidad? Lleva un extremo de la cuerda y a no ser que opte por dejar escapar al cautivo tiene que seguir atado a éste con la cuerda en la mano, de manera que no se puede soltar. Tiene que permanecer tan sujeto al cautivo como éste lo está a él por su parte. Su actividad se halla entorpecida por otros lados y pesan sobre él ciertos gravámenes. Un animal salvaje atraviesa el camino y él no lo puede conseguir. Desea saciar la sed en un arroyo cercano y tiene que atar al cautivo, temeroso de que éste aproveche para atacarle su posición indefensa al inclinarse a beber. Además tiene que procurar alimento para los dos. En más de un sentido, pues, ha perdido su completa libertad; y estas dificultades y tropiezos muestran en términos sencillos la verdad universal de que los instrumentos por medio de los cuales se efectúa la subordinación de otros subordinan a su vez al vencedor, al amo o al soberano.

SPENCER



LA CACERÍA

Sentado en el banco que se apoya sobre mi casa, yo miraba, por última vez, mi pequeño dominio, antes que se durmiese en el crepúsculo; mi patio, que se extendía a mis pies; a mi derecha, el vallado; frente a mí, en el muro, mi puerta, que siempre está abierta.

Esta da sobre el camino que orilla el bosque, y me mostraba una nube de ramas y hojas, que el poniente doraba y que también doraba el otoño como un sol más inmenso.

Concluía el día con dulzura, y pensaba yo con cuidado. Sobre mi seto la fina luz perfeccionaba los matices y deteníase en cada flor, en cada hoja.

Bruscamente sonó un cuerno de caza, la cabalgata de la vieja marquesa atravesaba el bosque.

Y he aquí que una gran silueta, extrañamente recortada, se me apareció sobre el umbral de la puerta, obstruyendo todo el hueco. Después, la gigantesca silueta saltó, cayó y vaciló en medio del patio.

Era un ciervo, al que los invitados del castillo acosaban desde hacía muchas horas... Allí quedó un instante, y nos miramos. Yo entreví su pelo manchado de barro y espuma, su lengua colgante, sus gruesos ojos turbios y su corazón que golpeaba sus flancos como un martillo.

Brincó de nuevo y retrocedió hasta un rincón, haciendo frente; mas ya desfallecido, y en la inmovilidad, el silencio y la ignorancia. Pero la casa estaba envuelta de aullidos frenéticos. La jauría se amontonaba en torno de la puerta y aullaba contra el muro.

Más atrás acudían y se multiplicaban niños sofocados y afeitados. Bien pronto, todos los habitantes de la aldea estuvieron alrededor nuestro y monstrábase triunfalmente el ciervo, de cuernos enormes, como una especie de rey salvaje al fin detenido en su carrera.

Los espectadores retrocedieron precipitadamente: llegaban caballeros y amazonas; un torbellino de trajes rojos y de polvo, chasquidos de látigos y relámpagos de cobre.

Todo esto se detuvo tumultuosamente, y los picadores se ordenaron tras la línea discordante de los perros para dar el toque de caza.

Y solo, infinitamente solo, el animal oscuro, que había venido a caer en la trampa de mi casa no se movía. Aguardaba, resignado, la paz de la vida o la paz de la muerte. Yo veía moverse a la multitud que quería su sangre; y a él lo veía vivir, sentía agitarse sus flancos y temblar su garganta: su garganta, el objeto de aquella fiesta loca.

Un caballero rojo había echado ligeramente pie a tierra.

Sacó, con un gesto lento, su cuchillo de caza de la vaina, y pudo verse que la hoja era taraceada...

Los perros seguían ladrando. Pero todos habían cesado de hablar y de moverse, y cada cual miraba cuanto era posible. Hubo gritos ahogados, mezclados con algunas risas convulsas.

El hombre se preparaba para penetrar en el patio; me dirigí una interrogación con la cabeza, gritando (era necesario gritar para hacerse oír, a causa del ladrido de los perros):

—¿Usted permite, verdad, señor?

Pero yo extendí el brazo para cerrar el paso, y grité a mi vez:

—¡No, no permito!

El se detuvo de golpe, sorprendido.

—¿Eh? ¿Qué, qué? ¿Qué es lo que dice? ¿Qué es lo que dice?

Se volvió hacia los que llegaban:

—¡No quiere que entremos!

Esta noticia fué acogida con una exclamación de estupor, en la cual voces femeninas ponían su nota aguda.

—¡Qué insolente!—clamó una vieja dama.

Luego se dirigió a uno de sus compañeros, y le dijo en voz alta:

—¡Ofrézcale dinero!

—¡Se os indemnizará, buen hombre!—me dijo éste.

Mis cejas se frunciéron y él ya no supo qué decir.

En seguida pusieron a hablar todos a la vez, interpeándome, desconcertados, febriles con un terrible furor, que se encendía en sus ojos.

Firme en mi umbral como un mojón, yo consideraba aquellos rostros que me sitiaban, aquellos rostros que un extraño azar me permitía ver de cerca y al desnudo.

Todos llevaban el signo del mismo instinto de muerte, bruscamente desencadenado por el obstáculo. A través de las palabras, de los pretextos, de los encogimientos, eso se manifestaba en sus facciones. Si ellos tenían ganas de arrojarse sobre mí con rabia y con odio, no era sólo por orgullo herido, sino también por causa de un horroroso contratiempo. Habían batido esa carne huyente; ahora, ligados sobre ella, querían degollarla. Uno de ellos trató de explicármelo, con frases nerviosas, y mientras hablaba alzaba la cabeza hacia la presa, para vigilarla.

Un anciano tendía hacia la víctima esperada su mano crispada en garra. Otro, más feroz, la miraba con descos.

Y las mujeres eran más feas que los hombres. El pudor retenía sus verdaderas palabras en su garganta; pero una extraordinaria excitación las turbaba por entero. Se las sentía entregadas a una vergonzosa espera, todo el cuerpo palpitante.

Una de ellas, muy joven, con la trenza algo levantada que bailaba sobre su espalda, con un arrebató espontáneo, habíase deslizado hasta la primera fila, y alzando hacia mí sus ojos encantadores, dijo, juntando las manos:

—Os lo suplico, señor.

Al lado de estos grupos tan apasionadamente aturcidos, los aullidos de los perros tenían algo de inocente; los perros esclavos no sentían contra el ciervo sino el odio de los hombres.

Los campesinos, ahora, estaban más apartados. Me pareció que se separaban de los otros, que comenzaban a comprender que la caza es cosa distinta de lo que se cree.

Una mujer del pueblo, que llevaba un niño en sus brazos, se alejó precipitadamente, como si de repente hubiese temido un contagio... El carnicero de la aldea, con su delantal manchado por la sangre de su oficio, miraba, con los brazos majestuosamente cruzados, y se leía sobre su rostro sombrío una expresión de desprecio y de cólera.

Mientras tanto, el murmullo y la amenaza recrudecían.

Yo comprendí que ambos seríamos vencidos, que yo no podría defender largo tiempo a la bestia batida: tanto deseo tenían de asesinarla.

Mis ojos descansaron sobre el vasto animal, que ni siquiera estaba herido; y con un desorden y un apresuramiento desesperados, sueños de dulzura pasaron por mi cabeza... Los pocos minutos de su existencia que yo le había hasta entonces conservado me parecían preciosos y casi tiernos. Y pensando en los gritos sanguinarios que me asaltaban, comprendí hasta qué punto la criatura humana y el animal, que difieren tan prodigiosamente en la vida, se asemejan en la muerte, y cómo todos los seres vivos se van fraternalmente.

Entonces cerré los puños y tartamudeé:

—¡No quiero! ¡Idos!

Pero la ola desbordaba, dispuesta a todo.

—¡Lo necesitamos!—jadeó una voz.

—¡Muera!... ¡Muera!... — clamaron los otros.

Una manecita se agitó.

—¡Ya encontré! ¡Se le puede matar desde aquí, con mi carabina!...

—¡Es verdad! ¡Es verdad!... ¡Buena idea!

—¡Yo!

—¡Yo!

Un joven grueso armó la carabina y midió con la vista la distancia. Yo empuñé el arma por el cañón y la arranqué de sus manos.

—¡Palurdo!—babeó él.

...Entonces la avalancha fué un hecho, de todos lados, irresistible... Entraron todos.

Levantado, atropellado, rechazado, todavía intenté hacerme oír.

—¡Idos! ¡Yo no quiero!

Pero su alegría furiosa no podía ya escuchar nada y se precipitaban hacia el animal, que en el ángulo del muro abría sus ojos con la gran tranquilidad vacía de la Naturaleza, o de la nada.

Entonces yo sentí que me arrojaba delante de la criatura condenada; sentí que apuntaba la carabina, que tiraba sobre la jauría de los hombres y las mujeres... ¡y que tenía razón!

HENRI BARBUSSE

La muerte es igual para todos y necesariamente inevitable. ¿Quién puede quejarse de una ley que a nadie exceptúa? La igualdad es parte principal de la equidad. Pero es inútil defender aquí la causa de la Naturaleza, que no ha querido tengamos ley atferente de la suya. Todo lo que hizo lo deshace; todo lo que deshace lo hace otra vez.

SÉNECA



LA AGRICULTURA, por C. Meunier. (Museo de Bruselas.)

las páginas más optimistas realizan en gran manera el valor de la obra total. La actitud de plena seguridad revelaría ignorancia. No cae nunca Mella en este callejón sin salida. Afirmaciones de hombre de acción, sí, pero con una nota, escondida muchas veces, en la que el pensamiento pone freno a la actitud demasiado segura. No son fáciles de recorrer los caminos de grandes propósitos. Si alguna vez, de un salto, se coloca en el final, luego medita las dificultades de este salto, sólo factible con el pensamiento. Doblemente sugeridores, por esto, sus trabajos. Dan la lección completa. Afirmativos nada más, no darían ninguna lección valadera. Y la lección está preñada de simpatía, que es cómo las lecciones dan fruto.

Ideario es el primer volumen de las obras completas del autor. Si el propósito de los editores se cumple, Mella será, por fin, conocido realmente y como se merece.

El libro está editado con gusto y con un criterio de selección digno de elogio. No se habían visto muchos libros, en España, editados por libertarios, como *Ideario*. Ricardo Mella era acreedor a este homenaje, el más íntimo de todos y el más acorde con su vida y su pensamiento.—Precio, 5 pesetas.

El mundo agonizante, por Campio Carpio.—Es éste un libro duro como el acero, recio como el roble y rebelde como el cardo; grito de alerta ante el peligro de muerte que amenaza al mundo en este momento de tristeza, de desolación y tedio; ofrenda de un corazón libre, sin más intereses creados que los contraídos consigo mismo y con la humanidad doliente, a un ideal de paz, de libertad y de justicia.—Precio, 3 pesetas.

También Américo, por Campio Carpio.—Este libro es el reflejo de una lucha a vida o muerte entre la violencia y la libertad; grito de guerra contra las bárbaras tiranías, que por medio del terror conmueven al mundo en este momento de cobardías y claudicaciones; anatema contra los enemigos de la libertad.—Precio, 4 pesetas.

Higiene de la vida sexual, por el doctor Max Gruber.—Una obra de valor incalculable, de utilidad indiscutible, es el libro de Max Gruber. De las muchas obras conocidas acerca de la vida sexual, pocas podrán igualarse en claridad y sencillez, a la vez que en exposición metódica y ordenada de los conocimientos necesarios, cualidad ésta que la coloca entre las mejores obras de este género, pues en sus páginas aprende con facilidad el más neófito en estas cuestiones del sexo. «No debe permitirse—dice el doctor Gruber, al final de esta obra—que el número de niños aumente de tal modo, que sea imposible para la familia el alimentarlos y educarlos; se debe evitar engendramiento de niños que tengan la posibilidad de nacer enfermizos o raquíticos.» Estas palabras revelan la moralidad racional y humana que inspira a su autor al escribir esta obra. Que a tan nobles propósitos se corresponda leyendo y recomendándola, es misión de cuantos sepan el valor de estos conocimientos.—Precio, 1'50 pesetas.

Educación y crianza de los niños, por Luis Kunhe.—Consejos a los padres, preceptores y educadores. Librito de alto valor biológico y de utilidad inapreciable.—Precio, 1 pta.

El Vegetarismo, por Carlos Brandt.—Esta obra está considerada, con justicia, como una de las mejores, si es que hay alguna que la aventaje, de la ya vasta literatura moderna naturista. En efecto, la pluma galana y sutil de Carlos Brandt, movida al impulso de la lógica incontrovertible, el concepto diáfano que subyuga y convence, abriendo nuevos e insospechados horizontes al lector, lograron esta bella obra, a la que deben hermosos y eficaces conocimientos a la par que nuevas normas de vida sana y optimista, la generación actual de hombres de firme voluntad y de nobles ansias de vida natural.—Precio, 3 pesetas.

Enfermedades del Estómago, por el doctor

T. R. Allinson.—Compendiado y documentadísimo tratado acerca de las enfermedades del estómago y sus causas, medios y tratamientos para combatirlas, seguido de un tratado alimenticio racional. Librito de gran utilidad y eficacia indiscutible.—Precio, 1 peseta.

Enfermedades del aparato respiratorio, por el doctor T. R. Allinson.—Tratado conciso y breve, pero metódico y bien definido, repleto de prácticas y racionales enseñanzas para evitar, tratar y combatir las diferentes enfermedades del aparato respiratorio. Un librito que nunca se ponderará bastante por su gran eficacia y por las normas científicas en él expuestas para la conquista de la salud.—Precio, 1 peseta.

Reumatismo, por el doctor T. R. Allinson.—Sus causas, síntomas, complicaciones, resultados, tratamiento.—Precio, 0'50 pesetas.

Los Vegetales (Génesis y milagros), por el doctor Arthur Vasconcellos.—Es bien conocida en el campo naturista la alta personalidad y el prestigio científico del doctor Vasconcellos. El presente librito es uno de los mejores tratados acerca de los vegetales como alimento natural del hombre, sus propiedades y su valor fisiológico.—Precio, 1 peseta.

Los microbios y el Naturismo, por el doctor Arthur Vasconcellos.—La teoría microbiana, sobre la que fundamenta la Medicina oficial su base experimental como origen de todas las enfermedades, es rebatida en este librito desde el punto de vista de la teoría naturista, que desecha todo el farrago mercantil y venenoso de sueros y específicos, buscando en la vida natural e higiénica la verdadera fuente de salud.—Precio, 0'50 pesetas.

Un viaje por Icaria, por E. Cabet.—Descripción de un nuevo sistema de convivencia humana. Cabet es uno de los precursores del comunismo. Su concepción es digna de estudiarse y contrastarse con otras nuevas y más modernas teorías.—Dos tomos, 8 pesetas.

Evangelio Naturista, por el doctor Arthur Vasconcellos.—Hermosa elegía del ideal naturista; evangelio de la vida y de la salud.—Precio, 0'50 pesetas.

Humano ardor, por Alberto Ghirardo.—(Memorias de Salvador de la Fuente). Libro de luchas vividas, emocionante y de mucha y provechosa enseñanza. Ghirardo es de sobra conocido para que hagamos una apología de su obra. Su nombre y su historial de luchador dicen de sobra el crédito de que goza su literatura rebelde y humanista.—Un tomo, 5 pesetas.

Emilio o la Educación, por J. J. Rousseau.—Este libro de educación que basó un sistema y consumió una idealidad en Pedagogía, no debe faltar en ninguna biblioteca de hombre estudioso.—Precio 4 pesetas.

En la línea recta, por Eusebio C. Carbó.—Sabido es que el movimiento naturista, que cada día adquiere nuevos incrementos, adolece, en sentido general, de un error mayúsculo: el de tender a mejorar al individuo, sin cuidarse del factor social. Error que neutraliza los buenos resultados que pueden derivarse de la difusión y el arraigo de esas excelentes doctrinas. El individuo es la correspondencia con su medio. Esto es lo que induce a Carbó a sentar en esta su utilísima e interesante obra una senda libertadora integral de las colectividades humanas, basada en la transformación radical de la sociedad.—Precio, 2'50 pesetas.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes.—Hermosa edición especial para conmemorar el tercer centenario de la muerte de Cervantes, acaecida el 23 de Abril de 1616.

Precedida de un documentado estudio de la vida y obras de Cervantes, y de una iniciación bibliográfica de excepcional interés. Un volumen de 892 páginas, con hermosas ilustraciones, encuadernado en cromotipia.—Precio, 3 pesetas.

Entre dos frentes, por Madam Smit. — Novela de paz y amor. Provechosa propaganda en contra de la guerra.—Un tomo, 4 pesetas.

El Dolor Universal, por Sebastián Faure. — *El dolor universal* es, sin disputa, la más grande obra, la más humana, la de más fundamental importancia de cuantas se han escrito propagando una sociedad libre. Hasta los más encarnizados enemigos de toda libertad, forzosamente han tenido que reconocer la lógica y la bondad, profundamente humanas, de esta obra inmortal.—Precio, 3 pesetas.

La Revolución Rusa en Ucrania, por Néstor Makhno.

Todos los que han seguido con atención la trágica pugna desarrollada en Ucrania, saben ya quién es Makhno. Pero su retrato más cabal, al propio tiempo que la historia verídica, y toda ella fervor, de la revolución ucraniana, está en su reciente libro *La Revolución rusa en Ucrania*, documento que ningún hombre preocupado por los problemas sociales debe desconocer.—Precio, 3 pesetas.

Juana de Arco, sacrificada por la Iglesia, por Han Ryner. — El genial filósofo y eximio novelista Han Ryner sostiene en este formidable librito, con valentía inusitada, una formidable acusación contra la Iglesia: el martirio y sacrificio de Juana de Arco, la heroína doncella que pasado el tiempo la misma Iglesia había de elevar beatificándola, como un sarcasmo más contra su víctima. En esta acusación Han Ryner invita a recusar su afirmación a los más calificados representantes del catolicismo, que rehuyen la invitación con astucia diplomática.—Precio, 0'60 pesetas.

Para ser vegetariano, por José Gallán Cerón. — De utilidad para los que sigan la dieta vegetariana. Indispensable al que desee adoptar el vegetarianismo. Contiene además una utilísima guía de los alimentos naturales y de los derivados, admitidos en el régimen vegetariano corriente.—Precio, 1'50 pesetas.

Colección "La Novela Mensual de ESTUDIOS"

Crainquebille, por Anatole France. — Nadie ha sabido ridiculizar las normas rígidas de la *justicia escrita*, como lo hace Anatole France en este *drama vulgar*, en el que se admira la fina ironía y el sublime estilo del gran escritor.—Precio, 0'50 pesetas.

La muerte de Oliverio Becaille, por Emilio Zola. — El inmortal Zola muestra en esta preciosa novela el contraste de una vida civil, muerta según la ley, con la libertad que adquiere la personalidad *desaparecida* a los ojos del mundo y sus convencionalismos.—Precio, 0'50 pesetas.

El marco, por Alejandro Kuprin. — Una hermosa narración sirve de marco a unas vidas agitadas en la lucha revolucionaria y al planteamiento de un problema sentimental hondamente sugestivo.—Precio, 0'50 pesetas.

Luz de domingo, por Ramón Pérez de Ayala. —

Es esta una pequeña novela por su volumen, pero intensa por su belleza incomparable y por la alta moralidad en que se inspira. El genial escritor enaltece el sentimiento del amor por encima de las bajezas del instinto y de la maledicencia.—Precio, 0'50 pesetas.

Infanticida, por Joaquín Dicenta. — Una formidable acusación contra la sociedad que vilipendia y desprecia a la joven incauta, caída en falta por la ignorancia en que a toda costa se quiere mantener a la juventud, hasta convertirla en *infanticida*.—Precio, 0'50 pesetas.

Urania, por Camilo Flammarion. — Singular género literario éste de cantar las maravillas celestes en forma novelesca, que sólo podía estar reservado al genial poeta del universo, como muy justamente se ha dicho de Flammarion. El estudio de la astronomía hecho en forma altamente sugestiva e interesante.—Precio, 0'50 pesetas.

Seguirán apareciendo en esta colección un título cada mes, siempre de autores de reconocido prestigio universal.

DICCIONARIOS

(15 por 100 de descuento a corresponsales y suscriptores)

Enciclopedia Sopena, en dos volúmenes.—Contiene 200.000 artículos, 50.000 biografías, 20.000 grabados, 87 mapas en negro y en color y 39 hermosas cromotipias.—80 pesetas al contado y 90 a plazos.

Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Española, publicado bajo la dirección de don José Alemany.—Contiene 90.000 artículos, 8.000 grabados, 2.000 retratos, 380 cuadros, 77 mapas en negro y color y 15 cromotipias.—18 pesetas.

Diccionario Enciclopédico Ilustrado LA FUENTE. — Contiene 80.000 artículos, 1.014 grabados, 370 retratos, 100 cuadros, 11 mapas en color y 3 cromotipias.—9'00 pesetas.

Nuevo Diccionario de la Lengua Española, por don José Alemany.—Este Diccionario es un excelente compendio de la parte lexicográfica de la Enciclopedia Sopena.—7 pesetas.

Diccionario Ilustrado ARISTOS. — 60.000 voces, 2.500 grabados. — 5'50 pesetas.

Diccionario de la Lengua Española, por Atlano Rancés. — Edición de bolsillo. — Contiene 45.000 voces y está ilustrado con 800 grabados.—3'50 pesetas.

Diccionario Francés-Español y Español-Francés, por P. Alcalá Zamora y Teophile Antignac. — Edición manuable.—Con la pronunciación figurada. — 5'50 pesetas.

Diccionario Inglés-Español y Español-Inglés, por Ricardo Roberston.—Con la pronunciación figurada.—5'50 pesetas.

Pequeño Diccionario de la Lengua Española «Ite».— Edición de bolsillo. — 1'75 pesetas.

Diccionario «Ite» Inglés-Español. — Edición de bolsillo.—2'50 pesetas.

Diccionario «Ite» Francés-Español. — Edición de bolsillo.—2'50 pesetas.

Diccionario Filosófico, por Voltaire. — Obra trascendental, considerada como la más valiosa y fundamental de este genio inmortal.—Dos grandes tomos en tela.—16 pesetas.

TARJETAS POSTALES DE "ESTUDIOS"

La publicación de estas postales-retratos obedece a un noble propósito de difundir y estimular el amor al estudio, y no de contribuir a ninguna clase de idolatría. Queremos simplemente que ante los retratos de los hombres que más se han destacado, por su labor útil y fecunda, en la evolución del pensamiento humano, cada cual sienta el deseo de conocer su vida y estudiar su obra.

Cada serie, compuesta de 12 tarjetas, la integran: un filósofo, un poeta, un pintor, un revolucionario, un escultor, un músico, un inventor, un precursor, un descubridor, un gran novelista, un escritor y un pedagogo.

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:

SERIE I.—*Kant, Rabindranat Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dostoiowski, Larra y Pestalozzi.*

SERIE II.—*Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Rios.*

SERIE III.—*Kierkegaard, Schiller, Velázquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando Lassalle, Horacio Wells, Tolstoi, Antón Chejov y Ellen Key.*

SERIE IV.—*Guyau, Goethe, Zurbarán, Luisa Michel, Rodin, Rimski Korsakoff, Branly, Saint Simón, Einstein, Balzac, Angel Ganivet y Clapèrède.*

SERIE V.—*Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvochea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.*

SERIE VI.—*Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pisacane, Gabriela Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schumann, William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.*

SERIE VII.—*Lope de Vega, Tiziano, Ludmila Pitoeff, Stravinski, Descartes, Justus Liebig, Harvey, Romain Rolland, Darwin, Miguel Servet, Desmoulins y Andreiev.*

SERIE VIII.—*Bécquer, Rubens, Alberto Durero, Chopin, Raimundo Lulio, Raspail, Galvani, Ch. Louis Philippe, Mendel, Luis Blanc, Theroigne de Mericourt y Stendhal.*

Sin interrupción seguirán nuevas series, hasta completar y reunir en esta colección, que no dudamos en afirmar será la más valiosa y selecta de las conocidas hasta ahora, todos los grandes hombres que con su genio dieron impulso al progreso del mundo.

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 pesetas.

No se venden tarjetas sueltas.

A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento.



El peor enemigo del progreso y de toda libertad es esa literatura pornográfica, depravada y cínica, que va convirtiendo a la juventud en rebaño servil y cretino, sin voluntad y sin conciencia de su papel en la vida.

Merced al amparo de que goza toda esa repugnante producción, indignamente llamada literaria, la juventud, cada vez más embrutecida por lecturas eróticas, lujuriosas y estúpidas, va perdiendo los últimos arresos de su dignidad, descendiendo al más bajo y vil sensualismo,

del que es vergonzoso producto esa legión de *hombres-sombras*, impotentes e incapaces de sentir y pensar con nobleza moral; sin aspiraciones dignas y elevadas, sin ilusiones bellas y honrosas; inútiles, en fin, para lo que no sea entusiasmarse por todo lo trivial y tonto, por todo lo puerco y degenerante, y malgastar sus energías en banalidades torpes y perjudiciales.

Frente a esa avalancha embrutecedora y denigrante, hemos de oponer, con la medida que nuestros escasos recursos nos permitan, la labor de superación mental y física del hombre, la creación de una cultura ampliamente ecléctica y racional que haga comprender a esa juventud alocada que por encima de toda esa podredumbre histórica y viciosa están estas páginas, repletas de bellas enseñanzas, de conocimientos útiles, consagradas a liberar al hombre de la ignorancia y a crear una generación consciente y culta, capaz de llenar su augusta misión renovadora.

Para ello solicitamos de cuantos crean útil la labor de ESTUDIOS, ayuden a su difusión procurándole suscriptores, propagando su lectura en todas partes, y recomendando la lectura de sus libros.

Amenidad, Interés, Educación sexual, Arte, Conocimientos eugénicos para la vida privada, Ética moral y científica

Es una excelente Revista ecléctica mensual, en la que colaboran las más prestigiosas firmas de la intelectualidad española. Es una publicación de amplios horizontes científicos, de divulgación de conocimientos prácticos para una vida racional e higiénica, libre y feliz.

56 páginas de texto selecto ... Precio del ejemplar, 50 céntimos

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Para España, Portugal y América: Un año (12 números). 6'50 Ptas.

Para los demás países: Un año (12 números). 8'00 "

PAGO ANTICIPADO

A los corresponsales y libreros, el 20 por 100 de descuento

Toda correspondencia, giros, valores, etc., al Administrador:

J. JUAN PASTOR

APARTADO 158 - VALENCIA (ESPAÑA)

BOLETIN DE SUSCRIPCION

(Puede cortarse este Boletín y remitirse dentro de un sobre abierto, franqueado con un sello de dos céntimos)

Fecha

Sr. Administrador de ESTUDIOS:

Sírvase tomar nota para remitir una suscripción de ESTUDIOS, a partir del número del mes de a las señas abajo indicadas.

Para cuyo efecto, remito con esta fecha el importe anual de pesetas por Giro postal (1).

DIRECCIÓN:

Sr. D.

Calle

Población

Provincia

Firma,

(1) Si no se quiere o no se puede anticipar el importe, puede indicarse que se haga el envío del primer número a Reembolso, y en ese caso se abonará el dinero al recibir la Revista de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del suscriptor en este caso. El servicio de Reembolso sólo rige para España.

CUADERNOS DE CULTURA

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Estos CUADERNOS se dirigen principalmente al autodidacto: al hombre que quiere formarse una cultura por su propio esfuerzo; al hombre que no dispone de tiempo ni medios adecuados para el cultivo metódico de su inteligencia y para el cual la vida es un panorama lleno de interrogantes; al hombre que desee penetrar en el conocimiento del mundo y del pensamiento humano y quiera formar su educación basándose exclusivamente en la lectura.

Estos CUADERNOS ponen ante el lector, en libritos económicos de limpio y fácil estilo, todas las disciplinas del saber humano, orientadas en un sentido claro, científico, imparcial.

Se publica un CUADERNO cada quince días, esmeradamente impreso en papel pluma, de 72 o más páginas, al precio de 60 céntimos cada uno. A los corresponsales y librerías, a 45 céntimos desde cinco ejemplares en adelante.

Van publicados los siguientes títulos:

- 1.—**Socialismo**, por Marín Civera. (Agotado.)
- 2.—**Introducción al estudio de la Filosofía**, por F. Valera. (Agotado.)
- 3.—**El Universo**, por el doctor Roberto Remartínez.
- 4.—**Liberalismo**, por F. Valera.
- 5.—**La formación de la Economía Política**, por Marín Civera.
- 6.—**Sistemas de gobierno**, por M. Gómez.
- 7.—**Higiene individual o privada**, por el doctor Isaac Puente. (Agotado.)
- 8.—**Escritores y pueblo**, por Francisco Pina.
- 9.—**Sindicalismo: su organización y tendencia**, por Angel Pestaña. (Agotado.)
- 10.—**La Vida (Biología)**, por Luis Huerta.
- 11.—**Nuestra casa solariega (Geografía)**, por Gonzalo de Reparaz.
- 12.—**Cómo se forma una biblioteca**, por Federico Carlos Sainz de Robles.

13.—**Monarquía y República**, por Alicia Garcítoral. (Prólogo de Marcelino Domingo.)

14.—**América antes de Colón**, por Ramón J. Sender.

15.—**La familia en el pasado, en el presente y en el porvenir**, por Edmundo González-Blanco.

16.—**La dramática vida de Miguel Bakunin**, por Juan G. de Luaces.

17.—**Uso y abuso de la tierra**, por Emilio Palomo.

18.—**La Escuela Única**, por José Ballester Gosalvo.

19.—**Democracia y Cristianismo**, por Matías Usero.

20.—**Introducción a la Historia Natural**, por Enrique Rioja.

21.—**Salvador Seguí ("Noy del Sucre")**, por José Vialdi.

22.—**El mundo de habla española**, L. Basa.

Seguirán originales de Angel Pestaña, Gonzalo de Reparaz, Alvarez del Vayo, Adolfo Salazar, Roberto Castrovido, Genaro Artilles, Antonio Espina, Luis Bello, etc.

Se envía un ejemplar de muestra a quien lo solicite.



Como el Caballo de Atila

Por H. Noja Ruíz

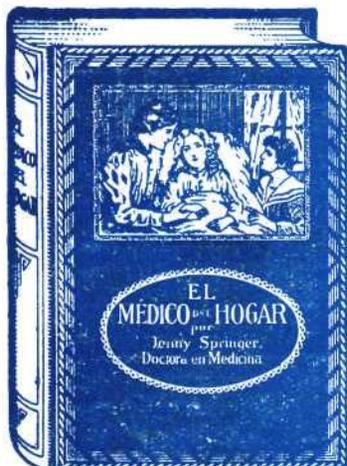
Pocas veces podrá tildarse de excepcional una obra con mayor motivo que a esta novela, última producción del conocido y admirado escritor Higinio Noja Ruíz.

Porque lo meritorio y lo que verdaderamente hace excepcional a un libro no es sólo su trama novelesca, lo emocionante y episódico de su narración, sino la trascendencia de las ideas a cuyo fuego se forja su producción, el concepto elevado que sugiere su lectura, finalidad artística a que aspiró el autor para dar forma vital a una nueva concepción más humana y más digna, a una moral superior a que forzosamente han de encaminarse las relaciones de humana convivencia.

El mundo contemporáneo, casi sin excepción, repudia por bárbara e inútil la odiosa pena de muerte, baldón ignominioso de nuestro siglo (ineficaz cuan innoble recurso vengativo, que no justiciero, de la sociedad contra el malhechor, muchas veces triste guiñapo del vicio que la misma sociedad fomenta, dañino e inconsciente instrumento del ambiente ineducado), y que a pesar de todo mantiene en vigencia el Código.

Crear un estado de conciencia colectiva adverso a la aplicación de la repugnante condena, impulsar ese estado de opinión hasta borrar del articulado que sanciona las faltas de los hombres ese oprobioso artefacto llamado patíbulo, es labor trascendental y digna. A ello tiende la novela de Higinio Noja Ruíz, abordando un problema original y de honda penetración psicológica, con estilo claro, preciso, ameno, que le consagra como uno de los mejores escritores de vanguardia.

Un volumen de 324 páginas, magníficamente impreso en papel pluma, con portada a tricolor. Precio, 5 pesetas.



EL MÉDICO DEL HOGAR

Por la Dra. Jenny Springer

Obra verdaderamente sensacional, importantísima, indispensable en todos los hogares. Es un libro de consulta y de estudio; el consejero acertado, exacto y desinteresado, el amigo verdadero de la salud. Poseer esta hermosa obra en casa es asegurar su salud, su felicidad, y la de los suyos; es poseer un tesoro científico que le defiende de los posibles errores del profesionalismo médico. Forma un precioso tomo de 942 páginas, con 936 grabados, 56 láminas en colores y 3 suplementos: Enfermedades sexuales (con 3 láminas). Desarrollo del hombre (con 8 láminas), y dos modelos anatómicos desmontables del hombre y de la mujer.—Lujosamente encuadernado.—Precio 40 pesetas.

A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS el 10 por 100 de descuento.

Consultorio Médico de ESTUDIOS

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Álava)

Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid
Académico corresponsal de la Academia
de Medicina de Barcelona
Ex médico de la Cruz Roja

Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia. Descuentos especiales en consultas y tratamientos a los lectores, enviando el cupón.
Pedid cuestionario

CONSULTA EN VALENCIA

Calle del Conde de Salvatierra, 19, de 9 a 1

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 3 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 30 % en la primera consulta, y el 25 % en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEOPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100

Para las consultas por correspondencia, pídanse "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

1 Núm. 89. — Enero 1931

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.